OBRAS DEL TALLER DE DRAMATURGIA DE ESTELA LEÑERO

VOLUMEN TRES

LIBROS DE GODOT
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Secretaría de Extensión y Cultura

RECTOR JESÚS ÁNCER RODRÍGUEZ / **SECRETARIO GENERAL** ROGELIO G. GARZA RIVERA / **SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA** ROGELIO VILLARREAL ELIZONDO / **DIRECTOR DE PUBLICACIONES** CELSO JOSÉ GARZA ACUÑA / **COORDINACIÓN EDITORIAL:** MARICELA DE LA TORRE / **DISEÑO DE LA COLECCIÓN:** MANO DE PAPEL / **RETRATOS:** JUAN JOSÉ MEZA

Primera edición, 2011
D.R. © Guillermo Palma Silva
Baja California 114-602, Colonia Roma Sur,
Cuauhtémoc, 06760, D.F.

D.R. © Universidad Autónoma de Nuevo León
Biblioteca Universitaria "Raúl Rangel Frías",
Planta principal,
Alfonso Reyes 4000 Norte, Colonia del Norte,
Monterrey, Nuevo León, México, 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
publicaciones@seyc.uanl.mx
www.uanl.mx/publicaciones

D.R. © Antonio Zúñiga

ISBN: 978-607-00-1656-1

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN POR CUALQUIER MEDIO MECÁNICO O ELECTRÓNICO SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS EDITORES / IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO / LIBROSDEGODOT@YAHOO.COM.MX

LIBROS DE GODOT

OBRAS DEL TALLER DE DRAMATURGIA DE ESTELA LEÑERO

VOLUMEN TRES

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN DE ESTELA LEÑERO

Al leer los cinco textos dramáticos que componen el presente libro, sorprende, en primer lugar, la pluralidad de voces, contenido y estructura; en segundo término, sorprende, aún más gratamente, la labor de Estela Leñero que, lejos de llevar a los jóvenes dramaturgos por temas o estructuras que ella preferiría, los guía para que ellos mismos exploren las posibilidades de sus tramas, dibujen sus atmósferas y definan, además, el perfil de sus personajes para que éstos no se conviertan en simple proyección de peroratas particulares.

En los tiempos que vivimos, donde el otro no es una posibilidad de comunicación ni la oportunidad de medirnos intelectualmente, tareas como la que Leñero se ha echado a cuestas en los talleres que imparte en el Foro Shakespeare hacen mucha falta, porque entregarse a pulir el talento de jóvenes creadores y guiarlo con criterios de disciplina y autocrítica exige generosidad, virtud escasa y poco apreciada hoy en día. Si podemos hablar de unidad en las obras de este tercer volumen, el elemento que las une —con excepción de *De*

pasada por Kepler, de Claudia Romero y Sergio de Régules— es el desaliento; aunque no se halle ausente, la esperanza no representa salida alguna para las existencias anodinas que las pueblan, clausuradas de antemano por los prejuicios, la alienación o las realidades ficticias que propician las nuevas tecnologías.

En *Estatuas y gestos*, de Luz Jaimes, resalta el trabajo de taller de la autora al dotar de nuevos elementos dramáticos y líneas de acción al cuento *Final del juego*, de Julio Cortázar, en el cual basa su obra. Mientras el relato del escritor argentino conduce la anécdota por una introspección casi contemplativa, Jaimes traza con claridad las personalidades de las jóvenes y crea colisiones creíbles entre ellas, además de añadir mayor relieve a los personajes de la madre y la tía Ruth. Los diálogos alcanzan momentos de un tono entrañable y logran proyectar sin artificios la melancolía del universo adolescente. Romero y Régules (*De pasada por Kepler*) hacen del acto de enseñar un juego divertido. Textos como éste retoman los postulados de la obra didáctica para acercar a los jóvenes al teatro e impulsar el surgimiento de nuevos públicos. Por su parte, *Volando con las alas rotas*, de Antonio Toga, borda un drama citadino con personajes arquetípicos, cuyo cierre resulta desesperanzador al exponer la realidad de numerosas familias mexicanas, desintegradas por la crisis de los valores tradicionales.

Hablar de los efectos de la televisión —madre nutricia de las nuevas generaciones— resulta arriesgado por su excesiva recurrencia; no obstante, *Basta*, que firman en conjunto Berenice de la Cruz, Jaime Coello y Ovidio Ríos, fija sus propósitos fuera de la mera reflexión al presentar a los personajes en un entorno literal y acciones también literales, como si asistiéramos a la escenificación de un guión técnico de acciones físicas, donde las emociones representaran a su vez una simple tarea escénica. Personajes y realidades tan digeridas como la televisión misma. *Haikú o El arte de bailar en un centímetro cuadrado*, de Ana Inés Urrutia, recrea y señala con acierto las motivaciones y el lenguaje de los jóvenes de hoy. Su cultura televisiva de animaciones japonesas le permite construir con relativa credibilidad la personalidad pusilánime de un joven japonés y su relación con una muchacha mexicana en el territorio de la realidad virtual. Muy destacable en la obra resulta el ritmo, el cual habría que medir en una puesta en escena que se conecte orgánicamente con el texto. La reunión de estas obras y su concreción en letra impresa se debe, además del entusiasmo de Estela Leñero, a la respuesta de Ediciones Libros de Godot —una de las escasas editoriales interesadas en publicar teatro en México— y al respaldo de la Universidad Autónoma de Nuevo León, cuya invaluable tarea de difundir textos teatrales de dramaturgos mexicanos lleva más de una década. Aguardamos, finalmente, que cada una de las obras obtenga su cabal realización en el espacio escénico.

REYNOL PÉREZ VÁZQUEZ

INTRODUCCIÓN

Una de las maravillas del teatro es su pluralidad. La realidad se nos manifiesta a través de la experiencia de los personajes. Los puntos de vista se multiplican y en la problemática revelada en cada obra de teatro se vislumbran diferentes perspectivas. En la actualidad, el punto de vista en la dramaturgia ha adquirido alcances inimaginables; el autor se desdobla y se compromete a volver verdaderos a cada uno de sus personajes: puede elegir un personaje desde donde contar la historia, o crear un narrador; jugar con el tiempo, con los planos reales e irreales; romper la cuarta pared o asumirla; plantear una situación cerrada o generar figuras distintas con un mínimo de movimientos a partir de una misma realidad, como en un caleidoscopio. Las posibilidades son innumerables.

Las formas que cada autor elige para crear su ficción, es otra forma de concretar la diversidad de los puntos de vista en el teatro, pero siempre partiendo de la contemporaneidad.

Para esto, la lectura y conocimiento de la dramaturgia contemporánea se vuelve fundamental. Ser dramaturgos de nuestro tiempo y no del siglo pasado significa proponer, innovar, reciclar; volver los hilos negros descubiertos por otros, en colores propios y renovados. Inventar no de la nada, sino aprovechando los caminos recorridos. La riqueza de la dramaturgia se nos manifiesta en la variedad de estilos, géneros y contenidos. Por eso, un taller de dramaturgia genera el espacio propicio para que se desarrollen las ideas y las personas encuentren su forma idónea de expresión dando las herramientas conceptuales y los conocimientos necesarios, siempre sumergidos en la colectividad del taller. La pluralidad como punto rector, esencia misma del teatro, junto a la libertad creativa, enriquecida con la técnica y el trabajo, es lo que desde el año 2006 tienen, como objetivo, los talleres de dramaturgia que coordino en el Foro Shakespeare.

Gracias al Foro Shakespeare, a la Universidad Autónoma de Nuevo León, que apoya la dramaturgia mexicana, y a la editorial Libros de Godot, podemos hoy tener en nuestras manos una colección con las mejores obras de teatro trabajadas en los talleres de dramaturgia en sus dos primeros años de existencia. Diez y seis obras en tres libros que nos darán una visión poliédrica de formas y contenidos plasmados teatralmente. Las obras, creadas a partir de ejercicios dramatúrgicos o proyectos personales, son el resultado de un trabajo laborioso donde los pasos a seguir fueron desde

elaborar un borrador, una primera y segunda versión y un proceso minucioso de pulimento. Se pusieron a prueba en los dos ciclos de lecturas dramatizadas organizadas en el Foro Shakespeare, donde un equipo de actores les dio vida para enfrentarlas con el público. A partir de ahí, los textos se han seguido trabajando y se hizo una selección. El resultado es esta colección que ahora se da a conocer al público.

Cada libro contiene obras seleccionadas a partir de la diferencia. La pluralidad como punto de vista de la elección. Drama, comedia, leyendas, historias con contenidos sociales o cibernéticos, obras realistas u oníricas, lineales o fragmentadas.

En el primer volumen encontramos cinco textos diferentes: el primero, de Claudia Romero Herrera, *Mexicano Flores,* es una obra de teatro musical donde la autora retoma un hecho real en el que un mexicano radicado en Estados Unidos es condenado a muerte y sufre el racismo y la discriminación. Los números musicales con piezas de los años ochenta y noventa del siglo pasado, no sólo amenizan la historia, sino que cuentan parte de los acontecimientos. *Bajo un mar de cristal,* de Arturo Quiroz, es una obra donde se mezcla la realidad y ese espacio que se encuentra entre la vida y la muerte. Una mujer, en estado de coma, arriba a él y conoce a un hombre que la hará reflexionar sobre su situación. *El niño hecho a mano*, de Luis Osorio, es una comedia ligera sobre la familia, el amor y el uso y abuso de los métodos de reproducción asistida:

aparecen óvulos, espermatozoides, donantes e hijos con padres irreales. Marcela Alvarado también recurre al humor, en *Por siempre jamás*, para mostrarnos, con tintes detectivescos, a un grupo de amigos que han vivido en libertad y tienen que afrontar un enredijo de infidelidades y la muerte de uno de ellos. El volumen cierra con la obra *Donde los dioses y las almas*, de Georgina Montelongo, quien recorre la vida de un chamán en una comunidad huichola del siglo pasado. A partir de los *Cuentos huicholes* de Queta Navagómez, la autora reconoce sus tradiciones y el conflicto y los deseos que generan al interior de la comunidad.

En el segundo volumen, *Cuentos de zorros y lobos*, de Jesús Ramírez, habla de la represión del movimiento de Atenco, ocurrida en mayo de 2006, donde el punto de vista no está en la denuncia explícita sino en hacer una alegoría de los acontecimientos. *Las morales*, de Bárbara Viterbo, es una tragicomedia donde dos familias de diferentes clases sociales se enfrentan en un velorio para sacar a relucir sus miserias y sus conflictos. Por su parte, Ovidio Ríos en *Mènage à trois,* trata con humor el triángulo amoroso entre un hombre y dos mujeres en un cuarto de hotel "de paso". Fingen la muerte de Pedro para cobrar el seguro, pero la situación se complica, la realidad y los tiempos se mezclan y los enredos se suceden de manera sorpresiva. En el otro extremo tenemos la obra dramática de Georgina Montelongo, *Encarcelados,* en la que una novelista alcohólica decide pasar veinte años de

su vida encerrada en un cuarto de vecindad. Sufre el plagio y el autocastigo no sin tener una ventana abierta para algo más. Ana Díaz, en *Final feliz*, desdobla la realidad en un hotel de paso para que convivan una escritora en conflicto con su novela y la protagonista que ella crea, pero que quiere vivir la vida a su manera. Finalmente, Kerim Martínez juega con los tiempos y fragmenta la realidad en *Las que no sienten,* la cual fue estrenada en el Foro Shakespeare y dio una larga temporada en el Teatro Cuauhtémoc. Cuatro hermanas, que han tenido que ocultar la existencia de un hermano débil mental reconstruyen sus vivencias y se ven presas en el sueño de otro.

Las obras de teatro del tercer volumen están dirigidas a un público particularmente juvenil. Luz Jaimes, en *Estatuas y gestos*, se inspira en el cuento de Julio Cortázar, *Final del juego*, para contarnos la historia de tres niñas provincianas que juegan a las orillas de las vías del ferrocarril, cuando ven pasar el tren descubren a sus pasajeros, especialmente a su amor platónico. Claudia Romero Elizondo y Sergio Régules en *De pasada por Kepler*, abordan de una manera divertida la vida de Kepler, sus descubrimientos científicos y sus cuestionamientos frente al universo, juegan con el público y con los rompimientos de la ficción. En *Volando con las alas rotas*, de Antonio Toga, obra de teatro ya estrenada y con temporadas en diversos teatros, muestra con un lenguaje cotidiano y directo, la realidad de una juventud en busca de sentidos abordando sus problemas vocacionales, amorosos y familiares. *Basta,* escrita por Berenice de la Cruz, Jaime Coello y Ovidio Ríos, se ubica en la casa de una familia donde el televisor ocupa un papel preponderante. La ironía y el juego cuestionan este enajenamiento e invitan a encontrar otras formas de divertirse. En *El arte de bailar en un centímetro cuadrado*, de Ana Inés Urrutia, el encuentro se da entre una mexicana y un japonés en ese espacio virtual que la tecnología crea, para hacer un cuestionamiento acerca de la complejidad de las relaciones, ¿existe el amor a distancia?

Tenemos, pues, tres libros con diez y seis obras de teatro, generadas en los dos talleres que coordino en el Foro Shakespeare, que dan cuenta de la vitalidad de la dramaturgia mexicana emergente: autores que se inician o reafirman su profesión, muestran sus cualidades dramáticas y su potencial futuro. Agradezco a ellos su dedicación y talento y me congratulo de la calidad de los resultados. Ahora sólo queda que este abanico de obras teatrales publicadas sea difundido y despierten el interés para ser llevadas a nuestros escenarios. Que el verbo se vuelva carne y el teatro confirme su vitalidad.

ESTELA LEÑERO

ESTATUAS Y GESTOS

Luz Jaimes

Leticia, 14 años
Holanda, 15 años
Sarita , 13 años
Ruth, 24 años
Madre, 35 años
Adrián, 15 años

Espacio escénico: A la orilla de las vías de un tren. Casa de las hermanas. Principios de la década de los años cincuenta del siglo pasado.

ESCENA 1

Se escucha el sonido de la locomotora de un tren al pasar. Conforme avanza el sonido de un lado a otro del escenario, las luces se encienden.
Leticia, Holanda y Sarita viendo al público en posición de estatuas. Las tres juntas hacen una estatua, simulando ser sirenas. Leticia está sentada en unas piedras. Cuando el tren se va, ellas abandonan la pose.

Holanda (*emocionada*): ¿Lo vieron?
Sarita: ¡Sí! Que guapo es y nos saludó.
Holanda: Yo creo que me estaba saludando a mí, pero pues como pasó tan rápido.
Sarita: Ay claro que no, me saludó a mí.
Holanda: Te digo que no. ¿Te fijaste cómo me veía? ¿Tú lo viste Lety? ¿Alcanzas a ver?
Leticia: Estoy inválida no ciega. Y sí, sí lo vi... no me pareció que te estuviera mirando.

Hay un silencio incómodo durante unos instantes. Sarita ayuda a Leticia a bajar de las piedras. Holanda saca una silla de ruedas donde acomodan a Leticia.

Holanda: Mañana hay que hacer bien el sorteo, siempre te toca hacer a ti la estatua.
Leticia: ¿Estás insinuando que hago trampa?
Holanda: No, nada más se me hace raro.
Sarita: Hoy casi no comiste Lety.
Leticia: No tenía apetito.
Holanda: Nunca tienes (*irónica*) "apetito", por eso estás bien flaca.
Leticia: Ya hay que meternos, quiero ir a leer.

Sarita: Nosotras tenemos que bañar a Javier, o mi mamá no va a dejar que entre a la casa.
Holanda: Pues yo todavía no me quiero meter.
Sarita: Yo tampoco...
Holanda: Entonces no entres, vete tú a leer si quieres Lety, no sea que te vayas a poner mal.

Leticia se va en su silla de ruedas.

Sarita: No le hables así a Lety, pobre.
Holanda: ¿Pobre? Si nosotras entramos a la casa, segurito que nos ponen a lavar la losa, a fregar el piso, a planchar, a lo que sea... y la niña se quiere meter porque (*imitando a Leticia*) "quisiera leer".
Sarita: Sí pero ella no puede hacer esas cosas.
Holanda: No, pero se aprovecha. Siempre está leyendo esas novelas, peinando su cabello, "no tiene apetito", "está indispuesta". ¿Quién se cree?
Sarita: No seas así Holanda, déjala que gane mañana, que haga la estatua, a ella es a la que mejor le salen.
Holanda: Claro, es la única que puede pasar sin moverse tanto tiempo... pero yo no la voy a dejar ganar, tampoco podemos pasarnos la vida dándole gusto y menos ahora que quiero que él me vea.
Sarita (*suspira*): ¡Ay sí! ¿Cómo se llamará? Parece un muchacho muy distinguido.
Holanda: Sí, por eso no hay que hacer trampa, total si no sabemos a quien saluda, que la suerte nos diga en quien se va a fijar.

Holanda y Sarita se miran decididas.

ESCENA 2

El mismo espacio. Leticia sentada en su silla de ruedas, Sarita y Holanda junto a ella, jugando al 21.

Sarita: ...quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno.
Leticia: Que conste que no hice trampa.
Holanda: Pues es injusto, pero está bien, no dirás que estás indispuesta por nuestra culpa.
Sarita: Ya, apúrense que no tarda en llegar.

Holanda saca la caja de los disfraces y elige las piezas. Sarita ayuda a Leticia a sentarse en las piedras y oculta la silla de ruedas.

Holanda: ¿Pasará hoy también?
Sarita: Claro que sí, seguramente, traerá ese uniforme gris. Ése con el que se ven tan guapos los muchachos que vienen en el tren. Como que viene de estudiar todos los días.
Holanda: ¿Qué les parece este color de labios? (*Holanda se pinta los labios*).
Leticia: Mejor escoge otro, ése es del color de la túnica que voy a usar para la estatua.

Holanda se despinta los labios enojada.

Sarita: ¿Lo escuchan? Ya viene.

Sarita se coloca haciendo un gesto de tristeza. Holanda hace el de la caridad, extiende la mano hacia el público y hace una cara que más que lástima

provoca risa y Leticia se acomoda haciendo una estatua perfecta. Se escucha el sonido del tren que va de un lado a otro del escenario. Un papel cae a los pies de Leticia. Holanda corre hacia el papelito que envuelve una piedra.

Holanda (*leyendo*): Muy lindas las estatuas. Me llamo Adrián y viajo en la tercera ventana de lado derecho.
Leticia (*suspirando*): Adrián...
Holanda (*suspirando*): Adrián...
Sarita (*suspira*): Adrián... ¿cuántos años tendrá? Se ve como de veinte.
Holanda: No, como de veintidós.
Leticia: ¿De qué colegio vendrán esos muchachos?
Holanda: Seguramente vienen del colegio inglés. Adrián parece inglés.
Sarita: Pues de por aquí no es, ha de venir de la ciudad.
Holanda: ¿Estará buscando esposa?
Leticia: No creo, es un muchacho que estudia.
Sarita: Por eso, a lo mejor ya va a salir del colegio.
Leticia: ¿A dónde irá ese tren?
Holanda: Al lugar que sea ha de ser mejor que aquí. En la ciudad siempre hay criadas que lo hacen todo, te llevan la leche hasta tu puerta, las cosas no las tienes que pagar, como aquí. A las muchachas les regalan perfumes en las tiendas y vestidos. También las peinan gratis.
Sarita: ¿Cómo sabes todo eso?
Holanda: Pues por las películas, las veces que me he escapado a casa de las Pellicer, las he visto en su telesota. Ahí uno ve todo lo que hay en la ciudad, que aquí no hay.
Leticia: Yo no he visto esas películas, pero mis novelas también hablan de mendigos, los hay por todos lados, en otras partes. No todas son señoras de sociedad.
Holanda: Pero lo que dicen tus novelas a lo mejor no es cierto.
Leticia: Lo que dicen tus películas a lo mejor tampoco.
Sarita: Bueno ya, lo que sí es cierto es que Adrián pasa por aquí todos los días... y nos mira.
Holanda: Sí, de seguro su voz es gruesa, gruesa, de esas que hacen que una se estremezca.
Sarita: Se ve muy fuerte y parece alto.
Leticia: Parece caballeroso.
Holanda: Me imagino con él en ese tren, mirando el paisaje, abrazados. De pronto, se suben ladrones al vagón y nos amenazan con una pistola, él me abraza y me pide que no me asuste. Me da un beso para calmarme y luego se coloca frente a mí y yo lo abrazo por su espalda, tan gruesa, tan bien formada. Los bandidos lo amenazan y él intenta hablar civilizadamente con ellos, pero los bandidos me quieren a mí, porque ya me vieron y dicen que de entre todas las muchachas del tren me prefieren a mí. Pero Adrián se interpone y antes de que ellos logren disparar, Adrián los golpea y logra someterlos. Entonces me pregunta si estoy bien y yo le digo que sí, pero estoy llorando, él me consuela con un beso y...
Sarita: ...no, yo voy en ese tren con él. De repente, el tren sufre una descompostura y se detiene en un lugar desierto. Entonces, Adrián

me dice que no me preocupe, que él me va a proteger siempre... pasamos la noche en el tren, él muy respetuoso, me presta su saco para que no me de frío. Se oyen los lobos que andan cerca y atacan, pero él los mata con un rifle. Nadie puede arreglar la locomotora, pero él sí. Al fin el tren se pone en marcha y Adrián me pide que me case con él y que le de muchos hijos porque después de lo que acabamos de pasar, no quiere quedarse sin mí y...

Leticia: No, yo voy en el tren, sentada junto a él, pero no nos conocemos. Estoy leyendo una novela, *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë y él me pregunta qué es lo que leo, yo le digo que es una historia de amor, de ese que va más allá de la muerte. Adrián me pide el libro, pero sus manos y las mías se tocan sin querer, entonces él se pone nervioso y siente que no podrá dejar de tocarlas nunca. Yo me sonrojo y él también... viajamos juntos toda la noche. Voy sentada junto a la ventana y él me pide que me recueste, pero yo no quiero, porque se dará cuenta de que no puedo caminar, pero él insiste. Me quita un zapato, luego el otro, los acomoda dulcemente junto al sillón del vagón y me pide otra vez que duerma, pero yo no quiero y lloro, no puedo evitarlo. Adrián me pregunta qué me pasa y le confieso la verdad... entonces, él me dice que no le importa, que podría pasar una vida entera y toda la eternidad contemplándome sentada, leyendo para él...

Leticia, Holanda y Sarita miran hacia el horizonte.

ESCENA 3

En la cocina, Sarita lava varios platos y cacerolas llenas de cochambre. Holanda barre.

Holanda: No me gusta barrer, es horrible levantar polvo. Es como si uno estuviera removiendo cosas en el mismo lugar. Me recuerda a mi mamá y a mi tía Ruth, siempre pensando en el pasado y cuando parece que ya se les olvidó, otra vez. Barrer es muy cansado.

Sarita: A mí sí me gusta, nada más me imagino que estoy bailando con algún muchacho y ya. Si quiero lo abrazo, lo beso...

Holanda: ¿Cambiamos?

Sarita se aparta de la losa. Holanda le entrega la escoba.

Sarita: ¿Por qué te gusta fregar la losa? Es asqueroso.

Holanda: No es que me guste pero, si tallo fuerte siento como si golpeara a alguien, y entre más brilloso queda un plato, mi mente viaja más y más y más lejos, muy lejos de aquí.

Sarita: ¿No te gusta estar aquí? Siempre hablas de irte.

Holanda: Llevo quince años en esta casa, no conozco más que esto, ni al pueblo de al lado he ido nunca y veo al tren pasar todos los días. Siempre pienso... yo no voy ahí arriba, como ellos. ¿Por qué ellos pueden ir ahí? ¿De qué manera se lo han ganado?

Holanda mira al horizonte.

Sarita: Hay que darnos prisa, todavía tenemos que bañar a Javier.
Holanda: ¿Lo ves? Siempre hay algún quehacer, nunca termina y me da miedo que así sea siempre. Veo a mi mamá y a la tía Ruth todo el tiempo iguales, igualitas... yo no quiero eso, yo quiero vivir.
Sarita: ¿Y para eso te tienes que ir? ¿Y Lety, no piensas en ella?
Holanda: Siempre tenemos que pensar en Lety. Yo no tengo la culpa de lo que le pasa.
Sarita: Yo tampoco, pero no me iría dejándola aquí sola.
Holanda: No está sola... además dices eso porque no tienes a donde ir, pero si Adrián o cualquier otro muchacho te pidiera que te cases con él, ¿no te irías?

Sarita se queda callada, deja de barrer.

Holanda: ¿Ves como no es justo?
Sarita: Ya sé que no es justo. Leticia ahorita está leyendo alguna de esas novelas que le compran sólo a ella y nosotras aquí, como las sirvientas de la casa.

Sarita sigue barriendo y Holanda ha dejado ya la losa reluciente.

Holanda: ¿Qué estará haciendo Lety?
Sarita: Ha de estar pensando qué estatuas inventar.
Holanda: No es justo, nos lleva mucha ventaja. Tiene todo el tiempo para arreglarse el cabello.
Sarita: Lety aunque no se arregle, es muy bonita.
Holanda: Pues yo no la veo tan bonita, me parece muy flaca, además... de qué le sirve.

Holanda mira a Sarita con una sonrisa maliciosa, luego se arrepiente. Ambas miran al público.

ESCENA 4

En oscuro, se escuchan las voces de Leticia, Sarita y Holanda.

Leticia, Sarita y **Holanda**: Piedra, papel o tijeras... piedra, papel o tijeras.

El escenario se ilumina. Sarita muestra su mano extendida en forma de papel. Leticia tiene sus dedos en forma de tijeras. Sarita se retira del juego.

Leticia y **Holanda**: Piedra, papel o tijeras... piedra, papel o tijeras.

Holanda muestra unas tijeras, Leticia una piedra. Holanda se retira enojada. Entre Sarita y Holanda ayudan a Leticia a sentarse sobre las piedras. Sarita esconde la silla de ruedas y ayuda a Leticia a vestirse.
Se escucha el sonido del tren que va de un lado al otro del escenario. Leticia se acomoda como estatua egipcia, Holanda detrás de ella completando la figura y Sarita del otro lado hace el gesto de la confu-

sión. Una piedra cae a los pies de Leticia.

Holanda (*lee*): "La más haragana es la más bonita".
Sarita: ¿La más haragana? (*sorprendida*) ¡Eres tú Lety, lo dice por ti¡ (*riendo*)
Holanda: Eso es ridículo. ¿A qué hombre le gustan las haraganas?

Holanda le entrega el papelito a Leticia.

Holanda: Ya lo vi bien y no me pareció tan guapo. Además se ve que es de esos que se equivocan con las personas.
Sarita: ¿Tú crees? Se ve muy listo.
Leticia: Quiero entrar a la casa.

Sarita y Holanda le ayudan a sentarse en su silla. Leticia se va.

Holanda: No entiendo, por qué todo es para ella. No solamente es la única que no debe fregar la losa o planchar...
Sarita: No solamente es la consentida de mi mamá y de tía Ruth.
Holanda: También es la preferida de Adrián... ahora resulta que todo lo bueno es para las... enfermitas.
Sarita: No lo digas así, es que, hay cosas que ella debe tener a cambio de su enfermedad, no es su culpa.
Holanda: ¿Te has puesto a pensar que nosotras tampoco la tenemos? La única culpa es haber nacido en la misma casa que ella.
Sarita: Pues sí, pero somos sus hermanas. Es algo con lo que debe cargar toda la familia, así lo dice mi mamá.
Holanda: Yo pienso que las únicas culpables son mi mamá por haberla tenido y Lety.
Sarita: ¡Shhhtt! Te van a escuchar.
Holanda: ¿Tú crees que no lo saben?
Sarita: También lo he pensado, pero aquí vivimos.
Holanda: Mi mamá nunca quiere que hablemos de la enfermedad delante de ella, pero eso sí, nos ordena hacer cosas porque hay que comprenderla... ya hasta se me olvidó qué es lo que hay que comprender.
Sarita: Yo tampoco sé muy bien, sólo que ella no tiene la culpa de estar así y debemos ayudarla.
Holanda: Sarita, te has puesto a pensar qué va a pasar cuando mi tía Ruth se case...
Sarita (*interrumpe*): Mi tía Ruth nunca se va a casar.
Holanda: ¿Y si un día se va? Has pensado qué va a pasar cuando mi mamá se muera.
Sarita: No digas esas cosas, mi mamá nunca se va a morir.

Se hace un silencio por unos instantes en los que ambas miran al público como cuando hacen los gestos al tren. Son gestos de preocupación.

ESCENA 5

En una mesa están sentadas Leticia, Holanda, Sarita, la Tía Ruth y la Mamá. Holanda y Sarita recogen la losa, acaban de comer.

Mamá: Este tratamiento te está haciendo muy bien Lety, te ves más contenta.
Tía Ruth: Hoy comiste mucho mi niña, que bueno.
Mamá: Y, ¿se puede saber por qué?
Leticia: Quiero verme bonita.
Holanda (*interrumpe*): Quiere gustarle a un muchacho.
Mamá: ¡Holanda! No seas mal educada, no te estaba preguntando a ti... (*a Leticia*). Explícame Leticia, ¿cómo es eso de que quieres gustarle a un muchacho?
Leticia: Es un juego mamá.
Mamá: ¿Un juego?
Sarita: Sí, nos paramos enfrente del tren cuando pasa y luego hacemos gestos o estatuas y...
Holanda (*interrumpe nuevamente*): Sólo una vez hicimos eso. Ya no ha vuelto a pasar... lo hicimos porque Lety estaba aburrida, así lo inventamos.
Mamá: ¿Pero qué les pasa niñas? ¡La gente dirá que son unas locas!
Tía Ruth: ¡Ya déjalas! Está bien que lo hagan si eso les gusta.
Mamá: Nada más eso me faltaba, con ese ejemplo... uno educa a los hijos y otros los mal educan, así es siempre.
Tía Ruth: Sólo lo digo porque las niñas no tiene otra diversión.
Mamá: Después hablamos tú y yo de estas cosas... (*a Holanda*). Encárgate de que la losa quede reluciente, lávala como te enseñé, luego dale de comer a los canarios y límpiales bien la jaula, hace falta planchar la ropa que lavaron ayer, que Sarita te ayude con todo... ¡ah! y no vayan a dejar entrar a Javier.
Tía Ruth: Yo puedo ayudarles también niñas.
Mamá: No, ellas deben aprender a hacer todo. ¿Ya quieren gustarle a los muchachos no? Si ya se quieren casar deben saber cómo vive una casada.
Leticia: ¿Puedo retirarme? Me duele un poco la espalda.
Mamá: Sí hija, procura dormir un rato.

Tía Ruth se levanta y le ayuda a Leticia con la silla. La Mamá se pone de pie y se retira también. Holanda y Sarita se quedan ordenando el comedor.

Sarita: Ahora entiendo lo que dices. Lety se fue porque le duele la espalda, nadie piensa que a nosotras nos va a doler cuando hayamos terminado todos los quehaceres.
Holanda: Lety lleva el peso de estar enferma, yo llevo el de ser la mayor.
Sarita: Y yo de ser la menor, se supone que tendría que ser la consentida.
Holanda: ¿La viste? Según ella quiere verse bonita y que el tratamiento. A mí no me engaña, todo es por Adrián.
Sarita: Sí, con ese papelito se siente como si ya fuera su novio.
Holanda: Lety es mi hermana pero creo que se está aprovechando de nosotras, somos su sirvientas y ahora hasta sus... ¿qué palabra dice mi mamá?
Sarita: Alcahuetas.
Holanda: Sí eso somos, unas alcahuetas.

Holanda y Sarita se cruzan de brazos, enojadas, mirando hacia el público.

ESCENA 6

La Mamá está sentada junto a la mesa, bebe café de una taza. La Tía Ruth cose en el sillón, junto a una lámpara.

Mamá: Ya no sé qué hacer con estas niñas, entre más crecen siento que las cosas pueden salirse de control.
Tía Ruth: Es normal, se están convirtiendo en mujeres... ¿te acuerdas cuando teníamos su edad? Parecíamos aves, no nos gustaba estar encerradas y ahora...
Mamá: ¿Y ahora qué? Sales y entras cuando quieres, yo no sé que haces en la calle.
Tía Ruth: Ni tendrías por qué. Yo no sabía lo que hacías tú cuando éramos más jóvenes y salías constantemente, cuando te arreglabas tanto, después lo supe.
Mamá: Tal vez por eso no me sea ahora difícil imaginar qué haces y a dónde vas cuando sales de aquí tan arreglada.

La Mamá toma café, nerviosa.

Tía Ruth: Entonces ya lo sabes...
Mamá: Sí, sabía que este día tenía que llegar y no me da gusto hermana, aunque tampoco intentaré impedírtelo.
Tía Ruth: Nunca has querido entender que tu fracaso no tiene por qué ocurrirme a mí también.

Mamá: Te voy a dar un consejo y acuérdate de mí para cuando ya no estés aquí... con el tiempo, el hombre que conociste se vuelve otro.
Tía Ruth: Gracias, pero yo todavía no pierdo la fe, todavía creo que un hombre te puede hacer feliz.
Mamá: ¡Ay Ruth!, estoy escuchando hablar a la juventud, pero, ya te digo, los hombres cambian.
Tía Ruth: Eso no va a pasar.
Mamá: Ruth, Ruth...
Tía Ruth: Al menos tú te aseguraste de tener compañía. Están tus hijas.
Mamá: No, ellas se van a ir, se van a encontrar un hombre, que les haga creer que las quiere mucho, que las ama. Se las va a llevar y luego, quien sabe que pase... así, como tú.
Tía Ruth: Pues sí... dicen por ahí que los hijos son prestados.
Mamá: No todos, algunos son un regalo, son para ti, para que no se vayan nunca.
Tía Ruth: ¿Lo dices por Lety?
Mamá: Sí, creo que son como ángeles que te da Dios para que siempre estén contigo... sí, son como ángeles, pero sin alas, al contrario, como que se las cortan antes de bajar a este mundo para que no puedan volar y se queden contigo. En algunas familias sucede eso y hay uno de ellos.
Tía Ruth: Que triste que lo veas así. Leticia no es tuya, ella se tiene que ir, igual que Holanda y que Sarita. Que no pueda caminar, no quiere decir que esté impedida para irse, no la consi-

deres una inútil, siente igual que tú y que yo.
Mamá: Dime, en dónde conocerá a un muchacho, quien va a querer cargar con ella.

Tía Ruth mira a la Mamá y luego al público haciendo un gesto de desaprobación. La Mamá hace el de la preocupación. Recuerdan a las niñas cuando juegan a estatuas y gestos.

ESCENA 7

En oscuro. Se escuchan las voces de Holanda, Leticia y Sarita.

Leticia, Holanda y **Sarita**: De tin marín, de do pingüé, cúcara, macara, títere fue, yo no fui, fue teté, pégale, pégale, que esa merito fue...

La luz se enciende.

Leticia, Holanda y **Sarita**: De tin marín, de do pingüé, cúcara, macara, títere fue, yo no fui, fue teté, pégale, pégale, que esa merito fue...

Holanda es la elegida en el juego, se coloca haciendo la estatua de la Diana Cazadora. Leticia sentada en unas piedras hace el gesto angelical y Sarita el del robo. Se escucha el sonido de la locomotora del tren que pasa de un lado a otro. Una piedra envuelta en papel cae frente a Leticia. Sarita la levanta.

Sarita (*leyendo*): "Quiero conocerlas, mañana bajaré en la siguiente estación".

Sarita y Holanda gritan contentas.

Sarita: Creí que nunca lo tendría enfrente.
Holanda: Al fin vamos a escuchar su voz.
Sarita: ¿No te alegras Lety?
Leticia: Sí, por ustedes sí, pero yo tampoco pensé que llegaría este momento y... y no me agrada.
Holanda: ¿Pero por qué? Deberías estar contenta. ¿Le gustas no?
Leticia: No creo que le guste en una silla de ruedas. ¿No se dan cuenta? Él nunca me ha visto en la silla.
Sarita: No te preocupes, a lo mejor ni siquiera se da cuenta. Lo que le gusta son tus estatuas.
Holanda: Si se fija en eso no será un muchacho que valga la pena.
Leticia: Son mejor así las cosas, de lejos, porque de cerca nunca es lo mismo.

ESCENA 8

Sarita está sentada doblando ropa planchada que coloca en una canasta, se ve cansada, está greñuda y un poco sucia. Holanda está parada detrás de un burro de planchar con una plancha vieja en sus manos, estira con cuidado una falda.

Sarita: ¡Mira! Ésta podría servir para la princesa china. ¿Crees que si la guardo mi mamá se de cuenta?
Holanda: No, nunca se fija en esas cosas, mientras no sean sus colores favoritos no hay pro-

blema.

Sarita: Lo bueno es que a mí no me gustan ni el café, ni el negro, ni el gris.

Holanda: Pero no se lo vayas a dar a ella.

Sarita: Claro que no, es para las estatuas.

Holanda: Digo que no se lo vayas a dar a Leticia.

Sarita: ¿A Lety? ¿Por qué no? Siempre compartimos todo.

Holanda: Ay Sarita, no has entendido nada, ¿verdad? Esta vez es distinto... si se la damos, lo único que haríamos sería ayudarle a que él se fije más en ella. Con esa tela tan bonita, si tú te la pones a lo mejor se fija en ti.

Sarita: ¿Tú crees?

Holanda: ¡Claro!

Sarita: Ya voy entendiendo hermana, gracias por enseñarme todo esto.

Holanda: No me agradezcas, mejor ponte lista. No podemos dejar que todo lo mejor siga siendo para ella, no ha hecho nada para ganárselo. Yo creo que aunque esté enferma ella debe trabajar para ganarse las cosas, así, como nosotras. ¿No te parece justo?

Sarita: Sí, muy justo.

Holanda: Creo que nos hemos equivocado mucho con ella. Se aprovecha al ver que la tratamos bien y ya no pienso darle ni los mejores trajes, ni las pinturas... ni nada.

Sarita: No, nada.

Holanda sigue planchando la ropa, se detiene por un momento, se ve pensativa, se incorpora cuando ve que la ropa está a punto de quemarse. Sarita se prueba la tela roja como si fuera un vestido.

Holanda: Se me ocurrió una cosa y espero que me ayudes... Adrián nos vio de lejos y todos nos equivocamos con las personas, pero todavía estamos a tiempo. Podemos hacer que se fije en una de nosotras, en la que él quiera claro, pero no en Lety.

Sarita: No, en Lety no.

Holanda: Creo que podemos conseguirlo, es cosa de que estemos muy bonitas para cuando él venga... pero para eso tenemos que convencer a Lety de que no vaya a la estación.

Sarita: Sí, que no vaya.

Holanda: Lo único que tienes que hacer para ayudarme es quedarte callada, yo me encargo de todo... ¿has visto a Javier?

Sarita permanece callada envuelta en la tela como vestido.

Holanda: Te pregunté por Javier.

Sarita: Ah, es que dijiste que me quedara callada.

Holanda: Ash sí, pero no ahorita. Yo voy a hablar con Lety muy seriamente. Le voy a hacer entender que no tiene nada que hacer en la estación. Adrián podría reírse de ella, humillarla. Le voy a decir que tú y yo la vamos a defender y es la verdad, pero así aprovechamos. Tal vez él se fije en una de nosotras que sí somos normales... digo, que no estamos enfermas.

Sarita: ¿Y si de todas maneras quiere ir?

Holanda: Pues a ver quien la lleva.

Sarita: No creo que Javier la acompañe, ano-

che no llegó a la casa, como siempre, ya lo conoces.
Holanda: Sí, ojalá yo pudiera irme como él sin que nadie me regañara.
Sarita: Mí mamá siempre lo regaña, otra cosa es que no le importe.
Holanda (*pensativa*): Eso voy a hacer, nada me va a importar, quiero que Adrián se fije en mí... bueno, o en ti hermanita.
Sarita: Sí, en mí.

ESCENA 9

Leticia está sentada en su silla de ruedas frente a un espejo de cuerpo completo en el que se mira, luce triste. A su lado una mesita en la que hay un par de libros, un cepillo, papel y pluma.

Leticia: ¿De qué color es el amor? ¿Cuál será el tono que más te gusta, con el que te enamorarías de mis estatuas? ¿Cómo sería para ti verme en esta silla? ¿Seguirías pensando que te gusto? Y si de verdad eres un muchacho que estudia y has leído los mismos libros que yo... si tienes las mismas ganas de que te pase lo que cuentan ahí... entonces...

Leticia impulsa su silla y se arrima a la mesa, toma una hoja de papel y comienza a escribir. Se escucha que tocan la puerta. Holanda se asoma sin esperar respuesta, entra.

Holanda: ¿Qué estás haciendo hermanita?

Leticia no contesta, continúa escribiendo. Holanda se asoma al papel, Leticia discretamente lo tapa.

Holanda: ¿Has visto que Tía Ruth y mi mamá andan muy raras últimamente? Quién sabe que se traen.
Leticia: No, no me he fijado mucho. Así pasa cuando uno tiene sus propios problemas.
Holanda: Sí, yo también tengo los míos pero yo me fijo, siempre me fijo, en todo, porque las quiero, a todas, y no quiero que le pase nada a nadie, ni que otros lastimen, a ninguna. Mi mamá siempre nos ha dicho que somos puras mujeres y tenemos que cuidarnos entre nosotras.
Leticia: Tenemos a Javier.
Holanda: ¡Ay bueno!, sí ya sé, Javier. Pero es un cero a la izquierda. ¿Cómo puedes contar con él? Yo digo, del apoyo entre nosotras, las mujeres, debemos tener mucho cuidado cuando algún hombre se acerque y quiera entrar a nuestra familia, ya ves que nunca se sabe. Dice mi mamá que los hombres son muy malos y que luego nada más buscan burlarse de las muchachas, las dejan ahí y se van.
Leticia: ¿Tú no piensas eso? ¿O sí?
Holanda: Bueno, antes no, pero ahora sí. Me da miedo que Adrián pueda ser uno de esos muchachos. Al principio me emocioné mucho por su visita, pero después lo pensé bien. ¿Por qué alguien como él querría conocernos? Él debe tratar a muchachas distinguidas y muy lindas, sanas... bueno, tú me entiendes. Y pensé que a lo mejor quiere burlarse de nosotras. ¿A qué piensa venir? A robarnos el corazón,

para después subirse a su tren y ya no volver nunca...

Leticia: Apenas estoy pensando si iré a conocerlo, todavía no llego a la parte donde me abandona.

Holanda: Pero de seguro ya llegaste a la parte de tu novelita donde te casas con él, ¿no?

Leticia: Por lo menos deja que me imagine lo que yo quiera. Es lo único que tengo, mi imaginación, mis libros... y el tren todas las tardes.

Holanda: No es cierto, nos tienes a nosotras, a mi tía Ruth, a mi mamá, que te consiente tanto y a Javier.

Leticia: Todos se van a ir. Algún día tú, mi tía y Sarita se van a ir. Yo me voy a quedar aquí con mi mamá y con Javier, pero ellos un día se van a morir. Ojalá que yo me muera antes, porque si no es así me voy a quedar aquí sola mirando al tren pasar todas las tardes, ustedes van a venir de vez en cuando, a verme... a lo mejor tú llegas con Adrián, y van a traer a varios niños, muchos, muy bonitos, como los hijos que quieres tener. Me vas a traer un pastel o verduras, algo que yo pueda comer, o mis medicinas... vamos a tomar café como el que prepara mi mamá y luego te vas a ir con tu familia y yo me voy a quedar aquí, viendo pasar el tren.

Holanda: No digas eso, todavía ni conocemos a Adrián... tienes razón.

Leticia: No quieras consolarme, tú y yo sabemos que así va a ser.

Holanda: No pienses en esas cosas, falta mucho para que yo me case y me vaya de aquí.

Leticia: Pues ojalá porque yo pienso que me voy a quedar solita muy pronto... no creas que no me doy cuenta de que tú y Sarita se enojan porque mi mamá me cuida, pero de veras que me siento mal (*ilusionada*). Aunque no me creas, me gustaría poder lavar, fregar los platos, planchar, conocer muchachos... (*enojada*) pero nada puedo, nada puedo.

Holanda (*titubeando*): ¿Quieres ir a conocerlo? Sarita y yo podemos llevarte.

Leticia: No, ya pensé que no.

Holanda: Pero... ¿por qué?

Leticia: Como dices, a lo mejor se burla de mí.

Holanda: Bu... bueno, y que tal si es al revés, si le gusta todo lo demás de ti.

Leticia: ¿Lo demás?

Holanda lleva a Leticia y a su silla frente al espejo, ambas dan la espalda al público y las vemos reflejadas. Holanda le acaricia el rostro y le suelta el cabello a Leticia.

Holanda: La verdad es que eres la más bonita de las tres. Por eso le gustas a Adrián. Le gusta cuando haces tus estatuas porque puede ver tu perfil. Mira tu perfil, es como de princesa. Tu cuerpo es tan lindo, tan fino, que cualquier tela que encontramos se te ve muy bonita... y tu cabello, tan largo, tan ondulado y sedoso, me da envidia, me das envidia... aunque él te vea en la silla le vas a gustar, te ves igual de bonita.

Leticia: ¿Te doy envidia?

Holanda: Sí, pero no pienses mal, es de esa que no se te puede quitar, hay personas que dan

envidia y ya. Tú das envidia, no tiene nada de malo que yo te la tenga. Al contrario, yo creo que es bonito, a mí me gustaría dar envidia, pero no sé por qué no puedo, yo soy de esas que siempre tienen envidia. Es así como algo que se hereda, creo.

Leticia: Nunca había pensado en eso, y tampoco estoy enojada porque me lo digas. Yo creo que a algunas mujeres les gusta dar envidia. ¿Te has fijado en las Pellicer? Ellas siempre dan envidia.

Holanda: Sí, pero uno se da cuenta de que ellas hacen todo lo que pueden para dar envidia. Compran muchas cosas, gritan mucho, bailan mucho, ríen mucho, todo lo hacen como buscando que la gente las vea. Pero ellas también te envidian. Las que quieren dar envidia, envidian a las que dan envidia sin querer darla. ¿Me entendiste?

Leticia: Sí, perfectamente... ¿tú crees que los hombres también se tengan envidia? ¿Hay hombres que dan envidia? ¿Tú crees? ¿Adrián les provocará envidia a los muchachos que van en el tren?

Holanda: No sé, en eso no me he fijado, no conocemos muchos hombres. Pero yo creo que también. Ya ves, Javier se la pasa peleando con otros, debe ser por eso.

Leticia: No, pero es distinto, la verdad es que quien sabe, pero si yo fuera hombre, le tendría mucha envidia a Adrián.

Holanda: Sí, yo también, ya lo hubiera golpeado por ser tan guapo.

Ambas ríen. Holanda va hacia la mesa y observa el papel en el que escribía Leticia, quien se mira al espejo fijamente con su cabello suelto.

Leticia: Ya no somos niñas Holanda, ya no nos queda andar jugando a las estatuas...

Leticia toma la hoja en la que escribía, la mete en un sobre y se la entrega a Holanda.

Leticia: Entrégale esto por favor.
Holanda: ¿Qué le vas a decir?
Leticia: Quiero que sepa muchas cosas...
Holanda: ¿Cómo qué?
Leticia: Que juego solamente para él.

Holanda y Leticia se miran cómplices.

ESCENA 10

Tía Ruth termina de coser la tela que vimos anteriormente. Contempla su propia obra, es una especie de túnica. Va hacia el armario y saca varios vestidos, zapatos y accesorios que coloca junto con una vieja maleta. La Mamá entra y la observa.

Mamá (*irónica*): ¿Ya estás lista para irte? ¿Ya les dijiste a las niñas? ¿O quieres que yo lo haga? A ver cómo reacciona Leticia...

Tía Ruth: ¿Qué quieres que diga? Es una niña muy lista, lo va entender.

Mamá: Veo que todos mis esfuerzos están en la basura. Llevo años intentando que tú y las niñas entiendan que debemos sacrificarnos por Leticia. Pero claro, tú ya te vas y me dejas

sola con esta responsabilidad... no te culpo, después de todo es mi hija, ¿no?

Tía Ruth: Eres muy injusta, ¿por qué no tengo derecho a irme con el hombre que amo sin que me hagas sentir culpable? Quiero a tus hijas, si me voy, no quiere decir que las abandono.

Mamá: Sus hermanas también se van a ir, ya están grandes, no puedo esconder eso y menos a los hombres, parece que tienen un radar para encontrar a las niñas que se están haciendo mujeres, no puedo hacer nada contra eso. Siempre me ha intrigado... ¿quién les avisa dónde están las casaderas?, ¿las huelen? o ¿ellas les llaman?

Tía Ruth: Simplemente se encuentran.

Mamá: ¿Las has visto? Cuando salen a ver pasar el tren. Son otras, se ven tan bonitas... ¿cómo aprendieron a ser tan sensuales?

Tía Ruth: Una nace sabiendo muchas cosas y otras las aprende, nada más para regalárselas a ellos... ¿a quién más? Es el único regalo que te regresa el doble.

Mamá: Ojalá nunca se fijen en uno de esos hombres que van en el tren. Son engañosos. Desde lejos son perfectos, pero cuando conoces a uno de cerca, nunca es como lo imaginaste.

Tía Ruth: No, a veces puede ser mucho mejor...

Mamá: Pues te deseo suerte, a lo mejor tú sí consigues ser feliz... lo malo es que, los años pasarán y tú serás vieja, inevitablemente, y él con ese radar que tienen los hombres encontrará a otra, más joven. Ellos entre más viejos son, más jóvenes las quieren y se olvidan de una a la que como vampiros le chuparon la juventud y la alegría.

Tía Ruth: Un hombre no puede ser tan malo... ¿cómo fue que cambiaste tanto?, ¿te acuerdas cuando fuimos niñas, de esas que se están haciendo mujeres? Siempre salías y veías el tren pasar. Yo recuerdo cómo volaba tu cabello, largo, tan negro, tan ondulado y sedoso como siempre lo has tenido, y nada te importaba y salías en puro fondo, descalza, feliz a que los muchachos te vieran... y ellos te veían y eras hermosa, muy hermosa. ¿Ya se te olvidó?

Se escucha el sonido del tren al pasar. La Mamá y la Tía Ruth miran, al público, como si el tren estuviera pasando de verdad. La Mamá se incorpora.

Mamá: Ésa no era yo.

La Tía Ruth se acerca a la Mamá, le deshace el chongo tan bien peinado que tiene y le suelta el cabello con dulzura, la Mamá se deja. La Tía Ruth se agacha y ahora le quita los zapatos, uno por uno. La Mamá se deja y la mira extrañada.

Tía Ruth: Ésa eres tú, sigues siendo hermosa como antes, como tus hijas. Cuando puedas, mírate así en un espejo y te vas a acordar de esa que te hablo. Porque yo te veía con admiración y quería ser como tú.

La Mamá permanece callada, pensativa. La Tía Ruth mira hacia el público, simulando ver el tren.

Tía Ruth: A mí también me volaba el cabello,

pero nunca fue tan largo, mamá no me dejaba soltarlo y yo la obedecía pero tú no... mira si han pasado los años, ese tren también va a cambiar... ¿supiste? Cuando fui a la plaza me lo confirmaron, va a ser un tren de carga.

La Mamá mira impactada a la Tía Ruth.

Mamá: No, no sabía... ¿ya lo saben las niñas? Nuestro tren...

La Mamá se acerca a la Tía Ruth y la abraza. Ambas quedan congeladas como representando una estatua.

ESCENA 11

La estación del tren, hay sólo una banquita vieja en la que están sentadas Holanda y Sarita, quien luce enojada y le da la espalda a Holanda.

Holanda: ¡Ay bueno!, ya, quita esa cara, Adrián no te puede ver así.
Sarita: Ash, tú no me hables.
Holanda: Ya Sarita, no te enojes conmigo. De veras quita esa cara, así no le vas a gustar a Adrián.
Sarita: Ya déjame, qué me importa Adrián. ¿Es de Leticia no? Entonces qué me importa que me vea esta cara, si no tengo otra. Eres bien habladora, nada más me alborotas y luego ya (*la imita*): "No mejor no, pobre Lety"... habladora, chismosa, envidiosa.
Holanda: Ay bueno ya, perdón... ya sé que cambié de opinión, pero mi mamá tiene razón cuando dice que hay que cuidar a Lety.

Sarita: Ay sí, mi mamá tiene razón, tú siempre andas diciendo que te quieres ir, que mi mamá no se qué, que Lety no sé que más. Si ella no quiso venir y si tú y yo no podemos ser novias de Adrián, ¿entonces para qué venimos?
Holanda: ¿A poco no te da curiosidad?
Sarita: Ah, curiosidad sí pero no tiene chiste.

Holanda saca de su bolsa el sobre que le dio Leticia.

Holanda: Tenemos que entregarle esto a Adrián.
Sarita: ¡¿Ya van a ser novios?!
Holanda: No sé, no me dijo, solamente me dio esta carta para él y ya.
Sarita: ¿Y si se casan? ¿Qué nos vamos a poner? Seguro en la fiesta van a querer que hagamos alguna de nuestras estatuas y... ¿llevará a sus amigos?, ¿y si alguno se quiere casar conmigo?

Holanda ríe y le da un golpecito en la cabeza. Se escucha el sonido de la locomotora del tren. Ambas se levantan emocionadas y gritando. Esperan ansiosas. Adrián llega con una maletita y usa un traje color gris. Holanda y Sarita se miran emocionadas.

Adrián: ¡Hola!
Sarita y **Holanda**: ¡Hola!

Adrián busca con la mirada. Holanda y Sarita lo miran expectantes.

Adrián: Y... no vino... ¿la estatua?
Sarita: No pudo, está enferma.
Adrián: Ah... qué mal.
Holanda: ¿Y cuántos años tienes?
Adrián (*nervioso*): Quince.
Sarita: ¡¿Quince?! ¿Tan poquitos?
Adrián: Pues de cuántos me veo.
Holanda: Pensábamos que eras mayor.
Adrián: ¡Ah! Pues no, ésos tengo.
Sarita: Y... ¿en dónde estudias?
Adrián: No, yo no estudio... yo...
Holanda y **Sarita** (*sorprendidas*): ¡¿No estudias?!
Adrián: No, pero en la fábrica hago muchas cuentas.
Holanda: ¿Cuál fábrica?
Adrián: La fábrica donde trabajo. Ahí hacemos clavos, pero a veces yo ayudo a venderlos.
Sarita: ¿Y ese uniforme?
Adrián: Es del trabajo, todos los días nos llevan a mí y a otros empleados de la fábrica a nuestra casa, todos vivimos en San Juan.

Holanda y Sarita se miran decepcionadas.

Adrián (*inseguro*): ¿Entonces no va a venir...?
Holanda: Leticia, se llama Leticia... no, no viene pero me dio esto para ti.

Adrián sorprendido y sonrojado, guarda rápidamente la carta en la bolsa de su traje. Hay un silencio incómodo entre los tres.

Adrián: Bueno, ya me tengo que ir o me deja el tren...

Holanda y Sarita asienten. Adrián se acerca nervioso a ellas y se despide de beso. Ellas se apenan. Adrián da unos pasos y luego regresa.

Adrián: Mañana es el último día que paso por aquí, por eso quise venir a conocer a las estatuas (*a Holanda*). Me gustó cuando hiciste la cara de asco, fue genial (*a Sarita*), y tú, cuando la haces de enojada, en el tren todos nos moríamos de la risa... cuando Leticia hizo la princesa china no podía dejar de verla, es tan linda... todos en el tren la admirábamos, pero más yo, porque me gustan las princesas chinas. Fui el único que sabía que era una princesa china, mi mamá tenía una muñeca como ella, igualita, aunque con los ojos más chiquitos.
Holanda: ¿Cómo es eso de que mañana es el último día que pasas?
Adrián: ¿Qué no saben?
Sarita: ¿Qué cosa?
Adrián: Este tren ya no va ser de pasajeros, a nosotros nos van a llevar por otra ruta, porque ya nada más va a ser de carga.

Holanda y Sarita se miran sorprendidas y tristes.

Holanda: No, no sabíamos nada, nadie nos dijo nada.
Adrián: Lo siento... hasta siempre...

Adrián se despide con un ademán y se va. Holanda y Sarita se quedan muy tristes, se abrazan.

Sarita: ¿Oíste? Dijo hasta siempre...
Holanda: Sí, pero ya se fue, y el tren también.
Sarita: ¿Qué vamos a hacer ahora? Se van a terminar las estatuas.
Holanda: Sí, se acabó el juego... ¡pero todavía va a pasar mañana y podemos hacerlo una última vez!
Sarita: ¿Qué va a decir Lety? ¿Qué escribió en esa carta? ¿Y si ella lo quiere ver a solas? Él ya no va a pasar por aquí.
Holanda: ¿A quién va a ver pasar cuando esté sola?

ESCENA 12

En la habitación de Leticia, Holanda y Sarita de espaldas al público, bailan cadenciosamente frente al espejo provocando que sus faldas vuelen. Leticia las mira contenta, sonríe. La Mamá entra al cuarto y se dirige al fonógrafo, lo apaga. Holanda y Sarita se tiran al piso riendo.

Mamá: ¡Válgame! Ustedes van camino a la perdición. Esto parece un burdel.

La Tía Ruth llega a la recámara y ríe también, trae una bolsa de tela entre sus manos e intercambia una mirada cómplice con la Mamá, quien mira a Leticia reír contenta. La Mamá sonríe también. La Tía Ruth se acerca a Leticia, le extiende la bolsa de tela.

Tía Ruth: Es para tu estatua.

Leticia, Sarita y Holanda se miran extrañadas. Holanda va a decir algo. La Tía Ruth le hace una seña de que se quede callada. Leticia comienza a sacar las cosas de la bolsa. Hay un collar de perlas, maquillaje y un hermoso traje blanco, la misma tela que cosía en escenas anteriores. Leticia sonríe y abraza a la Tía Ruth.

Leticia: Gracias.
Tía Ruth: Es la mejor forma que encontré para despedirme.
Holanda: ¿Te vas?
Sarita (*pícara*): Sí, con su novio.

La Tía Ruth se ve apenada. La Mamá mira a Sarita sorprendida.

Leticia: Yo ya sabía que te ibas a ir.
Holanda: Yo también, porque últimamente te ves más bonita y contenta.
Sarita: Y nos consientes más que antes.
Leticia: Gracias, por todo tía. No sé que haría si mis hermanas no me hicieran reír y enojar... (*contenta*) Mañana quiero jugar otra vez. Ya sé que me van a dejar ser la estatura.
Sarita: ¡Sí!

Holanda asiente también. Las tres se abrazan, permanecen así sin moverse, hacen una sola estatura. La Mamá se ve conmovida y abraza a la Tía Ruth.

ESCENA 13

En oscuro. Con eco, se escuchan las voces de Sarita, Holanda y Leticia.

Sarita, Holanda y **Leticia**: A las estatuas de marfil, una, dos y tres así, el que se mueva baila aquí, con su hermana la lombriz y su tío José Luis una, dos y tres así...

El escenario se ilumina, las vías del tren. Holanda y Sarita, cantan repitiendo la estrofa anterior y bailan haciendo círculos alrededor de Leticia. La Mamá y La Tía Ruth las observan divertidas. Leticia en su silla, sonríe. Sarita y Holanda siguen bailando alternando los pies. Cuando terminan la estrofa, Sarita y Holanda quedan congeladas, de pronto, pierden el equilibrio y se mueven. Leticia es la primera en reír. En tiempo real, todas las mujeres de la casa visten y maquillan a Leticia, dejando una estatua perfecta. La Mamá, la Tía Ruth, Sarita y Holanda, ayudan a Leticia a colocarse sobre unas piedras, queda en posición de estatua, perfecta. La Mamá está a punto de entrar a la casa, luego se incorpora y se dirige a Holanda y Leticia.

Mamá: Niñas, entren a la casa, dejen que a su hermana le dé el aire... ¡ah!, Javier ya regresó, y trajo compañía. ¿La quieren conocer? Le puse Ruth, en honor a su tía, es muy bonita, parece que ya tenemos dos gatos.

Sarita y Holanda se miran contentas. Todas regresan a abrazar a Leticia, quien está muy seria, se ve nerviosa. Sarita, la Mamá, la Tía Ruth y Holanda salen, dejando sola a Leticia. Oscuro.

ESCENA 14

Las vías del tren. Leticia representa la estatua de Afrodita. Permanece inmóvil.

Leticia: ¿Qué es una estatua? Nunca me lo había preguntado. Pero hoy lo sé, porque soy una de ellas... una estatua imita personas reales, gente que ha vivido, sólo copia, como yo. No me queda otra... pero un día voy a saber de qué estoy hecha. Voy a saber si soy de marfil, como las del juego, de mármol o de sal... qué bueno que el tren va dejar de llevar gente, porque así sé que las estatuas no son un juego...

Se escucha el tren pasar. El cabello de Leticia se mueve lentamente por el viento. Una rosa roja le golpea el rostro y cae a su lado. Leticia sonríe.

Leticia: Sí leíste mi carta.

Oscuro final.

DE PASADA POR KEPLER

Sergio de Régules
y Claudia Romero

K
Actor
Actriz

*Escenario oscuro, salvo por la Vía Láctea en cicloram*a. *Podio a un lado para un conferencista. Sólidos pitagóricos como pelotas inflables esparcidos por el suelo. Una pantalla de retroproyección detrás del ciclo (de preferencia del tamaño del mismo) que sólo será visible cuando tenga imágenes. Es recomendable que cada vez que haya participación del público, se hagan tomas en directo y cada vez que haya una explicación se proyecte el modelo. Entra K con un fólder y apuntador láser. Atuendo académico. Se agacha y examina un sólido pitagórico. Sonríe, se incorpora.*

K (*llamando*): ¿Hola? Buenas noches, soy el conferencista. Ya llegué. ¿Hay alguien? ¿Ya está todo listo? (*se da cuenta del público*) Buenas noches (*tímido*). No los había visto. Pensé que alguien me iba a presentar, como se acostumbra. Bueno, pues yo empiezo. Así, sin presentaciones. Más informal. No importa, me gusta la informalidad. Aunque no en todo. En las conferencias sí y esto es una conferencia. Dicen que la informalidad ayuda a acercarse al público lego. Yo no sé. Ustedes, ¿qué opinan? Yo creo que está bien, siempre y cuando no se abuse. Por ejemplo, el otro día fui a la dirección de personal de la universidad para ver si ya me tenían un pago. Pregunté dónde estaba la caja y el vigilante me dijo: "Te vas por ese pasillo, al fondo, y ahí la encuentras". Me chocó que me hablara de tú. Mi papá no era nada formal... pero no estoy aquí para hablarles de mí (*acomoda sus papeles, se le caen, se agacha para recogerlos*) sino de Johannes Kepler. Me dijeron que alguien les habló de Copérnico la semana pasada. Que habló y habló y puso un power point de puras letritas, ¡que leyó!, ¡qué aburrido!, ¡una plática de Copérnico, y encima aburrida! Pobres de ustedes. No se habrán enterado de nada. Igual que los contemporáneos de Copérnico... bueno, pero yo les iba a hablar de Kepler, que vino después. Nació en 1571. Copérnico se había muerto veintinueve años antes. Espero no ser tan aburrido como el de Copérnico (*se proyecta en la pantalla un power point. La diapositiva tiene puras letritas con información sobre Kepler estilo monografía de papelería*).

Actor (*de entre el público. Ofendido*): Un momento, un momento. ¿Cómo que conferencia? ¿Se va usted a tirar un rollo ahí solito sobre un señor que vivió hace cuatro siglos?

K: Pues, sí.

Actor: No, a mí me dijeron que esto era una obra de teatro, no el choro de un tipo.

K: Lo siento. A mí me contrataron para dar una conferencia sobre Kepler. ¿Está seguro de no haberse equivocado de sala?

Actor: Amigo, no hay ninguna otra sala, ni otra cosa que hacer en cinco kilómetros a la redonda, se lo garantizo. Así que más le vale que empiece la función. Además, ¿a quién le va a importar una conferencia sobre una calle de Polanco?

Actriz (*tímida. Desde público*): Anzures.

K: ¿Perdón?

Actor: ¿Qué?

Actriz: Kepler es una calle de la Anzures, no de Polanco. Lo sé porque ahí vivía una tía mía y en las tardes nos íbamos de compras a Liver-

pool.
K: ¿De qué habla?
Actriz: Del Liverpool que está sobre Mariano Escobedo. ¿Lo conocen? Una tienda departamental enorme, divina, con muchos pisos para comprar ropa, electrónicos, zapatos...
Actor: ¿Lo ve?
Actriz: Y a decir verdad, el joven tiene razón. Yo también pensé que esto era una obra de teatro, no una conferencia. Yo llegué aquí pensando que iba a ver hombres guapos, chistes subidos de color, grandes conflictos, desnudos artísticos...
Actor: ¿Lo ve?
K (*empieza a perder la compostura*): Ya basta con su "¿lo ve?". Yo soy historiador de la ciencia, no soy actor, ni dramaturgo. Estoy aquí para dar una conferencia sobre Kepler.
Actor: Pero todos estamos aquí para ver una obra de teatro, no para escuchar una conferencia. Mire, hagamos una encuesta (*al público*). Levante la mano el que vino a ver una obra de teatro (*levantan la mano*). Levante la mano quien vino a oír una conferencia... ¿lo ve? Perdón.
K: Yo no sé nada de teatro.
Actor: No se preocupe amigo, quien escribió esto tampoco (*sube al escenario*). Pero no vamos a decepcionar a tanta gente. Yo le ayudo y Miss Liverpool también, venga, súbase. No pasa nada.
Actriz: Me llamo... (*dice su nombre mientras sube al escenario*).

Los tres se presentan. De preferencia utilizar sus nombres verdaderos. Quedan en una línea abierta a público. Pausa.

Actor: Oiga doctor, ¿nosotros lo podemos tutear?
K: Supongo que es lo adecuado, pero, ¿estamos seguros de lo que estamos haciendo?
Actriz y **Actor**: No.
K: ¿Y cómo vamos a empezar?
Actor (*pausa*): Lo mejor será empezar por el principio. Tú hablas de la calle, mientras ella y yo representamos lo que dices.
Actriz: Uy, ¡qué emoción! Siempre quise ser actriz. Yo soy todos los personajes bonitos y tú todos los feos.
Actor: ¿No será mejor que tú hagas los papeles femeninos y yo los masculinos?
Actriz: De ninguna manera. Estoy harta de que me "ninguneen", así que yo hago los bonitos y tú los feos.
K: En primer lugar no vengo a hablar de una calle, sino de un científico, de un matemático, astrónomo, astrólogo, geómetra, escritor...
Actor: Está bien, como sea, pero ya empecemos.
K: Nada más una cosa. Yo sé que esto de hacerlo como de bulto, ayuda a la informalidad, pero no vaya a convertirse todo en un caos, no hay que ser tan informales. Mi papá no era nada formal... (*se coloca en el podio y se aclara la garganta*) Johannes Kepler...
Actriz: Primero unos ejercicios de relajación (*empieza a hacerlos*). Esto lo vi en La Academia (*actriz y actor los hacen*).
K: ¿Me permiten continuar? El abuelo de Ke-

pler, Sebaldus, había logrado ser alcalde de Weil, su ciudad natal...

Actor: Si vas a empezar con el abuelo, no vamos a acabar nunca.

K: Quiero establecer en su genealogía, los elementos que van a dar razón de su tan peculiar temperamento.

Actriz y **Actor**: ¿Qué?

K: Estudiando los antepasados de Kepler, podremos entender mejor su carácter.

Actor: ¡Ah, bueno!, pues así, sí.

K: ¿En qué iba? ¡Ah, sí! El abuelo Sebaldus se casó con una mujer llamada Katherina, de quien se decía que era una mujer celosa, mórbida, acumuladora de inquinas...

Actriz: Yo soy Sebaldus (*el actor sale por una falda*).

K: Y procreó con ella doce hijos (*el actor irá pariendo conforme habla K, como en un partido de fútbol americano*), el primero, Sebaldus; el segundo, Johann; el tercero Sebaldus.

Actor: Un momento, ¿a quién se le ocurre ponerle el mismo nombre a dos hijos distintos?

Actriz: Seguro porque se morían.

Actor: ¡Ah! (*a la actriz*) Tira al primero.

K: El cuarto, padre de Kepler, Heinrich; el quinto Kunigund...

Actriz: ¿Y eso qué es? ¿Niño o niña?

Actor (*pariendo*): ¡Niña, fue niña!

K: El sexto, Katherina; el séptimo, Sebaldus.

Actor: Tira al tercero.

K: El octavo, Katherina.

Actor: Tira al sexto.

K: El noveno, María. Y tres más de los que no tenemos referencia.

Actor: Uf, estoy agotada...

K: Dicha progenie estuvo en su mayor parte compuesta por vagabundos, malvivientes, degenerados y psicópatas.

Actriz: ¡Qué bonita familia!

K: El padre de Kepler, Heinrich no tenía oficio alguno y el 15 de mayo del mismo año que nació Kepler, se casó con una mujer llamada Katerina (*marcha nupcial*). El 16 de mayo de 1571, a las 4:37 de la madrugada, Johannes Kepler fue concebido...

Actriz: Óyeme, eso no lo podemos representar, puede haber niños en el público.

Actor: Además, ¿cómo lo sabes?

K: El mismo Kepler lo escribió en un horóscopo que se hizo a la edad de 26 años. Regresemos a nuestro tema, el niño Kepler nació el 27 de diciembre a las 2:37 P.M.

Actriz: Pues no me salen las cuentas.

Actor: ¡Ya!

K: Nació en el municipio de Weil, en la Suabia vinícola, un hermoso rincón del sudoeste de Alemania entre la Selva Negra, Neckar y el Rin. Weil-der-Stadt, se extiende en la cima de un monte, largo y estrecho...

Actor y **Actriz** (*roncan*).

K: Los aburro, mi plática les aburre. ¡Claro! ¿A quién le va a importar un astrónomo que vivió en el siglo XVI, contemporáneo de Shakespeare, Cervantes? ¿Por qué hablar de un hombre que no tenía los conocimientos que tiene ahora un muchacho de prepa? Pero a ver, si no hubiera sido por Kepler, ¿quién sería Newton, Einstein? No habría computadoras, Nintendo, X-Box, transmisiones vía satélite, televisión

por cable, Big Brother, Cristina... ¿qué hubiera sido de nuestra vida sin Kepler? (*llora*).

Actriz: Ya, ya, tranquilo. Todos sabemos lo frustrante que es estudiar y trabajar como burro para que al final, nadie te pele. Te entendemos perfecto.

K (*más tranquilo*): Gracias, perdón. Procuraré ser más ágil, menos descriptivo; hay que poner más énfasis en las acciones, en las relaciones.

Actor: Esta obra es una porquería, un fracaso rotundo. Él tiene razón, a quién le importa la vida de un señor que ni siquiera cobra derechos por el X-Box.

K: Mmm, creo que exageré. No, no es para tanto. Johannes fue un niño enfermizo, con problemas estomacales y de vesícula; de piernas débiles, pálido, sufría de furúnculos, salpullido...

Actriz: Te toca Kepler.

K: ...hemorroides, vista defectuosa, padecía de miopía y poliopía anocular...

Actor: ¡Ups!

K: Visión múltiple.

Actor: ¡Ah!

K: Durante su infancia vivió en casa del abuelo Sebaldus, entre familiares vagos, vividores y desquiciados; no asistió a la escuela de manera regular.

Actriz: Además, ¡burro! (*en sesión de psicoterapia*) A ver niño Kepler, ¿que recuerdas de tu infancia?

Actor (*con un chupón sentado en el suelo*): Cuando yo eda chiquito, vivíamos en casa de mi abuelito. Luego, mi papá se fue a la gueda "y siempre había guitos y sombedazos". Mi mamá también se fue y luego deguesadon "y siempre había guitos y sombedazos" (*se levanta de un brinco*). Me pica la cola. Tabajaba en el campo, no iba a la escuela "y siempre había guitos y sombedazos".

Actriz: Y, ¿qué más?

Actor (*un niño más crecido*): Desde niño he sido enfermizo, flacucho y débil, pero mamá siempre me curó con sus hierbas.

Actriz: ¿Y qué pasó después?

Actor (*como adolescente galán*): Ingresé al seminario luterano y además de teología, tuve la dicha de conocer el griego, el latín, a los clásicos paganos, retórica, dialéctica, matemáticas y música.

K: Era un mamón, sabihondo insoportable (*pelea de box entre el Actor y K*).

Actriz: Vamos ahora a la transmisión de la pelea del siglo, Kepler contra todos sus compañeros y maestros del seminario (*suena la campana*): ¡Koellin le coloca un derechazo, el zurdo Kolinus lo manda a la lona, Braunbaum intenta ayudarlo y Kepler le muerde la mano, Ortholphus se aprovecha de él y lo patea en el suelo, pero a pesar de todo, Kepler logra el rango de bachiller; posteriormente se gradúa por la Facultad de Artes de la Universidad de Tubinga y se matricula en la Facultad de Teología! (*la Actriz le va colocando medallas*) ¡Kepler! ¡Kepler! ¡Kepler! (*animando al público*).

K: Oiga joven Kepler, que si puede ir a dar clases de matemáticas y astronomía a la Universidad de Gratz.

Actriz: ¡Salud!

K: Gratzias
Actor: ¿De dónde?
K: De Gratz.
Actriz: ¡Salud!
K: Gratzias
Actor: No sé qué hacer, no lo sé, no lo sé, todo es tan confuso, Copérnico, la astronomía, los horóscopos (*con la Actriz*). Chin-chan-pú. ¡Chin perdí! Órale, va (*el Actor va por un pizarrón y muchos papeles*).
Actriz: Además de las clases, tenía que escribir un horóscopo anual con predicciones astrológicas, para sacar una lanita extra.
K: Durante el primer año, tuvo muy pocos alumnos en su clase; el segundo año, ninguno.
Actor: Me atacan las fiebres, esta ciudad es católica, yo luterano, mis alumnos me odian. ¡Me quiero ir a Tubinga!
Actriz (*como decano*): No se preocupe, profesor. Estos muchachos de ahora son unos ignorantes, mequetrefes, greñudos, babosos y burros. Le vamos a dar la cátedra de, de, de (*K al oído*), ¡ah sí! de Virgilio y de retórica.
K: El primer horóscopo de Kepler fue un éxito rotundo. Se cumplieron todas sus predicciones.
Actor (*con aire doctoral*): La astrología es la hermanastra de la astronomía, tiene que haber una ciencia experimental exacta de los astros.
Actriz: ¡Ay no mam...! ¡Perdón!
Actor (*al pizarrón*): A ver niños, la clase de hoy es sobre el círculo, el triángulo y el círculo... el tria... (*se queda trabado*).

Actriz: Oye se trabó. Échalo a andar (*K le apunta con un control remoto*).
Actor: ¿Qué dijo Copérnico?
K: Dijo muchas cosas, pero una de ellas fue que los planetas giraban alrededor del sol.
Actriz: ¡Qué bruto! Ja... (*ambos la ven*) ¿Te cae?
Actor: No han entendido nada. Cuando todo es tan caótico: la ciudad, el trabajo, las relaciones, uno busca un lugar seguro, un orden, algo que nos garantice que no nos vamos a hacer pedazos. Mejor me voy a mi lugar (*se va a su lugar en el público*).
K: Oye, espera, ¿de qué hablas?
Actor: De Kepler ¡Estaba loco! ¿A quién se le ocurre que hay un orden cuando todo alrededor es un desastre? Protestante en un mundo católico; científico en una familia de locos mantenidos; astrónomo teniendo visión múltiple. ¡Nomás le faltaba irle al Pachuca!

K ve a la Actriz.

Actriz: Si él no está, yo también me voy (*se dirige a su lugar*).
K: Bueno, pues, supongo que no podemos dejar esto a la mitad, así que les pido mil disculpas, pero continuaré con mi conferencia (*se aclara la garganta*). Así es, al estar dando una clase, Kepler tuvo una idea, una idea fija que lo acompañó toda su vida, una idea hermosa, perfecta, pero completamente falsa y que, por los extraños caminos que tiene la ciencia, le llevó a Kepler a descubrir las tres leyes del movimiento planetario que lo han hecho famoso.

Actor (*desde su lugar*): Oye, ¿y qué hay de su vida?, ¿se casó, era maricón?
Actriz (*desde su lugar*): No ves que era cura.
Actor: Por eso.
K: En primer lugar no era cura y pertenecía al rito protestante, luterano, así que podía casarse.
Actriz: ¿Entonces sí hubo boda? (*al Actor*) Ándale, vamos a seguirle, se va a poner bueno (*al público*). Ayúdenme, ¡que suba, que suba!
Actor: Está bien, está bien, público conocedor.
K: Pues bien, se casó con una joven llamada Bárbara con quien procreó cuatro hijos.
Actor (*bajando del escenario*): ¡Yo no vuelvo a parir un chamaco más!
Actriz (*empujándolo de regreso*): Esa parte nos la saltamos.
K: Para ese entonces, Kepler había publicado *El misterio cósmico*, donde expresaba su hermosa idea y le mandó una copia a Tycho Brahe... (*voltea a ver a los actores que ponen cara de no conocerlo*) y a Galileo.
Actor y **Actriz** (*cantando* Rapsodia bohemia): Galileo
K: Galileo.
Actor y **Actriz** (*cantando, dividir voces*): Galileo, Galileo, figaro, magnificoo. I´m just a poor boy and nobody loves me. But he´s just a poor boy from a poor family. Spare him his life from this monstrosity... (*K los mata con la mirada. Pausa*). Turirurirururiri...
K: De quien no recibió respuesta.
Actor: ¿Y cuál era esa maravillosa, hermosa...
Actriz: ... pero falsa idea?
K: Había encontrado por qué eran solamente seis planetas los que giraban alrededor del sol, había intentado construir su universo en torno a los cinco sólidos perfectos de Pitágoras y finalmente se lanzó a la búsqueda de una ley matemática sobre la armonía de las esferas.

Actor (*música de circo*): ¡Damas y caballeros pasen a ver al fenómeno humano del siglo XVI, al hombre monstruo que ha generado la naturaleza!
Actriz (*en personaje circense*): ¡Nunca nadie antes se había preguntado por qué existían sólo cierto número de planetas y no otro!
K (*en personaje de circo*): ¡Nunca nadie antes buscó una relación causa-efecto en el movimiento del universo!
Actor: ¡Y nunca nadie antes intentó que dicho movimiento respondiera a una ley matemática!
Los tres: ¡Eh! ¡Kepler, Kepler! ¡Una ola para Kepler! De derecha a izquierda. ¡Una, dos, tres! (se busca que el público haga una ola).
Actor (*a una persona del público*): ¡Está clarísimo! ¿Verdad?
K: No entendieron nada. Siempre me pasa lo mismo. Nadie entiende lo que digo, el mundo está en mi contra. Me voy a retirar, la vida no tiene sentido.
Actriz: ¡Ey, tranquilo! Vamos a explicarlo mejor. Respira profundo. Inhala, exhala, inhala, exhala. ¿Ya? Bien. Según Kepler, los seis planetas que giran alrededor del sol...
Actor: Pero son nueve planetas.
K: Ocho.
Actor (*enfrentándolo*): Nueve.
K (*agresivo*): Ocho.

Este diálogo se repite y va subiendo de tono hasta que quedan frente a frente. O sea, la frente de uno en la frente del otro.

Actor: Ni tú, ni yo (*a una persona del público*). A ver, señor, ¿cuántos planetas son? (*si el público dice nueve, entonces A. Si el público dice ocho, entonces B*).

A: **Actor** (*a K*): ¿Ah verdad? Recuérdele al catedrático los nombres (*se pretende que el público conteste, al llegar a Plutón, sigue la escena*).
B: **Actor**: ¿Cómo que ocho, cómo que ocho? Enumérelos (*se busca que el público responda, al quedarse en Neptuno*). ¿Y Plutón? ¿Y Plutón?

K: A Plutón lo descontinuaron, lo dieron de baja como planeta; no cumplía con los requisitos de... tamaño.
Actriz: Mmmm... y hay quienes piensan que el tamaño no importa.
Actor: ¿Qué? No puede ser. Yo le había apostado a Plutón en el "Me late". ¿O sea que ya perdí? (*rompe su boleta de "Me late"*).
Actriz: Pero no se claven, en el siglo XVI no se conocían tantos planetas.
K y **Actor**: ¿No? (*el Actor ve a K sorprendido. K se recompone*).
Actriz: Según Kepler, si Dios es perfecto, sólo puede crear un mundo perfecto (*a partir de este momento, la Actriz toma un aire doctoral*). Pitágoras nos dice que en el mundo real sólo existen cinco sólidos perfectos.

Actor (*la presentación de los sólidos es como pasarela de Miss Universo. K y el Actor van mostrando los sólidos que están en el escenario*): ¡El tetraedro! Pirámide, pa' los cuates. Formado por cuatro triángulos equiláteros.
K: ¡El cubo! Seis cuadrados.
Actor: ¡El octaedro! Ocho triángulos y nada más.
K: ¡El dodecaedro! Doce pentágonos a prueba de ataques musulmanes.
Actor: ¡Y para finalizar, llega hasta nosotros desde las lejanas tierras de la geometría: el icosaedro! Veinte triángulos equiláteros en su más perfecta disposición.
Actriz: Estas figuras son totalmente simétricas y pueden colocarse dentro de una esfera, de tal forma que sus vértices siempre tocarán algún punto de la esfera (*música de vals. Mientras bailan, en la pantalla se va formando el sistema planetario de Kepler*).
Actor (*saca a bailar a una mujer del público, mientras K y la Actriz bailan. Van pateando a público cada sólido, conforme lo van mencionando, para que el público lo vaya aventando*): ¿Me permite esta pieza mademoiselle?
K (*bailando*): Dentro de la órbita o esfera de Saturno, se inscribe un cubo.
Actriz (*bailando*): Y luego otra esfera que es la órbita de Júpiter, en donde se inscribe el tetraedro.
Actor (*bailando con la chica del público*): Luego, la órbita de Marte, y entre la esfera de Marte y la Tierra: el dodecasaurio.
Actriz: Entre la esfera de Venus y la Tierra, se encontraba el icosaedrus felinus, dientes de

sable.

K: Finalmente y para deleite de nuestros bailarines...

Actor: ...entre las órbitas de Venus y Mercurio el octaedro (*termina la música. Besa la mano de su acompañante*), merci mademoiselle (*al público*). ¡Órale, echen los balones pa' acá, no se los claven!

K (*todavía bailando*): Sólo puede haber seis planetas para que los únicos sólidos perfectos quepan en los intervalos de las órbitas y las distancias entre las órbitas serán de tal manera, que cada vértice de los sólidos toque la superficie de dichas esferas.

Actriz (*interrumpe el baile*): ¿Y cabían?

K: Parecía que cabían.

Actor: Más o menos...

K: Casi.

Actriz: O sea, ¡no cabían!

K (*hincado, tomándole las manos, suplicante*): Pero lo importante de esto, es que antes de Kepler, sólo se registraban datos, nadie buscaba el porqué, ni la razón física, ni la causa que originaba dicho movimiento.

Actor (*hincado también*): Tampoco a nadie se le ocurría que se pudiera medir o determinar matemáticamente. Que hubiera una ley, una mecánica en ese movimiento (*K y el Actor congelados*).

Actriz: No sé... éste me gusta porque es inteligente y muy culto. Pero este otro, es vital, energético, galante (*al público*). Ustedes, ¿qué opinan?

K: Que en la búsqueda del mundo perfecto, hay más una idea que una realidad. A veces los científicos se parecen tanto a los artistas.

Actor: Pero, ¿cómo le hizo este güey para atinarle, si su idea inicial era falsa?

K (*en confidencia al público*): Aquí entre nos, Kepler tampoco estaba muy convencido de sus conclusiones y sus cuates ni lo pelaron.

Actor: ¿Qué dijiste?

K: Que si no es por Newton, Kepler pasa sin pena ni gloria. Fue Newton el que desenterró las tres leyes del movimiento planetario en los escritos de Kepler.

Actriz: Newton sí está en Polanco, para que vean.

Actor: ¡Qué bueno que no cobre derechos por el X-Box!

K: En esa época, se perseguía a aquellos que no profesaban la religión católica y Kepler era...

Actor: No me digas, no me digas... era de estos que protestaban en los sesenta, de los que no querían a los del Ku-Klux-Klan...

Actriz: ¿Los del cucurucho en la cabeza?

Actor: ¡Ésos! Kepler era de los de Martin Luther King.

K: ¡Luterano! ¡Kepler era luterano!

Actor: Por eso, por Detroit.

Actriz: ¡Cómo eres vulgar! (*al público*) Discúlpenlo, no sabe lo que dice.

K: Debido a esta persecución, Kepler tuvo que salir de Gratz...

Actor: ¡Salud!

K (*al Actor*): ¡Ya! Y aunque no comulgaba con muchas ideas de su religión, se negó a convertirse al catolicismo. En esa época mueren también sus dos hijos mayores.

Actor: ¡Chale! Ya me hiciste sentir mal.

K: Finalmente, en el año 1600 empieza a trabajar en el observatorio de Tycho Brahe, a quien sólo le restan 18 meses de vida.

Actriz: ¡Apúrate güey, que no la libras! (*sale a disfrazarse de Tycho*).

Actor: ¡Ah! El gran Tycho Brahe me recibirá con pompa y circunstancia... whatever that means... seré rico y famoso (*suena la marcha de* Aída*, el Actor también la tararea*). Finalmente el mundo me reconocerá.

Actriz (*entra disfrazada con una nariz de oro, una pata de pollo en la mano y una copa en la otra*): ¡Sí, su majestad, ya sabe que este observatorio es su casa, saludos a Fito Chico! (*al toparse con Kepler*) ¿Kepler? ¿Johannes Kepler? ¿El egregio autor de *El misterio cósmico*?

Actor (*hincado con el rostro bajo*): A sus órdenes, su señoría. Vengo a trabajar con vos, matemático imperial... (*levanta el rostro*). ¡No mames! ¿Quién te puso esa nariz de payaso?

Actriz: Pues uno de utilería que está aquí atrás, me dijo que me la pusiera. ¿Se me ve muy mal?

Actor: ¡Está chidísima!

K: He de aclarar que Tycho Brahe, no tenía nariz de payaso, sino de oro. La había perdido en un pleito siendo muy joven y se mandó a hacer una prótesis. Pues bien, este astrónomo con nariz de payaso... quiero decir, postiza, había dedicado su vida a hacer un mapa del cielo, llevaba la cuenta de las posiciones de las estrellas cada día del año; al final de su vida y gracias a sus asistentes, logró catalogar 777 estrellas.

Actriz: Pues por burlarte de mi nariz, te me vas a estudiar la órbita de Marte.

Actor: Marte me la pela, en ocho minutos te la tengo, maextro.

K: Y pasaron ocho años y nomás no dio con ella.

Actor: ¡Por favor, por favor! Te juro que no me vuelvo a burlar de tu nariz, pero dame todos los datos que tengas sobre las distancias de Marte. Mira, por ésta (*besa la señal de la cruz, mientras cruza los dedos por detrás con la izquierda*), que no me las clavo, no se lo digo a nadie.

Actriz: ¿Para apoyar esa absurda teoría copernicana de que los planetas giran alrededor del sol y que la tierra es un planeta más? ¡Nunca! ¡Mi sistema no ha de ser utilizado para apoyar la herejía!

Actor: ¿Sistema? ¡Semejante esperpento! Eso no es un sistema, son mediciones, datos. Un sistema es una lógica en el comportamiento, una estructura de causa efecto.

Actriz: ¿De dónde sacas esas ideas? La astronomía no tiene por qué ocuparse de las causas de los movimientos del cielo, si es que las hay. El astrónomo mide y calcula. Las causas son para los teólogos.

Actor: Precisamente. El asunto tiene que ver con Dios todopoderoso e infinitamente bueno. Dios creó el universo, no pudo haberlo hecho al azar. ¡Dios no juega a los dados! ¡Ups! Creo que eso es de Einstein (*a K*), ¿verdad? (*K asiente*).

Actriz: Deja de decirle a Dios lo que tiene que hacer.

Actor: Tiene que haber una causa, un principio motor, un orden racional en el plan del universo. Ese orden es la expresión de la voluntad divina.
Actriz: Hablas como sacerdote.
Actor: No soy sacerdote, soy exégeta, el intérprete de lo que está escrito en el cielo.
Actriz: Ay, ¡bájale cabrón! (*ofreciéndole la pata de pollo*) ¿No quieres una mordidita? (*sale*).
Actor (*haciendo berrinche*): ¡No me los va a dar nunca! Mi jefe es un imbécil.
K: No eres el único que piensa eso de su jefe.
Actor: La órbita de Marte no es circular, se mueve como en forma de...
K: ¡Óvalo!
Actor (*se rasca la cabeza*): No.
Actriz (*entrando*): ¡Círculo cachetón!
Actor (*se faja la camisa dentro del pantalón*): No. Más bien como de huevo.
Actriz: ¡Nooo! ¡Puede haber niños entre el público!
Actor: Es más bien como...
K (*en un partido de béisbol. K es pitcher, la Actriz catcher*): ¡Play Ball! Kepler, segundo hombre al bat. El pitcher en el montículo del centro mira fijamente las indicaciones del catcher. Nuestro bateador se prepara. Lanza la bola y es una curva, ¡señoras y señores! Kepler abanica y, ¡strike one! Nada, pasó de largo Marte. En su segundo intento el bateador deja pasar la bola y vamos una bola, un strike. La tensión crece, todo está a punto. Lanzan la tercera pelota, Kepler batea, corre rumbo a primera, el catcher va por la bola, ¡se le cae, señores, se le resbala de la manopla! El pitcher logra agarrarla, llega a primera junto con el bateador y, ¡safe en primera! (*ahora entrevistando a Kepler*) Díganos Kepler, ¿cómo llegó a descubrir la primera ley del movimiento planetario?

Música de flash back, humo, transición de luz. Aparece la Actriz con un escote y una escoba en la cabeza, representa a Marte.

Actriz (*seductora*): ¡Hola Kepler!
Actor: ¿Tú eres Marte? Pensé que eras varón.
Actriz (*bailando y cantando la salsa del* Gran Varón): No se puede corregir a la naturaleza. Árbol que nace doblao, jamás su tronco endereza (*invita al público a participar*). No se puede corregir a la naturaleza. Árbol que nace doblao, jamás su tronco endereza (*dejar todo el coro de la canción y poner iluminación de discoteca*).
Actor: Ahora caigo, tu órbita no es circular, ni ovalada... tu curva es, es, ¿cómo es mamacita?
Actriz: La mía y la de los otros planetas.
Actor: Los otros planetas me valen. El narizotas me tiene aquí chambeando contigo y el muy codo no me quiere dar las posiciones de Marte. Pero estudiándote, me quedo ocho años y hasta te encuentro una ley matemática, mi reina (*cambio total de atmósfera, Marte desaparece*). ¡Chale! Ya que se estaba poniendo bueno.
Actriz (*entrando*): No te pases.
Actor: ¿Qué? Si es actuación.
Actriz: Ándale, síguele por ese camino y te actúo un par de bofetadas.

K: Tranquilos, estábamos en la primera ley de Kepler...

Actor: Mira, en buena onda, se me hace que eso de explicar las leyes es un plomazo. Vamos a preguntarle al público. Vamos a votar, es lo de hoy, ¿no? Que arme una manifestación en este instante el que quiera que le expliquen las leyes de Kepler... (*a K*) Ya ves, güey, al pueblo hay que agarrarlo dividido y desprevenido, pa' que no se dé cuenta.

K: A mí me contrataron para hablar de Kepler y voy a hablar de Kepler, pase lo que pase. No me importa si es aburrido, patético y poco importante. ¿Está claro?

Actor: Así era Kepler: necio. Obsesionado con una idea que nomás no marchaba con la realidad.

Actriz: Pero hermosa.

Actor: Es lo que nos pasa a los hombres frente a la belleza inalcanzable. Aunque sea falsa, ruin, mentirosa, coqueta, fácil, ¡una verdadera pu...!

Actriz: ¡Hey! Estamos hablando de Kepler, no de tu mujer.

Actor: ¿La conoces? Seguro, ¿qué te ha dicho de mí? Sí me engaña, ¿verdad? Con el carnicero, ¿verdad? El muy cabrón, con sus camisetitas sin mangas, su cuerpo todo sudado, haciendo entregas a domicilio. ¿Quién se cree? ¿Arnold Schwarzenegger? Necesito un cigarro (*se sienta en proscenio*). Hace dos meses dejé de fumar. Necesito un cigarro.

Actriz: Yo no fumo.

K: Yo tampoco.

Actriz: ¿Alguien del público trae un cigarro? (*seguro alguien trae un cigarro*) Gracias. ¿Encendedor? (*le prende el cigarro al Actor quien da una bocanada*) Gracias.

Actor (*a quien le dio el cigarro*): Anda, dale una fumada, que quién sabe a qué hora se acabe esta mierda y con las nuevas leyes contra el tabaco, vas a tener que ir a Marte a fumar (*se queda fumando haciendo bolitas con el humo*).

Actriz (*a K*): Pues, síguele, ¿no?

K: El caso es que Kepler se puso a estudiar a Marte y constantemente se peleaba con Tycho.

Actor (*en voz baja, de fondo mientras suceden los siguientes textos*): Marte... fumarte... arte... amarte... remarte... esfumarte... mamarte, no... llamarte... sumarte... encimarte... arrimarte... conformarte... asomarte... reformarte... encamarte, no... animarte... reclamarte... encaramarte... uniformarte... colmarte... domarte... quemarte... Marte.

K (*se sienta en proscenio*): ¿Alguna vez han tenido una idea recurrente? Una idea fija en la cabeza. Una idea que no te deja. Que se mete cada vez que puede sin pedir permiso.

Actriz (*se sienta en proscenio*): Una idea que está detrás de todas la ideas y aparece y vuelve a aparecer cuando menos te lo esperas...

K: A los veinticuatro años, Kepler tuvo una visión: el universo tiene que ser perfecto, planetas que giran en órbitas circulares dentro de las cuales, los vértices de los sólidos perfectos tocan la esfera...

Actriz: Sus observaciones, sus escritos, todo iba encaminado a demostrarlo, pero las po-

siciones de Marte observadas por Tycho, le decían a gritos que era mentira. Y al final lo aceptó.

K: Un tipo honesto.

Actriz: Un verdadero científico.

K: Un obsesivo que nunca dudó en reconocer sus errores. No como este pendejo que no para de buscar palabras que acaben en "marte" (*se incorpora*).

Actor: ¿Eh? (*se incorpora*) Es parte de mi terapia. Dijo mi psicoanalista que si me concentraba en algo que me alejara de la idea que me hace enojar, me iba a sentir mejor...

Actriz (*se incorpora*): ¿Y te sientes mejor?

Actor: Sí. No sé. Creo.

Actriz: Discúlpame, mi intención no era ofender a tu mujer. Perdón, te juro que no la conozco.

Actor: No te preocupes. Fui yo el que se balconeó. Oye, ¿y tú por qué estás aquí? O sea, ¿por qué estás aquí? Sola.

Actriz: Mmm... no sé. No tenía ganas de llegar a mi casa.

Actor: Vives sola.

Actriz: No. No, para nada. Está Max.

Actor: Tu gato.

Actriz: No, mi novio.

Actor: Perdón, te juro que no lo conozco (*ambos sonríen*).

K: ¿Seguimos?

Actor: Pero con la condición de que no expliques las leyes ésas.

K: Está bien. Sólo vamos a hablar de su vida.

Actriz (*se coloca la nariz y se tiende en el suelo. Moribunda*): Dejadme creer que no he vivido en vano.

Actor (*se acerca*): Excelencia, ha llegado el momento de ser magnánimo. Dadme vuestras mediciones y yo me encargaré de que trascienda vuestra obra.

Actriz: Dejadme creer que no he... (*se incorpora violentamente*) ¿estás pendejo?, ¿para que vayas y justifiques con mis datos a tu Copérnico? Primero muerto. (*muere*).

K: Así es, Tycho muere a los dieciocho meses de iniciar su colaboración con Kepler.

Actor y **Actriz** (*tararean una marcha fúnebre cargando un féretro*): ¡Kepler para Reina Gay! (*incitando al público*) ¡Kepler para Reina Gay!

K: Pues no. Nunca fue nombrado Reina Gay, sino matemático imperial, y lo de matemático era lo de menos, lo que le interesaba al rey eran los horóscopos, donde Kepler era bastante acertado.

Actriz: ¿Estás seguro que no eran políticos mexicanos los que reinaban en ese entonces?

Actor: Sí, ya sabes. Te dan un hueso de algo, pero en realidad tu chamba es hacer otros favores... chóferes de sesenta mil pesos mensuales, ¡nomás para manejar un tsuru!

Mientras K habla, la Actriz y el Actor convierten el pizarrón en un escritorio, jalan dos sillas. La Actriz con un saco lleno de gatos. La Actriz y el Actor sentados uno frente a otro.

K: Pues precisamente, el problema de Kepler consistió en lograr que le pagaran su sueldo y conciliar con los herederos de Tycho su crédi-

to en la historia y otras cositas.
Actriz (*gangsteril*): Mira John, hemos estado estudiando las posibilidades de que utilices los datos de mi padre para tus investigaciones astronómicas. El caso es que... seguramente sabes que no estamos interesados en que uses las posiciones de los planetas para apoyar esta teoría copernicana (*maúllan los gatos y los aplaca de un golpe*) de que la tierra es un planeta más y que gira alrededor del sol. ¿Lo entiendes, no?
Actor: Pues sí, pero...
Actriz (*en voz baja*): Es herético (*vuelven a maullar los gatos, la Actriz les vuelve a pegar*).
Actor: Lo sé señor, pero yo soy luterano (*vuelven a maullar los gatos y la Actriz les vuelve a pegar*).
Actriz: Shh... además está este asunto del mapa celeste que será de gran ayuda a marinos, comerciantes, ingenieros y todo el que tenga que viajar por negocios o por placer.
Actor: ¡Uy! Pero, para eso falta muchísimo...
K (*que se ha colocado detrás de él, gira la silla*): Mira John, hablando en plata. Queremos un crédito en esos escritos y la lana que se obtenga de los mismos.
Actriz: Y si no es así, Abur, velur (*vuelven a maullar los gatos y avienta el bolso a K*). ¡Mátalos!
Actor (*le roba la bolsa a K y sale corriendo entre el público*): Pero antes de que la familia se dé cuenta, Kepler roba las observaciones de Tycho e inicia una carrera de obstáculos para publicar *La nueva astronomía*.
K (detrás de él): Aunque heredó el puesto de matemático imperial, se la pasaba haciendo horóscopos para cuanto visitante llegaba a la corte.

Actriz (*también detrás del Actor*): Respondía dudas, escribía comentarios sobre sucesos astronómicos.
Actor: Hacía antesalas eternas para conseguir parte de su salario.
Actriz: Eso, sin contar los pleitos legales con la familia de Tycho.

K y la Actriz alcanzan al Actor, lo llevan al escenario, le quitan la bolsa, ella sale. Voltean la bolsa y no hay nada en ella.

K: Por un lado: las presiones del comercio y la industria para contar con instrumentos más precisos.
Actor: Por el otro: la falta de apoyo a la investigación científica (*imitando a un burócrata*). Lo siento, sólo tenemos recursos para problemas importantes, no para la ciencia. Tal vez en el siguiente sexenio.
K: Y, ¿qué hace uno cuando ama su trabajo?
Actor: Pero no le pagan por hacerlo...

Música de flash back, volvemos a la escena con Marte.

Actriz (*con la escoba en la cabeza y el gran escote*): Vamos Kepler, llevas años estudiando mis posiciones. Aprende a ver.
Actor: Pero si soy miope, veo doble y a veces, hasta triple, ¿cómo puedo confiar en mis sentidos? ¡Dame una pista!

Actriz: Mis curvas, ¿no te dicen nada?
Actor (*asustado*): Que no son circulares, pero... no, no. Uno tiene una visión del mundo y no se puede quebrantar por una intuición.
Actriz: ¿Por qué no? (*lo seduce*).
Actor: Todo se derrumbaría. ¡Déjame en paz! (*sonidos de guerra, destrucción, caos, construye el modelo*).
Actriz: ¿Por qué no?
Actor: Porque hay hijos de por medio, porque son siglos de historia.
Actriz: ¿Por qué no?
Actor: Porque Dios es perfecto y el mundo tiene que ser perfecto y por lo menos, en el cielo, el caos no tiene cabida (*termina de construir el modelo*).
Actriz: Verás, si fuera circular en mi órbita, tendría que estar ahí y estoy aquí, a ocho minutos de distancia. ¡Qué pena! Te equivocaste por ocho minutos.
Actor: ¡Ocho minutos! ¡Pues ni que fueran elípticas! ¡Sólo ocho minutos y ocho años de trabajo a la basura! (*desaparece Marte y volvemos al escenario*) Ahí muere, ¿no?
K: Con la muerte de Tycho, las posiciones de los planetas en sus manos y siendo matemático imperial, Kepler publica *La nueva astronomía*.
Actor (*hojeando un librote*): En donde no para de quejarse de que se pasó diez años rompiéndose la cabeza y total, para nada, y que tiene que volver a empezar. ¿Quién va a comprar un libro en el que, de entrada, el autor confiesa que la cagó?
K: Así es el proceso científico. Se intuye un modelo, se estudia para comprobar o no su validez, y al final, se declara abiertamente si funciona o no. Y si funciona, luego vendrán otros y lo derrumbarán con nuevos modelos.

Actor: Un trabajo bastante inútil, ¿no?
K y **Actriz**: ¿Tú crees?
Actor: Se los voy a demostrar (a *un señor del público*). A ver señor. Usted "intuye" que su mujer lo engaña con el carnicero, la sigue días enteros, contrata un investigador privado y nada. Las observaciones indican que no lo engaña. Pero un día, un día que usted regresa tranquilo y feliz a su hogar, decide pasar por la carnicería y lo primero que ve es a su mujer en brazos del carnicero. ¡Fracaso! Eso se llama fra-ca-so. En su matrimonio, sus pesquisas, su dinero... ¿no? (*público contesta*) ¡Gracias! Pero claro, el loco soy yo.
Actriz (*al mismo señor*): Pero a ver, señor. Después de eso, ya sabe cómo están las cosas, no hay más mentiras en la relación. Podemos volver a empezar a partir de cero, pero por el camino que iba no puede seguir, ¿o sí? (*público contesta*).
K: Ése sería el procedimiento científico honesto: enfrentar la verdad, reconocer el error y comenzar de nuevo. ¡Lo que hizo Kepler!
Actriz (*saca su celular*): ¡Max se me va ahorita mismo a la chingada!
Actor: Estamos hablando de Kepler.
Actriz: ¡Ah sí! Lo siento (*guarda el celular*). ¡Pero me va a oír cuando llegue a casa!
K: En 1609, una vez publicada *La nueva astronomía*, Kepler envía un ejemplar a Galileo...
Actor y **Actriz** (*cantando* Rapsodia Bohemia):

Galileo.

K: Galileo.

Actor y **Actriz** (*cantando, dividir voces*): Galileo, Galileo, figaro, magnificoo. I´m just a poor boy and nobody loves me. But he´s just a poor boy from a poor family. Spare him his life from this monstrosity... (*K los mata con la mirada. Pausa*). Turirurirururiri...

K: Quien volvió a guardar silencio.

Actriz: A pesar de que Kepler lo había defendido cuando el italiano ése descubrió la lunas de Júpiter.

Actor: ¡Galileo era un culero! (*incitando al público*) ¡Culero! (*la Actriz y el público se unen*) ¡Culero!

K: ¡Por favor! Un poco más de respeto (*silencio. Se aclara la garganta*). Después de esta publicación, la tragedia se cierne sobre Kepler: mueren su esposa y su hijo predilecto.

Actor: La persecución protestante se vuelve más intensa.

K: Muere el emperador y obtiene un cargo de profesor, similar al que tenía en su juventud, ahora en Linz.

Actor: La peste y la guerra sacuden Alemania.

K (*interrumpe*): Para elegir a su segunda esposa, Kepler tuvo que decidir, con un método muy meticuloso, entre once candidatas. Dicha elección le llevó dos años de estudio. A la primera la desechó porque, siendo viuda, no tenía la potestad sobre los bienes y debido a una enfermedad que le ocasionaba mal aliento; a la segunda, porque siendo hija de la primera candidata, su madre no vio con buenos ojos la propuesta, además corría el riesgo de que también le apestara el hocico; a la tercera, porque...

Actriz: Y al final, ¿con quién se casó?

Actor: Pues con la más chichona, ¿no? (*sale la Actriz molesta*).

K (*molesto*): Pese a la oposición de sus amigos, en 1613 contrae nupcias con una plebeya: Susana Reuttinger... (*buscando en sus documentos*) cuyas características físicas desconocemos (el Actor le arrebata los papeles. K espantándose una idea de la cabeza). Pero lo que quiero resaltar es cómo Kepler, a los cuarenta y un años, había llevado su obsesión hasta los terrenos más íntimos.

Actor: El mismo Kepler escribe (*leyendo, más bien deletreando*): "No hay nada que desee investigar más concienzudamente y que anhele saber con más intensidad que esto: ¿puedo hallar a Dios, a quien casi puedo tocar con mis manos cuando contemplo el universo, también en mi propio yo...?" O sea, ¿cómo?

Actriz (*entrando, sin aliento*): ¡Señor! ¡Señor! Vuestra madre.

Actor: ¿Qué le pasa a mi madre?

Actriz: Hace algunos días por la noche, llegaron unos soldados y la sacaron en una cesta de ropa, ahora está en la cárcel, señor.

Actor: ¿En la cárcel? Pero si tiene setenta años, ¿por qué?

Actriz: Ha sido acusada de brujería.

Actor: ¿Mi madre? ¿Bruja?

Actriz: Señor, está siendo torturada y nadie osa defenderla.

K: Resulta que una amiga muy cercana... perdón, pero en el caso de las mujeres, es siempre

la enemiga más próxima, la acusa de brujería porque después de tomarse un cafecito en su casa, a la vecina, le dolió el estómago.

Actor: Señoría, he viajado desde Linz, Austria, donde vive mi familia, sólo para defender a mi madre de los cargos que se le imputan.

K: Señor, llevamos seis años en el proceso.

Actor: Lo sé, su señoría, he viajado de Linz a Wurtenberg todo este tiempo y no hemos avanzado nada en su defensa.

K: Vuestra madre insiste en confesarse inocente, hay acusaciones en su contra y, lo peor de todo, es que no derramó una sola lágrima cuando fue exhortada con textos de las Sagradas Escrituras.

Actor: Mamá, por favor.

Actriz (*sentada de espaldas en un banco al fondo del escenario*): He derramado tantas lágrimas a lo largo de mi vida, que ya no me queda ninguna.

Actor: Mamá, no puedes seguir aquí, encadenada a las puertas de la ciudad, torturada...

K: ¡Nunca ha sido torturada! Por recomendación de la Facultad de Leyes de Tubinga, la hemos hecho entrar a la cámara de torturas y ha sido amenazada con los instrumentos; le hemos explicado sus usos y el sufrimiento que le pudieran causar. Pero torturada, ¡nunca!

Actriz: Aunque las arterias de mi cuerpo sean retorcidas una tras otra, no tengo nada qué confesar. Estoy dispuesta a morir. Dejo todo en manos de Dios (*cae de rodillas*): "Padre nuestro que estás en el cielo..." (*sigue el rezo de fondo*).

Actor: He sido y sigo siendo matemático imperial, he escrito con mi puño y letra más de cien folios argumentando su defensa...

K: Debido a vuestra reputación y a la insistente negación de vuestra madre, este tribunal la pone en libertad con la condición de que no regrese más a esta ciudad, bajo amenaza de ser linchada.

Actriz (*se levanta*): Amén (*sale*).

Actor: No os preocupéis, su señoría; a seis meses de su liberación, mi madre ha muerto.

Escuchamos de fondo las notas que según Kepler emiten los planetas.

K: Junto con el juicio de su madre, Kepler es excomulgado por su propia iglesia y escribe *La armonía de los mundos*, una sublimación musical del universo. Cada planeta, en su movimiento alrededor del sol, emite notas musicales.

Actor: ¡Qué necio! Todo es caos y éste sigue persiguiendo un orden. ¿De dónde?

K: Y precisamente en este escrito, pronuncia su tercera ley...

Actor (*interrumpiendo*): No empieces, güey.

Actriz (*entrando pecho a tierra. Sonidos de guerra, primero guerras antiguas, luego guerras nucleares*): Europa se encontraba en guerra: la Guerra de los Treinta Años.

Actor (*exaltado*): ...¡en la que Pancho Villa ataca el Álamo! Y es la primera vez, en la historia de ambos países ¡que México invade Estados Unidos! ¡Viva México, cabrones! ¡A festejar al Ángel!

K: ¿Y?

Actriz: Y yo quiero hacer pipí (*sale*).

El escenario se transforma en una noche estrellada. El canto de los planetas de fondo.

Actor: Cuando tenía seis años, mi madre me llevó a lo alto de una colina a ver un cometa. Mi madre vendía pociones curativas, filtros de amor y mezclas para abortar y para ver alucinaciones. Pensé que me había dado uno de sus brebajes. Luego entendí que no: el cometa era de verdad. Estaba en el cielo, entre dos estrellas brillantes. Conforme pasaron los días el cometa se desplazó hacia una de las estrellas, siguiendo una trayectoria que parecía deliberada. Se movía como si algo lo gobernara. Si fuera efecto de las pociones de mamá se movería sin ton ni son, sin ley. Pero un principio superior, que yo no alcanzaba a ver, movía los hilos de esa mancha de luz como si fuera una de las marionetas que había visto una vez, cuando una banda de saltimbanquis llegó a Weil-der-Stadt. ¿Qué podía ser? Cuando cumplí nueve años, hubo en la ciudad un eclipse de luna. Mis padres me llevaron a verlo, fue una noche inolvidable, la luna se veía completamente roja. ¿Por qué?

K: Un espíritu errante como el cielo que estudiaba y enfermizo como la sociedad en la que vivió. Características que se acentuaron en Kepler con el correr de los años. ¿Fueron los genes de vagancia y locura de sus ancestros los que dominaron al final de su vida?

El Actor se incorpora, empieza a deambular por el

Actriz: Después de treinta años, ¿ganó la guerra?

K (*molesto*): Por supuesto que no. En primer lugar, Pancho Villa no tiene nada que ver con la Guerra de los Treinta Años (*más molesto*). En segundo lugar, ¿cuál es el mérito de haber invadido un pueblo cuando todos estaban dormidos? (*realmente molesto*) Y en tercer lugar, ¿qué responsabilidad compartimos el resto de lo mexicanos con ese hecho?

Actriz: Yo sólo tenía una duda histórica.

Actor: Y yo una confusión histórica.

Actriz (*refiriéndose a K*): Y él un ataque histérico.

K: No sé nada de Pancho Villa.

Actor: ¿Entonces?

K: Entonces, ¿qué?

Actor: ¿Para qué hablas de Pancho Villa?

K: Yo no he dicho nada de Pancho Villa.

Actor: Acabas de decir que no estuvo en la Guerra de los Treinta Años y que no tiene mérito por haber invadido Estados Unidos. ¿Por qué hablas de Pancho Villa si no sabes nada de Pancho Villa?

K (*al público*): En ese mundo en guerra —¡en la que no participó Pancho Villa!— Kepler de nuevo vuelve su mirada al cielo buscando lo inamovible, lo cierto. Escribe, lo que es quizá, la primera novela de ciencia ficción: *El sueño*. Y concluye el tan esperado mapa de las estrellas, el GPS renacentista: *Las tablas rudolfinas*.

Actor: ¿De Rodolfo, el reno?

Actriz: No, de Rodolfo II, el emperador que apoyaba al narizotas.

Actor: Yo ya me cansé (*se sienta en el suelo*).

escenario y se detiene cada vez que cambia de ciudad.

Actor: La familia se queda aquí, yo tengo que encontrar una imprenta que publique las *Tablas rudolfinas*.
K: En Ulm hay una que pudiera estar interesada en publicarlas.
Actor: Abandonar una ciudad destruida por otra que pronto lo será.
K: Estrasburgo os recibirá con los brazos abiertos.
Actor: Imposible costearme el viaje.
K: Tenéis ofrecimientos en Inglaterra, en Italia.
Actor: ¿Yo? ¿Un alemán enfermo? Es mejor Praga.
K: En el ducado de Sagan, podéis obtener un empleo seguro.
Actor: Ahí soy un huésped, un extranjero, un hombre completamente desconocido.
K: Quizá en Leipzig podáis conseguir algo del dinero que os deben los estados austríacos.
Actor: No ambiciono la riqueza, pero tengo mucho miedo a la miseria. Me siento enfermo.
K: En Ratisbona se encuentra el emperador que os debe doce mil florines.
Actor: Este año cumplo sesenta y los planetas están alineados tal y como el año en que nací... estoy cansado (*cae al suelo*).
K: Señor, estáis enfermo, vuestra mente desvaría. ¡La luna no puede ser responsable de las mareas en la tierra!

Entra la Actriz sutilmente, su vestuario nos remite al de Marte.

K (*a la Actriz*): Ya no habla, sólo señala con el dedo índice su cabeza y el cielo (*la Actriz lo recuesta en su regazo*).
Actriz (*acariciando su rostro*): El libro de la naturaleza ha esperado seis mil años un lector.
Actor: ...Y he sido yo.
Actriz: Así es.
Actor: Fue tu belleza.
Actriz: Tu idea de ella.
Actor: Medí los cielos, ahora mediré las sombras.
Actriz (mientras le cierra los ojos): Del cielo era la mente, en la tierra descansa el cuerpo.
K (*conforme se va haciendo un muy lento oscuro*): Cuando ruge la tormenta y el Estado se ve amenazado por el naufragio, no podemos hacer nada más noble que echar el ancla de nuestros pacíficos estudios en los territorios de la eternidad (*luz. Se incorporan la Actriz y el Actor*).
Actor: A sesenta años de su muerte, Newton, basado en las tres leyes del movimiento planetario --de las que no hablamos--, enunció la fuerza de gravitación.
Actriz: Un siglo más tarde, los navegantes se seguían guiando por las *Tablas rudolfinas*.
K: Y Carl Sagan, en su maravillosa serie de televisión de los ochenta: *Cosmos*, nos dice sobre Kepler (*aparece la secuencia del capítulo 3 de* Cosmos*, del minuto 55´57" al 56'33" y la música correspondiente*): "...al descubrir que su creencia no coincidía con sus observaciones,

aceptó los desagradables hechos. Prefirió la cruda realidad a sus más queridas ilusiones. Ése es el corazón de la ciencia".
Actor: ¿Ya? ¿Se acabó?
K: Pues sí. Y, ¿ahora?, ¿qué sigue?
Actriz: Supongo que dar las gracias.
K: Oigan, muchas gracias. En serio, gracias.

Los tres se despiden con besos y abrazos y se dan las gracias, ad lib. Si el público aplaude, saludan con un gesto.

K: ¡Qué suerte que mi papá no fuera formal! (*K sale por escenario*).

La Actriz y el Actor salen por un pasillo entre el público.

Actor: Estuvo padre, ¿no?
Actriz: Sí.
Actor: ¿Vas a salir a la calle así vestida?
Actriz: ¿Se me ve muy mal?
Actor: No, no. Al contrario... ¿y dónde vives?
Actriz: En Polanco.
Actor: No me digas que en la calle de Kepler.
Actriz: Ésa está en la Anzures. En la esquina de Newton y Galileo (Rapsodia Bohemia *de fondo*).
Actor: Por ahí anda Kepler, ¿qué no?
Actriz (*sonríe*): Así parece...
Actor: ...Oye, te invito un café.
Actriz: ¿Y tu mujer?
Actor: A ocho minutos de donde debería estar. ¿Qué dices del café?
Actriz: ¿Y Max?

Actor: Es sólo un café (*aparte, buscando en sus bolsillos*) ¡Chin! No traigo condones... (*fade de música y oscuro*).

FIN

VOLANDO CON LAS ALAS ROTAS

ANTONIO TOGA

PERSONAJES

Homero, Manolo, Lulú vecina de Manolo y **Estela**, oscilan entre los 17 y 18 años
Pilar, madre de **Manolo**, 37 años
Dante, padre de **Lulú**, 45 años
Héctor, padre de **Manolo**, 43 años
Maritza, madre de **Lulú**, 38 años
Joven en patineta
Voz de Gringo
Voz de Manolo adulto

Escenografía: Fachada de dos casas de interés social, en ellas vemos dos puertas que conducen al interior y una ventana por cada lado. No difieren en mucho, si acaso una planta del lado izquierdo. La fachada está montada sobre un carro que girará en el momento que se indique, permitiéndonos ver el interior de la casa de Manolo y de Lulú. Al mismo nivel de la fachada, y flanqueando cada costado, observamos unas pantallas que serán utilizadas para proyección de sombras, aforar y video.
Cuando la escenografía gire veremos dos espacios. En los interiores observamos el ambiente cálido de la casa de Lulú, una mesa con un teléfono, la foto de Lulú y una silla. En la casa de Manolo, un sillón a la entrada, en la pared destaca un mural que está en proceso, en el que resalta un Ícaro de espaldas con las alas extendidas queriendo levantar el vuelo y un papalote en la parte más alta.

Volando con las alas rotas se estrenó el sábado 6 de marzo de 2010 en el Teatro Diego Rivera, bajo la dirección de escena de Antonio Toga. Dirección ejecutiva de Sandy Salazar; audio de Leonardo Cárdenas; tramoya de Elio Álvarez y producción de Toga y Compañía.

Elenco: Jonathan Rodríguez, Andy García, Dulce Castañeda, Lida Jiménez, Iván Martínez, Luis Felipe Crespo, Elida Contreras, Adriana Hernández.

PRIMER ACTO

Telón cerrado, un cenital ilumina un caballete que está sobre el proscenio.

Voz de Manolo adulto: Me han preguntado: por qué aparece una princesita triste en la mayoría de mis obras? Yo creo que no todas las princesas son felices, en particular una que conocí... ésta es su historia, la cuento porque formé parte de ella...

Oscuro. Sale la pintura y se abre el telón lentamente. El escenario se ilumina poco a poco. Es de tarde. Un joven en patineta, en la espalda lleva unas alas desvencijadas y rotas, su ropa igualmente, trae puesta una máscara antigases. Su paseo es lento y nos permite escuchar el sonido de las ruedas frotando el piso del escenario. El joven de la patineta va y viene. Una escenofonía, compuesta por ruido de calle, va invadiendo la escena. Se observa la fachada. Homero y Manolo entran en medio de la algarabía del último día de clases.

Homero (*derrapándose con la patineta*): Llegamos.
Manolo: Gracias por acompañarme.
Homero: Te ensuciaste bien gacho.
Manolo: Que importa.
Homero: ¿Y crees lograrlo?
Manolo: ¿No me viste? Me olvidé de mis broncas y por unos momentos me sentí contento de dibujar. Yo nací para pintar, ése es mi destino.
Homero: Te prendió el toque.

Manolo: Pues para la otra, me das más de esa (*ríen*).
Homero: Oye ¿y ese güey quién era?
Manolo: Es Alfredo Arcos, un muralista, lo reconocen por pintar perros en sus murales.
Homero: No mames, güey, "el muralista pinta perros".
Manolo (*mirando hacia el cielo*): Abuelo, tenías razón, con ignorantes no se conversa.
Homero: ¡Oh! Aguanta la vara... Manolo, no te enojes... ¡Hoy fue el último día! Ya se acabaron las clases.
Manolo: ¡Por fin, ya no voy a ver tu cara de perro!
Homero: Cara de perro, nel, yo no tengo cara de perro, el que sí tiene cara de perro es el "Ogro".
Manolo: De veras, ése nada más molesta.
Homero (*imitándolo*): Conmigo el que reprueba, reprueba.
Manolo: Lo que me decía enfrente de todos.
Homero: "Por mí, que no te den tu certificado".
Manolo: Méndigo.
Homero: ¿Oye, por qué es así ese güey?
Manolo: Es un tipo gris, con nosotros se desquitaba de lo que le hacía su mujer.
Homero: No, para mí, que ni vieja tiene.
Manolo: De veras. ¿Quién va a querer a ése?
Homero: Es un sádico y perverso.
Manolo: Cómo veía a las muchachas en la clase de educación física.
Homero (*libidinoso*): Ahhh, ahhh, ahh...
Manolo: Pero eso sí, se siente verdugo de la Santa Inquisición y la directora lo felicita.
Homero: Si tú, y el otro nada más se esponja como guajolote relleno.
Manolo: ¡Claro! Le hace el trabajo sucio.
Homero: De veras que ya tenía pesadillas con ése. Se siente refeo que estés durmiendo en tu camita, allí en tu intimidad y de repente. ¡Aaaahhhhh! Se te aparece en tus sueños.
Manolo: Calma, calma, hoy fue el último día.
Homero: Yo creía que no iba a salir, que tronaba tres materias, de no ser por Estela que me pasó las respuestas de los exámenes, sí no... pero ahora sí ¡ya terminé! (*baila*) ¡Oh sí! ¡Oh yea! ¡Oh sí! ¡Oh yea, yea!
Manolo: ¿Oye, ya pensaste a dónde te vas a ir?
Homero: A güigüi, carnal. Mira, mi futuro es rojo con rayas blancas.
Manolo: ¿Te vas a hacer chiva?
Homero: Espérate, no he terminado: falta, azul y unas estrellas.
Manolo: ¿Te vas a convertir en astrónomo?
Homero: No güey, me voy a ir a los Unites States.
Manolo: ¿Con la raza?
Homero: Sí, allá esta mi jefe y desde que dejó a mi madre no lo he visto.
Manolo: ¡Uta, eso tiene un chingo!
Homero: ¡Quince años!
Manolo: ¿Pero... te va a querer por allá? Me contó mi hermano que todos viven amontonados en departamentos.
Homero: ¡Claro que sí! Ahora que mi madre se pone bien *creisy* y no me deja salir; se lo he contado a mi jefe, él me dice que no le haga caso, está loca, por eso la dejó, que si quiero me manda dinero y me pone al coyote para que me lleve hasta Los Ángeles "ése".

Manolo: ¿No has visto las noticias? Mi carnal dice que está bien cabrón para pasar.
Homero: Sí güey pero mi jefe ya se las sabe de todas.
Manolo: ¡Ah! ¿Y por qué, si ya se las sabe... no te ha venido a ver?
Homero: Seguido me habla, me mandaba mi lana... además es su pedo güey.
Manolo: No te calientes, yo nada más te digo. No me gustaría ver a tu mamá llorando porque le mataron a su hijo en la línea.
Homero: ¡Nel, güey! A mí no me va a pasar nada.
Manolo: ¿Qué, eres el hombre araña o qué pex?
Homero: No, güey, yo soy tu padre.
Manolo: No ladre, nada más échese.

Pelean jugando. Llega Lulú, los mira un momento, ellos no se dan cuenta de su presencia, hasta que lo hace más evidente. Ellos se detienen y observan que le estorban el paso de entrada a su casa.

Manolo: Ya cálmate.
Homero: Te iba ganando.
Manolo: Deja pasar... (*transición*) princesa.
Homero: Buenas tardes señorita.
Lulú: ¿Nos vemos al rato? Quiero platicar contigo.
Manolo: ¿De qué?
Lulú: Vas a ser papá.
Manolo: ¡¿Qué?!
Lulú: Mi papacito (*ríe*).
Manolo: ¡Ah...! Termino de comer y salgo.
Lulú: Nos vemos, chao.

Lulú sube las escaleras y entra a su casa.

Homero: Qué bien las...
Manolo: ¡¿Qué le ves baboso?!
Homero: ¡Oh! Déjame ver.
Manolo: Yo no le rayo los cuadernos.
Homero: Pinche Manolo. Nunca me la habías presentado. ¿A poco también andas "por aquí"?
Manolo: Nada más somos amigos cariñosos.
Homero: Se lo voy a decir a la Estela güey.
Manolo: Tú se lo dices y yo le digo a Gaby lo de la Lorena.
Homero: Tú rajas con Gaby, y yo le digo a la Estela que te fajaste a la Alejandra, güey.
Manolo: Ya estábamos bien borrachos, además, Alejandra y Estela son amigas.
Homero: Y muy amigas, las mejores, lo comparten todo... hasta el novio.
Manolo: Ya estuvo... Homero... Lulú y yo sólo cotorreamos, a Estela sí la quiero bien.
Homero: Sí (*fastidiado*). Parecen Romeo y Julieta. ¿Qué? ¿A poco crees que voy a ir de chismoso?
Manolo: ¿Tú chismoso, cómo crees? Aunque pensándolo bien, tu vocación es la de los mass media.
Homero: ¿Mass media? ¡Ah si güey! Los mass media, o sea (*pensándolo*). ¿Qué es eso carnal?
Manolo: Comunicólogo.
Homero: ¿Comunicólogo?
Manolo: Comunicólogo, periodista, chismoso profesional.

Homero: ¡Ay sí, tú! Al menos yo no sueño con ser pintor.
Manolo: ¡Tú no entiendes!

Manolo sube las escaleras y deja hablando solo a Homero. La escenografía gira.

Homero: Sí mi "artista", mira, si quieres pintar empiézale por mi casa, ya está bien rete gacha. El techo ya tiene un chingo de cacas de mosca y a las paredes les hacen falta cubrir las embarradas de chinche y en la fachada pintas un graffiti así bien chido... no te enojes carnal, ya sabes que se te quiere...

Homero sale de escena y vemos a Pilar sentada a la mesa. Manolo entra a su casa.

Manolo: Ya llegué. Hoy sí tengo hambre, ¿qué hiciste?
Pilar: ¿Te conté mi sueño?
Manolo: ¿El de la mañana?
Pilar: Sí, la misma pesadilla... me desperté en la madrugada, nada más se escuchaban los ladridos de los perros y mis miedos... puras cosas feas, fiesta y flores blancas, tu padre dormido, ni para contárselo... algo va a pasar.
Manolo: Mi hermano está bien, ya sabes cómo es, si no te habla es porque anda en el party.
Pilar: No, no se trata de tu hermano, es un presagio. Estoy sola en la casa y cansada de lo mismo, ya nada más platico con las plantas.
Manolo: ¿Y la vecina?
Pilar: Ésa ni me deja hablar, parece guacamaya, sólo cuando está enferma de la garganta.

Manolo (*de su mochila saca unos boletos*): Allí están los boletos de la graduación, ¿van a ir?
Pilar: No tengo ganas de fiesta. ¿Hasta cuándo vas a ir a la escuela?
Manolo: Hoy fue el último día.
Pilar: Qué bueno, ya vas a trabajar.
Manolo: Está bien difícil conseguir chamba.
Pilar: Hablé con mi compadre.
Manolo: ¿Cuál?
Pilar: Alfredo.
Manolo: Yo no sirvo para eso.
Pilar: ¿A poco piensas seguir con la escuela?
Manolo: Dan un curso propedéutico para hacer mi examen...
Pilar: Sí así nos las vemos duras, imagínate si le sigues. Vete con mi compadre, gánate tu dinerito.
Manolo: Me va a pagar una miseria y a mí no me gusta ese trabajo.
Pilar: Al principio vas a ganar poco, pero después...
Manolo: Me van a correr pronto, no sé manejar las máquinas.
Pilar: Aprende.
Manolo: Voy andar todo el día grasiento.
Pilar: ¡Qué delicado me saliste!
Manolo: Yo no voy a ir.
Pilar: ¡Ya quedé!
Manolo: ¡Mamá, me pudiste haber preguntado!
Pilar: Mira tú, ahora los patos le tiran a las escopetas.
Manolo: Quiero seguirle. No les he fallado, no reprobé ni una sola materia, es más, mira (*de su cuaderno de dibujo saca un retrato a lápiz*

de ella, se lo muestra).
Pilar: ¿Otro? ¿Y qué? ¿No fue suficiente la pared?
Manolo: Hablé con un artista plástico, le mostré mis dibujos, me pidió que hiciera algunos ejercicios y me dijo que tenía cualidades, mamá, ya me decidí: quiero ser artista plástico.
Pilar: ¿Artista plástico?
Manolo: Pintor, para que me entiendas.
Pilar: Ya sabía que ibas a salir con una babosada así, sacaste la locura de tu abuelo.
Manolo: Él me entendía.
Pilar (*burlona*): Te afectó ir a esos museos, y tanta pendejada donde los mandan en la escuela. Yo no sé para qué los vuelan, pa' qué les dan tanta cuerda, si el viento deja de soplar, el papalote se cae. Ten tu chingadera (*tira al piso la hoja*).

Manolo la recoge y la rompe mientras observa a Pilar.

Manolo: Madre, ¿qué te hice, qué tan poco cariño me tienes?

Deja su mochila y sale rumbo a la calle. Pilar menea la cabeza negativamente.

Pilar: ¿Pintor? Pintor, está loco, quiere volar... ¡Ja! Si los pollos no vuelan.

Casa de Lulú. Suena el teléfono.

Lulú: ¿Bueno...? Ma... ¿A dónde andas...? ¿Qué es mamá...? ¿Qué es...? No... Mamá...

Cuelga el teléfono y se entretiene hojeando unas revistas. Llega su papá, viste traje y lleva un portafolio en la mano.

Dante: Ya llegué princesa.
Lulú: ¡Hola pá!
Dante (*gritando*): Maritza, ya llegué.
Lulú: No está.
Dante: ¿A dónde fue?
Lulú: Acaba de hablar diciendo que andaba no sé dónde, pero que no la esperáramos a comer y que me tiene una sorpresota.
Dante: ¡Ah, qué tu madre!
Lulú: ¿Qué pasa?
Dante: Tu madre que anda de metiche.
Lulú: Mi mamá es especialista en eso, yo creo que en su vida pasada era un sabueso y se le quedó la maña de meter su nariz en todos lados.
Dante: ¡Lulú!, no hables así de tu madre.
Lulú: Mira, mi abuela, mis tías, sus hermanos, todo el mundo lo dice.
Dante: Bueno... es cierto que tu madre es metiche, pero es tu madre.
Lulú: Pues sí pá. Uno no elige a los padres (a*parte*). Pero sí los puede negar.
Dante: ¿Qué dijiste?
Lulú: Nada, ¿me acompañas a comer?
Dante: Almorcé ya tarde.
Lulú: Sabes que a mi mamá no le gusta eso... siento revuelto mi estómago.
Dante: ¿Estás embarazada?
Lulú: Aich, ¿cómo crees?

Dante: ¿Qué hizo?
Lulú: Verduras, ya sabes que si ella se pone a dieta, va comida de conejo para todos.
Dante: Pues hay que resolverlo, si no mañana vamos a tener que desayunarlas (*ambos hacen gesto de asco*). ¿Hacemos una travesura?
Lulú: ¿Con las verduras?
Dante: Se las echamos al Pulgas.
Lulú: Luego las vomita.
Dante: Lo sacas a pasear cuando llegue.
Lulú: ¿Va?
Dante: ¡Órale!, yo voy por la comida, tú ve por el Pulgas.
Lulú: Pulgas, Pulgas, Pulgas.

Disminuye la iluminación. Luz a la casa de Héctor. Él llega de trabajar, se le ve abatido, abraza un portafolio viejo, con un pañuelo se seca el sudor frío de la frente.

Pilar: ¿Cómo te fue?

Silencio tenso.

Pilar: ¿Qué ha pasado?
Héctor: No sé... todo el camino me vine haciendo muchas preguntas para saber en qué fallé y por más que recuerdo, no encuentro respuestas.
Pilar: ¿Te sientes bien?
Héctor (*negando con la cabeza*): Fui al departamento de personal a sacar unas copias y estaba en el piso este papel (*saca una hoja del portafolio y se la enseña a Pilar*). Es la lista del próximo recorte.

Pilar: ¿Otro?
Héctor: Pues sí, pero ve... en este ya estoy incluido.
Pilar: Habla con tu jefe. Tú no eres de los revoltosos de la huelga, te redujeron el sueldo y allí seguiste, que tomen en cuenta tu antigüedad.
Héctor: Sólo me faltaban cinco años para jubilarme.
Pilar: Allí está, no es posible, cinco años, no es mucho. Que te aguanten Héctor.
Héctor: Si me liquidan me quedo sin seguro y esta enfermedad es muy cara.
Pilar: Más a tu favor, tantos corajes que te hicieron pasar. La diabetes la tienes por ese trabajo.
Héctor: He dejado embarrada mi vida en esas oficinas, ¡veinticinco años!
Pilar: Aguanta Héctor ¡Aguanta!
Héctor: ¿Y qué crees que he hecho durante todos estos años?

Entra Manolo. Silencio.

Manolo: Hola papá, llegaste temprano. ¿Cómo te fue?
Héctor: ¿Qué hay de nuevo?
Manolo: Aquí pasándola, ¿puedo platicar contigo?
Héctor: Sí.
Pilar: No molestes.
Héctor: Mujer.
Pilar: ¡A tu padre lo van a correr!
Héctor: ¡Pilar! ¡Espérate!
Pilar: ¿Tú crees que le busqué trabajo a tu hijo

y me lo despreció?
Héctor: ¿Qué me ibas a decir?

Manolo se encoge de hombros.

Pilar: Cuéntale, a ver qué te dice.
Manolo: Creo que éste no es el momento.
Pilar: Que tu hijo quiere estudiar para "artista".
Héctor: ¡¿Cómo?!
Pilar: ¡Ya ves! Para qué le comprabas brochas.
Héctor: Yo pensé que sólo era un pasatiempo.
Manolo: A mí me gusta pintar, quiero estudiar en Bellas Artes.
Héctor ¡Ah! Agarra una brocha y ponte a pintar casas.
Pilar: La culpa la tiene su abuelo, míralo perdió la cabeza por el dibujo.
Héctor: Tanto dinero gastado, para que salgas con que "quiero ser pintor".
Pilar: Se volvió loco, se puso a soñar.
Héctor: Sigue estudiando pero algo de provecho.
Manolo: ¿Por qué no?
Héctor: Es una carrera de ricos y nosotros no tenemos dinero.
Pilar: Y ahora menos.
Héctor: ¿Qué es un pintor? Un don nadie, que sólo vale muerto. No hay porvenir en eso.
Pilar: Que ya ni estudie.
Héctor: No, que sí estudie, si no, ¿cómo va a mantener una familia?
Manolo: Yo quiero estudiar, no casarme.
Héctor: Tienes tantas oportunidades...
Manolo: ¿No te has preguntado qué quiero yo?
Héctor: Sácate esa idea de la cabeza.
Pilar: Es tan sólo un capricho.
Manolo: Es mi decisión.
Héctor: Hice muchos sacrificios para que terminaras con la prepa.
Manolo: ¡Me estás chantajeando papá!
Héctor: No permitiré que te eches a perder.
Manolo: ¡Yo no quiero ser como tú!

Héctor le da una bofetada a Manolo. Pausa tensa.

Manolo: ¿Por qué me pegas? ¿Qué hice mal?
Héctor: Te la merecías.
Pilar: Ya habló tu papá. ¿No fue claro?
Manolo: Ya entendí, quieres que me encadene a una oficina o a un taller, para que después de muchos años me corran con una patada en las nalgas, sin poder defenderme y termine viejo y enfermo. No papá, ese destino es una maldición y voy a ser pintor con tu apoyo o sin él. Y tal vez sí termine viejo y enfermo, pero contento (*mutis*).
Héctor: No le voy a dar ni un solo peso.
Pilar: Déjalo... que se le pase el caprichito.
Héctor: Imbécil, cree saber de la vida.
Pilar: Hay que hacerlo entrar en razón.

Héctor reacciona a un ascenso repentino de azúcar, se nota en su pierna un calambre, busca donde sentarse.

Héctor: ¿En dónde está la insulina?
Pilar: En tu cuarto, deja te inyecto.
Héctor: Quiero recostarme.

Héctor se dirige a su cuarto, Pilar va detrás de él, mientras suena el timbre en la casa de Lulú.

Lulú: Ya van.
Maritza (*desde afuera*): Soy yo darling, se me olvidaron mis llaves.
Lulú: Cuándo no.
Maritza (*entrando*): Lulis, mi vida, adivina que...
Lulú: No sé, mamá...
Maritza: Mami te trae una sorpresa.
Lulú: ¿Y qué sorpresa...?
Maritza: Cierra tus ojitos.
Lulú (*jugueteando*): Veo, no veo, veo, no veo, veo, no veo.
Maritza: Ya niña, ya... (*Maritza saca de su bolsa una gran cantidad de folletos*) Mami hizo la tarea. Toma, te traigo folletos de todas las universidades, para que te decidas por una de las mejores escuelas.
Lulú (*resignada*): Pero que amable eres mami. No te hubieras molestado. Mira... y todos son de diseño.
Maritza: ¡Claro el diseño es de las mejores carreras!

Entra Dante.

Maritza: Dante, mi amor (*lo saluda con un beso*). Mira lo que le traje a la princesita: folletos de todas las escuelas. Ya ves que está medio indecisa, se parece a su mamá. Pero no te preocupes, aquí estamos los dos para ayudarte a elegir. Mira, podemos dejarlo a la suerte, aventarlos al aire y el que agarres es el bueno, o vendarte los ojos y que a ciegas escojas uno, sería bien emocionante dejar que la suerte elija tu destino.

Dante: Maritza, ¿no crees que sea algo demasiado serio como para dejarlo a la suerte?
Maritza: ¡Ay! Qué importa, esto va a ser MMC.
Dante: ¿MMC?
Maritza: Sí. "Mientras me caso".
Lulú: ¡Mamá!
Maritza: Lo importante es que escoja una buena universidad, lo más fashion, donde vayan los mejores partidos, muchachos muy guapos y de mucho dinero. No como ésas de gobierno, ya ves cada bichito que te encuentras.
Dante: ¡Oye! Yo estudié en la UNAM.
Maritza: Por eso lo digo, querido.
Dante: ¡¿Qué?!
Maritza: Nada cariño, tú eres la excepción, ahora que si lo prefieres traigo una revista especializada en horóscopos y podemos ver qué te recomienda. ¡No! Ya sé, vamos a que te echen las cartas, a ver qué te dicen.
Lulú: ¿Y si mejor leo la información y luego te digo cuál quiero?
Maritza: ¡Ay hija, eso es muy aburrido! No tiene nada de diversión.
Dante: Maritza, deja que Lulú decida.
Maritza: ¡Uy, uy, uy!, ahorita vengo, voy a hacer pipí (*sale*).
Lulú: Papá, ¿por qué me escogiste a esta mamá?
Dante: Antes no era así.
Lulú: Los hombres se casan con ellas esperando que nunca cambien. Ellas se casan con

ellos, esperando que algún día cambien. Al final: ellas siempre cambian y ellos, ellos nunca cambian.
Dante: ¡Hum! Para atinarle. ¿Y qué vas a hacer con los folletos?
Lulú: ¿Te puedo decir algo?
Dante: ¡Claro! Dime.
Lulú (*pausa*): No me dan ganas de seguir estudiando... aún no sé qué quiero ser.
Dante: Ya lo descubrirás.
Lulú: ¿No estás enojado?
Dante: No, pero piénsalo. ¿Te vas a quedar en casa todo el tiempo con tu mamá?
Lulú: ¡No!, no, no, eso no.
Dante: ¿Entonces?
Lulú (*suena la alarma de su reloj*): ¡Ay, tengo que salir!
Dante: ¿A dónde vas?
Lulú: A pasear al Pulgas.
Dante: Sí, pero no tardes.

Lulú sale, suena el celular de Dante.

Dante: Bueno (e*n voz baja*): Ya te he dicho que cuando estoy por acá no me llames...
Maritza (*entrando*): Ya regresé, ¿y la nena?
Dante (*al teléfono*): ¡No inventes! Todavía es jueves, mejor mañana nos vemos, yo te llamo.
Maritza: ¿Quién te llamó?
Dante: Toño, me está invitando a tomar unas cervezas en su casa.
Maritza: Ah, Toño, ¿y vas a ir?
Dante: No, todavía es jueves y tengo que trabajar mañana.

Maritza: Ya deberías de vivir allá. Si quieres le mando tus cosas.
Dante: Maritza no empieces de quebradora.
Maritza: No me gusta que me hables así. ¿Crees que soy tu mensa?
Dante: Me conociste en medio de la huelga, sabías que me gustaba el relajo.
Maritza: Amorcito, ya no eres un joven universitario: madura.
Dante: Que maduren los aguacates, a mí déjame en paz.
Maritza: El que vive más de una vida tiene que sufrir más de una muerte.
Dante: ¿Y ésa, de dónde te la sacaste?
Maritza: Ya ves.
Dante: ¿Qué me quisiste decir?
Maritza: ¡Ay! Nada mi amor, si las mujeres somos unas mensas, no nos damos cuenta de nada (*aparte*). Eso creen.

Maritza sale y Dante va detrás de ella, dialogan ininteligiblemente.
Transición. Gira el carro. Sentado sobre la escalera está Manolo. Se le ve triste, en las manos tiene su patineta. En la parte superior aparece Lulú, con suavidad baja las escaleras.

Lulú: ¡Hola!
Manolo (*desanimado*): ¿Qué hay?
Lulú: Vaya que ánimo,
Manolo: Estoy jodido.
Lulú: ¿Qué te pasó?
Manolo: Me pusieron morado.
Lulú: ¿Cómo?
Manolo: Me madreó mi jefe.

Lulú: Para romperte la madre... nadie mejor que tu familia.
Manolo: Cuando era niño el abuelo me defendía (*transición*). ¿De qué color será la niñez?
Lulú: Pues unos prietitos y otros güeritos.
Manolo: Quisiera ser otra vez niño y estar con el abuelo.
Lulú: ¡Ya no te claves, me deprimes!
Manolo: Un día eres feliz y al otro te está cargando...
Lulú: Nadie es feliz toda su vida...
Manolo: Tú no entiendes.
Lulú: ¿Qué?
Manolo: Me la están partiendo.
Lulú: Pues que rápido te quiebras.
Manolo: Ves, no entiendes, no entiendes nada, nada.
Lulú: ¿Vas a dejarme hablar?
Manolo: ¿A qué viniste? Nadie te llamó.
Lulú: Teníamos una cita. ¿Lo recuerdas?

Pausa.

Manolo: Princesa, ¿la vida es triste o yo soy triste?
Lulú: Manolo, ¿sientes que la vida te está dando la espalda?
Manolo: Tal vez.
Lulú: Cuando la vida te dé la espalda, agárrale las nalgas.

Ambos juegan y ríen.

Lulú: ¿Ya no vuelas?
Manolo: Como un papalote.

Lulú: ¿Te acuerdas cuando llegamos a vivir a la unidad?
Manolo: Sí, sobre todo del parque.
Lulú: Sólo existías para tu abuelo y el papalote.
Manolo: ¿Andabas en el parque?
Lulú: Pasaba a en mi bici, quería que me vieras y tú ni un veinte de pélame... me gustabas.
Manolo: ¿Ya no?
Lulú: Estabas más bonito (*ríen*).
Manolo: Otra vez te escapaste de tu mamá.
Lulú: ¡Ay sí!, cuando a Maritza se le mete algo en la cabeza, ni te imaginas cómo se pone.
Manolo: ¿Tú crees?
Lulú: No inventes, me trajo un montón de folletos para elegir universidad.
Manolo: ¿Y qué hay de malo en eso?
Lulú: Yo ya no quiero ir a la escuela.
Manolo: ¿Por qué?
Lulú: No tengo ganas.
Manolo: Pero a ti no te falta nada.
Lulú: No es por eso... ella quiere que aprenda diseño o una jalada así.
Manolo: El diseño no es una jalada.
Lulú: Pues a lo mejor no, pero a mi no me gusta.
Manolo: ¿No te gusta la carrera, o qué ella elija por ti?
Lulú: Estudiaba para diseñadora, decía que tenía grandes ideas. ¡Güey!, quiere que yo sea lo que ella no pudo ser y eso me caga...
Manolo: Pues yo no sé si mi papá quería ser licenciado o ingeniero...
Lulú: Yo no tengo ni pinche idea.
Manolo: Mándala al diablo.

Lulú: Sí claro, habla "el señor ejemplo". ¿Ya mandaste al diablo a tus papás?
Manolo: Hoy... no es un buen día para hablar de ese tema.
Lulú: Siento que no sirvo para nada.
Manolo: ¡Claro qué sirves! Eres muy buena modelo, te quedas quietecita, quietecita.
Lulú: ¿Ya terminaste mi cuadro?
Manolo: Ya mero. ¿Qué onda, hoy no me vas a dar cariñitos?
Lulú: ¿A poco estás de humor?
Manolo: Los necesito. ¿Tú no?
Lulú: Espérate. ¿Y si nos ven?
Manolo: No..., no nos ven.

Manolo se acerca a Lulú por la cintura y cuando se besan, entra Homero con un videojuego portátil. Ellos continúan, mientras Homero interrumpe su juego para observarlos, hasta quedar absorto. Su presencia interrumpe a la pareja.

Homero: ¡Ay! Manolo, qué rico se ve que besas, dame un besito así, ¿no mano?
Manolo: ¡¿Qué güey?!
Homero: Es que se antoja carnal.
Manolo: Sácate a bañar. ¿Y ahora?
Homero: Perdón por interrumpir, pero es que necesito decirle algo a mi amigo y ahorita...
Manolo: ¿Qué quieres güey?

Lulú intenta alejarse pero la detiene Manolo, quien no le suelta la mano.

Homero: Necesito hablarte "a solas".

Manolo y Homero se apartan de Lulú, quien se va a retirar, Manolo le hace una seña de que espere.

Manolo: ¿Qué pasó?
Homero: Es que se me olvidó decirte que te iba a venir a ver Estela.
Manolo: ¡¿Estela?! Pero si ella no sabe donde vivo.

Manolo hace una pausa y se le queda viendo a Homero, quien agacha la cabeza.

Homero: Perdón carnal, es que me dijo que te quería dar una sorpresita.
Manolo: Vaya con tu "sorpresita". ¡Güey! ¿Qué tal si me ve accionando con Lulú?
Homero: Pues yo no sabía que tú andabas por "acá".
Manolo: ¿Te dijo a qué hora iba a llegar?
Homero: Pues... (*ve su reloj*) creo que ya no tarda.

Del interior de la casa de Lulú se escucha la voz de Maritza.

Maritza: ¡Lulú!...
Lulú: ¡Aich, mi mamá! Le dicen que fui a la tienda y que no he regresado (*sale con premura*).
Maritza: Joven, buenas tardes, ¿no vio a mi hija?
Manolo: Creo que fue a la tienda.
Homero (*remarcando*): Y no ha regresado.
Maritza: ¡Ay esa niña! ¡Dante! Voy a ir a buscar a Lulú, ahorita vuelvo. Aich esta chamaca,

¿a qué tenía que ir a la tienda? Si todo lo compramos el domingo en el súper.

Sale Maritza. Del lado opuesto llega Estela con una mochila al hombro. Ve a Manolo y dibuja una sonrisa de amor en el rostro.

Estela: ¡Manolo!
Manolo: ¡Estela! ¿Qué haces aquí?
Estela: Te quería dar una sorpresa.
Manolo: ¿Otra?
Estela: ¿No estás contento de verme?
Manolo: Siempre.
Homero: Bueno, ya te vi, uno, dos, tres, ya me fui.

Toma su patineta y cuando está por irse Manolo lo detiene.

Manolo: Tú te quedas.
Homero: Manolo, se van a poner de cariñosos, ya los conozco; y aquí hago mal tercio. Mejor me voy.
Manolo: Tú te quedas.
Homero: No quiero estorbar, ya me voy.
Manolo: ¡Tú te quedas!
Homero: Bueno, está bien, me quedo (*se sienta y vuelve a su videojuego*).
Manolo: ¿Y cuál es la sorpresa Lulú?
Estela: ¿Lulú?
Homero: ¡Fuera de lugar!
Estela: ¿Quién es Lulú?
Homero: Ni para qué discutir con el árbitro.
Manolo: Perdóname, Estela, andaba distraído.
Estela: Regreso cuando me presentes a Lulú. ¿Eh, Jorge?
Manolo: ¡Ya Estela! Por favor, discúlpame.

Manolo toma a Estela del brazo, se interpone la mochila. Estela jala la mochila y de ella caen una paleta de dibujo, pinceles y pinturas. Manolo los recoge.

Manolo: ¿Y esto?
Estela: Eran para ti...
Manolo: Pero si no es mi cumpleaños.
Estela: ¿No te acuerdas qué día es hoy?
Manolo: No.
Homero: Penal, penal, eso es un penal.
Estela: Manolo, hoy cumplimos un año de novios.
Homero: Tarjeta roja. ¡Expulsión!
Manolo: Estela, cómo se me pudo pasar (*instintivamente la abraza y la besa*).

Regresan Maritza y Lulú.

Lulú: ¡Hola! Manolo.
Homero: Chin..., se acabó el juego.
Lulú: ¿No me vas a presentar a tu... novia?
Maritza: Hija, no interrumpas.
Manolo (*asumiendo la situación*): Estela ella es Lulú, Lulú, Estela... mi novia.
Estela: Hola Lulú.
Lulú: Hola.
Maritza: Yo soy la mamá de Lulú.
Homero: Ahora sí, viene el siguiente partido.
Lulú: Mamá, ¿ya te había presentado a mi novio?
Maritza: ¿¡Ya tienes novio princesa!?
Lulú: Sí, aquí está, te lo presento.

Dante se asoma, Lulú toma por el cuello a Homero, lo levanta y lo pone frente a Maritza, quien lo ve de arriba abajo.

Homero: ¿Qué? ¿Qué yo que?
Maritza: ¡Hija! ¡Esto...!
Lulú: Sí, y lo quiero mucho.

Lulú besa a Homero, quien al principio se resiste, después cede y pasa al disfrute. Manolo tiene una expresión de asombro, Estela de extrañeza, Maritza finalmente cae desmayada, Dante corre a auxiliarla, mientras cae el telón.

SEGUNDO ACTO

Un día después. Es de noche. Manolo, Homero y Estela regresan de la fiesta de graduación con signos perceptibles de ebriedad.

Homero: No regreso a ese salón de fiestas en mi vida.
Manolo: Mira tú, correrno s de esa manera.
Homero: Pero no me vine solito.

Del interior de su chamarra saca dos botellas de tequila y las besa.

Estela: Está haciendo frío, mejor vamos a meternos.
Manolo: Eso no se los recomiendo, allí adentro maltratan a los jovencitos que quieren ser artistas. Mejor sigamos la fiesta acá afuera. Voy a sacar la grabadora.
Homero: Y unos vasitos, para seguir brindando.
Estela: Préstame una chamarra.
Manolo: A ver, vasitos, chamarra y grabadora. Espero que no se me olvide, si no salgo rápido, hablen a la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Manolo entra a su casa y se oye que grita.

Manolo: ¡Papitos, como no fueron a la fiesta, ya se las traje!
Estela: Pero qué bruto.
Homero: Éste no necesita que lo defienda Derechos Humanos, sino la Sociedad Protectora de Animales.
Estela: Somos un trío de ebrios.
Homero: Es que, el que vino a este mundo y no ha probado vino ¿a qué chingados vino?

Estela agarra una botella de tequila, la destapa y se sirve en la tapa de la botella consecutivamente tres tragos.

Estela: ¡Qué frío...! El clima... está loco.

Llega Manolo con la chamarra, la grabadora y los vasos. Estela se pone la chamarra, Homero sirve el tequila, Manolo enciende la grabadora, de la cual se escucha en primer plano Y sin embargo de Joaquín Sabina. Los tres chocan sus vasos.

Los tres: ¡Salud!

Estela y Manolo se besan, Homero se entretiene con el celular. Lulú se asoma y llega.

Lulú: ¡Hola! ¿Y qué, la serenata es para mí?
Estela: Estamos celebrando.
Manolo: Hoy fue nuestra graduación.
Estela: ¿Nos acompañas? Homero, atiende a tu novia.
Lulú: Pero si ya vienen volando alto, dejen me emparejo.

Lulú toma a pico de botella un largo trago.

Estela: ¡Salud! Salud chavos, salud.

Manolo y Homero brindan desconcertados. Lulú termina de beber el sorbo y carraspea.

Manolo: Lulú, no eres muy buena con el tequila, se te va a subir.
Lulú: ¡Ay! Nada más es un traguito.
Homero: Préstame la botella.
Lulú: ¿Cómo está mi novio? (*lo abraza*) Labios de pecado ¿Por qué no me han besado? (*lo besa*).
Manolo (*celoso*): ¡Lulú! ¿Tendrás un refresco para el tequila?
Lulú: Creo que sí, déjame ver.
Homero: Y unos hielitos.

Lulú entra a su casa.

Homero: Manolo, ¿me das chance de pasar a tu baño? Las chelas del salón ya hicieron su efecto y no quiero ofender tu banqueta.

Manolo (a *Estela*.): Regreso.

Homero y Manolo entran, a través de la ventana. Vemos a Manolo discutiendo en voz baja con Homero.

Manolo: Oye, güey, no mames. Te pasas de pendejo. Ayer te la pasé, ¿pero ahora?
Homero: Ella empezó. ¿Qué quieres que haga? Soy irresistible.
Manolo: Y tú que le sigues.
Homero: No tengas miedo, yo soy de chocolate.
Manolo: Te estás aprovechando.
Homero: A mí, ni me gusta.
Manolo: Entonces no le sigas...
Homero: Déjame pasar a tu baño.

Homero entra al baño.

Manolo: Pinche Lulú...

Lulú sale de su casa con un refresco de toronja y una hielera. Se sirve y brinda con Estela.

Lulú: ¿Y desde cuándo son novios?
Estela: Ayer cumplimos un año.
Lulú: ¡Un año! (*aparte*) Perro desgraciado.
Estela: ¿Perdón?
Lulú: El Pulgas, es mi perro, el cochino vomitó.
Estela: ¡Qué asco!
Lulú: ¡Salud, por tu aniversario!
Estela: ¡Salud!
Lulú: Disfrútalo... (*aparte*) mientras dura.
Estela: ¿Oye, hace mucho tiempo que conoces

a Manolo?
Lulú: Desde niños.
Estela: Ustedes son como hermanos, ¿verdad?
Lulú: ¿Te dijo eso? (*aparte*) Incestuoso.
Estela: ¿Puedo preguntarte algo?
Lulú: Pregunta.
Estela: ¿Ustedes sólo han sido amigos?
Lulú (*afectada*): Claro.
Estela: ¿Eso es verdad?
Lulú: ¿No me crees?
Estela: ¿Te debería de creer?
Lulú: Entonces, ¿para qué preguntas?

Homero y Manolo llegan.

Manolo: ¿Entonces por qué no fue tu mamá a la fiesta?
Homero: Me volví a pelear con ella.
Manolo: ¿Le dijiste que te vas a ir con tu papá?
Homero: ¡Cállate güey! (*le tapa la boca a Manolo*) Eso es top secret.
Manolo: ¡Guácala! Qué feo te huele la mano.
Homero: No manches... huele a mi suavecita y sacrosanta intimidad.
Manolo: ¡Te pasaste! Ésa sí es de diez.
Homero: Nada más era broma. ¿Cómo crees que de diez?
Manolo: ¡Castigo!
Homero: ¡Ah! Déjamela en cinco, ¿no?
Manolo (*golpeándolo*): Uno, dos, tres, cuatro... diez.
Lulú: Uff, qué pesado se llevan.
Estela: ¡Ya déjalo!
Homero: Gracias muchachas. Te pasas, eres bien manchado conmigo.

Manolo: No seas chillón.
Homero: Y yo que pensé que hoy iba a ser mi día, pero ¡no! Mi perro me muerde, me corren de mi fiesta de graduación, mi mejor amigo me madrea y mi jefa me chinga.
Manolo: ¿Te pegó tu mamá?
Homero: Hasta que se cansó.
Manolo: Yo con uno tuve.
Homero (*pausa*): Pues pensé, ¿para qué sigo viviendo con ella? Que se quede con todo su resentimiento, yo me voy.
Estela: Se casaron muy chavos.
Homero: A ella no le dieron anillo, le dieron niño de compromiso.
Manolo: ¿Pero tu papá la golpeaba, no?
Homero: Pues eran sus broncas. Ya me cansé de que me haga sentir como un estorbo, que le ande diciendo a todo mundo que me mantiene (*da un trago largo*). Voy a hacer algo por ella: ¡qué se olvide de que tuvo hijo! Me voy al gabacho con mi papá. Ya me mandó dinero, al rato salgo para Tijuana.
Estela: ¿Huyes?
Homero: Vuelo.
Estela: Te vas a convertir en un hombre pájaro.
Homero: No, en ilegal-clandestino (*canturreando*). Ilegales clandestinos, ilegales clandestinos...
Lulú: Hagamos un brindis por tu viaje.
Homero: ¿Me vas a extrañar?
Manolo: ¡Homero!
Lulú: Eres divertido. ¿Y esa música alegre? ¿Por qué no suena esa música? A ver "hermanito", ¿qué compactos tienes? Tengo que hacerle

una fiesta de despedida a tu cuñado.

Manolo y Lulú revisan los discos compactos.

Homero (*a Estela*): ¿Siempre sí te vas a Ciencias Políticas?
Estela: Sí, voy a estar en Ciudad Universitaria.
Lulú: Las mujeres en la política son divertidas, es como ver a un perro caminar en dos patas, no lo hacen bien pero cómo te divierten.
Estela: Claro niña, tu cerebrito no da para más.
Lulú: ¿Qué?
Estela: Nada princesa, qué linda te ves (*se acerca a Manolo*).
Homero: Estela ha sido todos los semestres la mejor alumna.
Lulú: La niña come dieces.
Estela: Lulú, ¿qué diferencia crees que haya entre tu y yo?
Lulú: ¿Qué yo soy más encantadora?
Estela: Tú necesitas saber que eres linda, que los demás te acepten. Yo ya me acepté como soy, y si los demás no me aceptan, me vale madre.
Lulú: Pues si tú tienes complejo de "Bety la fea", eso también me vale madre.
Estela: Pero miren, si aquí tenemos una muestra de las Barbies.
Homero: ¿Cómo?
Estela: Sí, lindas, plásticas, desechables y sin cerebro.
Lulú: Sí, cerebrito (*caricaturizando*). ¿Qué vamos a hacer esta noche cerebro? Tratar de conquistar el mundo.

Estela: ¿Cómo vas a querer tu príncipe, princesa?
Lulú: Alto, guapo...
Estela: Sangre azul, que te rompa la madre cuando esté borracho y después te termine cogiendo.
Lulú: Cornuda.
Estela: Puta.

Lulú intenta golpear a Estela, pero son detenidas por Manolo y Homero.

Homero: ¡Cálmense muchachas! Hoy es un día para celebrar, terminamos la escuela, ya nos dieron nuestros papeles. ¡Oh sí! ¡Oh yea, yea! Ya, Manolo, pon música alegre y vamos a bailar.

Manolo pone música alegre en la grabadora. Homero baila con Lulú, Manolo quiere hacer lo mismo con Estela que se mete a la casa. Por la gasa de la ventana vemos cómo discuten. Son sorprendidos por Pilar.

Pilar: ¿¡Pero qué haces!? ¡Ni tu casa respetas!
Manolo: ¡Mamá! No es lo que tú piensas.
Pilar: Si no es lo que pienso, es lo que estoy viendo.
Manolo: ¡No grites mamá! ¡No estoy haciendo nada!
Pilar: ¡Tú, chamaca, lárgate a tu casa!

Estela sale, Manolo le acompaña.

Pilar: Puerco, vete a hacer tus chingaderas por

otro lado.
Manolo: ¡Mamá, por favor!
Pilar: Tu padre se ha sentido mal, apenas si pudo dormir... ¡Ándale, lárgate!
Estela: Homero.

Homero: ¿Qué onda?
Estela: ¿Me puedes acompañar a mi casa?

Homero voltea a ver a Lulú.

Homero (*a Lulú*): ¿Y mi fiesta?
Lulú: No puedo esperarte, mi mamá está durmiendo y mi papá no ha llegado. Buen viaje.
Manolo: Yo te espero. Me chiflas.
Homero: No tardo.

Salen Homero y Estela.

Pilar (*desde la puerta*): ¡Holgazán! Ni trabajas y ya quieres tener novia... métete.
Manolo: Voy a recoger la grabadora.
Pilar: Mañoso (*se mete y deja la puerta abierta*).
Lulú: ¿Por qué no me dijiste que tenías novia?
Manolo: ¿Y tú, que traes con Homero?
Lulú: ¿La quieres mucho?
Manolo: ¡Lulú!
Lulú: Y entonces... ¿yo qué soy?, ¿la modelo que desnudas y dibujas?
Manolo: Mi pintura es aparte, no la metas en esto.
Lulú: Me usas.
Manolo: Te equivocas.
Lulú: Yo creí que tú me querías.

Manolo: Tú eres mi princesa.
Lulú: ¿Y ahora, qué...?
Manolo: Pues ya lo sabes, tú decide...
Lulú: Manolo, necesito decirte algo...
Manolo: No, no digas nada.

Manolo la interrumpe y la besa. Con la acción se meten a la casa de Lulú, y por la ventana vemos a través de la gasa la secuencia de la acción. Dante llega y contempla la escena, la detiene cuando de los besos pasan a las manos. Abre la puerta, Manolo oculta su rostro hacia la gasa con un gesto de vergüenza.

Lulú: ¡Papá! ¡Qué bueno que llegaste!
Dante: Buenas noches Homero.
Manolo: Buenas noches, con permiso.
Dante: ¡¿Manolo?!

Dante se extraña. Manolo sale de la casa de Lulú, recoge la grabadora, los discos compactos y se mete.

Dante: ¿Lulú, qué está pasando aquí?
Lulú: Sólo estoy siguiendo tu ejemplo. ¿De dónde vienes?
Dante: ¿Qué estás haciendo?
Lulú: Él tiene su novia, yo tengo mi "novio", pero lo quiero a él (*pausa*). Estoy aferrada y no sé qué hacer, ¿mejorará después?
Dante: No.
Lulú: ¿No?
Dante: Sí, mejorará después.
Lulú: ¿Ah, sí? Mírate...

Ahora por la gasa vemos a Maritza asomarse y es-

cucha la conversación.

Dante: Eres tan joven. Estás cosas ocurren, nada es para siempre, al rato pasará. Sigue tu camino, estudia.
Lulú: No sé qué se supone que debo ser. ¿Entiendes? Tengo miedo de empezar esto o aquello y no concluir nada. Acabar odiando lo que empecé.
Dante: Ya sabrás qué hacer. No te preocupes.
Lulú: ¿Por qué tú no te enojas? ¿No te molestas? ¿No dices nada?
Dante: Siempre sabía qué quería hacer con mi vida, mi carrera, mi trabajo, mi matrimonio, hasta que te das cuenta que todo es más complicado.
Lulú: Lo dices por tu "amiga" (*pausa*). Eso no lo planeaste ¿verdad?
Dante: ¡Claro que no!
Lulú: Casi no te vemos.
Dante: Pero estás bien.
Lulú: ¿Eso crees...? Veme...
Dante: Vamos para adentro, comienza a sentirse el frío (*intenta abrazar a Lulú*).
Lulú: Estás sucio, no me abraces.

Maritza sale, arropa a Lulú y la abraza.

Maritza: Eres un cínico tan grande que no te diste cuenta lo que acabas de pisar.

Dante entra, seguido de Lulú y Maritza.
Transición lenta, gira el carro, se escucha el ruido de la mañana. Dante se dispone a irse, lleva una maleta, el portafolio, se detiene. De la mesa del teléfono

toma la foto de Lulú y sale. Seguido de esto, Maritza afectada por la discusión y el desvelo, toma una taza de café y se sienta, mientras llega Lulú vestida con piyama.

Lulú:¿Y mi papá?
Maritza: Ya se fue.
Lulú: ¿No qué el matrimonio es para siempre?
Maritza: Nada es para siempre.
Lulú: ¿Por qué no se despidió de mí?
Maritza: Va a seguir siendo tu padre.
Lulú: Nos está cambiando.
Maritza (*hilarante*): Vas a pensar que tu mamá es una exagerada, pero ya no pude. Me harté.
Lulú: ¿Y ahora?
Maritza: No te preocupes, lo puedes ir a ver.
Lulú: ¿A dónde?
Maritza: No lo sé.
Lulú: Me duele la cabeza.
Maritza (*evadiéndose*): Vamos a preparar el desayuno. Todo va a cambiar, necesito enseñarte una receta, lávate las manos, me vas a ayudar.
Lulú: Mamá, no estoy para recetas de cocina.

Maritza acerca una mesa con utensilios e ingredientes.

Maritza (*delirante*): Ándale niña. Preparemos un delicioso projet de vie.
Lulú: ¿Qué es eso?
Maritza: Vamos a cocinar un proyecto de vida.
Lulú: Corriste a mi papá de la casa.
Maritza: ¡Claro! Primero limpié las partes

echadas a perder, o que no servían.
Lulú: Fue una pesadilla escuchar cómo se insultaban.
Maritza: Recuperé una a una todas mis ideas y sueños, para formar una pasta suave y dulce de esperanza.
Lulú: Los gritos eran más fuertes que de costumbre.
Maritza: Añadí las opciones, las dejé reposar hasta que cuajen.
Lulú: No te quiero más en mi vida, le gritaste.
Maritza: Lavas con agua las ventajas y desventajas de cada una de nuestras decisiones.
Lulú: ¿Y yo, dónde quedo? ¿En dónde me dejaron?
Maritza: En los paquetitos de alegría. Pártelos en pequeños pedacitos y mezcla con todo el cariño que encuentres.
Lulú: Me siento sola.
Maritza: No es soledad, es libertad. Agrégale la paciencia, la pizca de locura, y la ternura cernida.
Lulú: No me estás escuchando.
Maritza: Cuando abras los ojos, divide en porciones iguales todo el amor, y cúbrelo.
Lulú: La casa se siente tan vacía, ¿dónde me refugio?
Maritza: Y lo más importante, dos porciones grandes de valor.
Lulú: Sólo pensaron en ustedes.
Maritza: Hornea considerando las consecuencias a corto, mediano, y largo plazo durante toda tu vida...
Lulú: ¡Enloqueciste mamá!
Maritza: ¡No me digas loca!

Lulú: A mí no me importa un proyecto de vida, quiero saber qué hacer con mis sentimientos, con lo que me está pasando...
Maritza: Eres una escuincla.
Lulú: Pero siento mamá.
Maritza: ¿Qué quieres que te diga? Pisotearon mi confianza, me cansé de sentimientos. Sólo sé de engaños.

Pausa.

Lulú: Tengo dos meses de embarazo.
Maritza: ¿Cómo?
Lulú: Estoy embarazada. Se los quería decir hoy para que me ayudaran y mi castillo se derrumbó.
Maritza: ¿De quién es?
Lulú: No sé.

Pausa.

Maritza: Eres como tu padre.

Lulú intenta acercarse a Maritza.

Maritza: ¡No me toques! No me toques (*mutis, Lulú va tras de ella*). Lourdes, déjame sola, quiero estar sola.

Maritza sale. Lulú se queda sentada en la silla que está frente al teléfono, recoge sus piernas y se abraza. El carro gira y se hace un oscuro sobre la acción. Observamos varias imágenes del viaje de los inmigrantes, en las que distinguimos a Tijuana y su frontera con Estados Unidos. Homero sale entre el

público seguido del sonido de helicóptero, con ruido de coches y camionetas en persecución. Un seguidor ilumina en forma de buscador a Homero que huye. Se escucha una voz con acento gringo.

Voz de Gringo: ¡Alto! Las manos en la cabeza y tírate al piso (*Homero finge tirarse al piso*). No te muevas (*Homero corre*). ¡*Sun ut a bitch*!

Se escuchan unos disparos, Homero parece caer muerto. Y el helicóptero que se aleja. Se proyectan en sombras imágenes de las cruces de Tijuana, mientras Homero se levanta con un gesto le mienta la madre a la Migra y sigue su camino.

Homero: ¡Me la pelaste pinche gringo!

Lulú sale de su vivienda y toca la puerta de la casa de Manolo.

Manolo (*desde adentro*): ¿Quién?
Lulú: Lulú.
Manolo: ¿Qué milagro? Hace días que no te veo.
Lulú: ¿Puedes salir?
Manolo: Sí, dime.
Lulú: Por favor ve esto.
Manolo: ¿No importa que la ensucie?
Lulú: Por favor revísala.
Manolo: A ver que es.

Manolo toma entre sus manos una prueba de embarazo. Después se torna serio y afectado por la noticia.

Manolo: Es positiva, estás embarazada.
Lulú: Mi papá se fue de la casa. Le llamo y no me contesta.

Pausa.

Manolo: Tú y yo sabemos que no era el único con el que salías.
Lulú: Con el único que me acostaba era contigo.
Manolo: ¿Yo cómo sé?
Lulú: ¿Y tú decías ser mi amigo?
Manolo: ¿Qué quieres?
Lulú: No sé.
Manolo: Lulú, tú me dijiste que te estabas cuidando.
Lulú: No me sirvieron las pastillas, sólo porque se me olvidó tomarla por unos días.
Manolo: ¿Y ahora...?
Lulú: Se lo dije a... Maritza.
Manolo: ¿Qué te dijo?
Lulú: Ni siquiera me habla.
Manolo: ¿Quieres que me case? (*silencio de Lulú*) A dónde te llevó, con qué te mantengo.
Lulú: En una noche vi cómo la vida perfecta de mis padres se fue al carajo. ¿Tú crees que quiero casarme?
Manolo: ¿Piensas tenerlo?
Lulú: Ni siquiera sé que hacer con mi vida.
Manolo: Tú dijiste que no había problema.
Lulú: Pensamos de una manera y actuamos de otra. ¿No te das cuenta?
Manolo: Quiero estudiar.
Lulú: ¿Qué tiempo dura tu carrera? ¿Cuatro o cinco años? Sólo son eso: cuatro o cinco años.

Yo te estoy hablando de algo más grande. ¿Qué no lo ves?
Manolo: No sé que decirte.
Lulú: Amaba a mi papá y me cambió, amaba a mi mamá y se encerró, ¿y tú?
Manolo: Déjame pensar.
Lulú: Yo creí que tú eras mi sueño.
Manolo: Espérame, no quiero que el sueño se convierta en pesadilla.
Lulú: Adiós Manuel (*lo abraza*). Cuídate mucho.
Manolo: Dame tiempo.

Lulú entra a su casa, Manolo lo hace después de ella. Escuchamos una melodía, las sombras proyectan a un papalote volando en el cielo y la niña de la bicicleta, ahora la niña de la bicicleta se baja y se transforma en la sombra de Lulú, se escucha su voz.

Lulú: Queridos papá y mamá, y tú también. Les escribo esta carta desde el rincón de mi cuarto, en medio de esta desesperación. Los sueños y las fantasías se me acabaron, ya no sé qué razón hay para la existencia. Hoy he descubierto que no todas las princesas son felices. Ahora es cuando me pregunto: ¿vale la pena seguir viviendo? Ustedes me han respondido que no. Quiero descansar. Me llevo sus buenos momentos, sus besos y caricias que me harán el camino más ligero. Adiós y perdónenme. Lulú...

La luz disminuye hasta llegar al oscuro. El piano aún se escucha hasta la transición. El carro gira, vemos una veladora en la orilla que divide las dos casas.

Dante y Maritza acompañados de Héctor y Pilar sentados en su espacio. Manolo está pintando en su cuarto.

Pilar: Ya se fueron todos.
Dante: Se fue mi princesa.
Pilar: Uno no debe sepultar a sus hijos.
Héctor: Enterrar a los padres es igual de terrible.
Maritza: ¡No! Lo más terrible apenas empieza.
Pilar: Flores blancas.
Dante: No la escuché.
Maritza: Quiero llevarme sus cenizas a su recámara.
Pilar: Fiesta y flores blancas... ¿rezamos?
Héctor (*tomando del hombro a Dante*): Ándele vamos a rezar.

Salen. Estela toca la puerta, Manolo abre.

Manolo: Hola.
Estela: ¿Te habló Homero?
Manolo: Sí, pasó pero lo agarró la Migra y lo volvieron a sacar.
Estela: Estás extraño. ¿Sucedió algo?
Manolo: Lulú se quitó la vida.
Estela: ¿Qué?
Manolo: Dejó una carta para mí.
Estela: ¿Por qué lo hizo?
Manolo: Sus papás se acababan de separar, tenía problemas.
Estela: ¿Por qué no pidió ayuda? Hay psicólogos, psiquiatras, un especialista...
Manolo: Le pedí que me esperara, que me dejara pensarlo.

Estela: Pudo ser distinto.
Manolo: Sus papás están destrozados, como yo.
Estela: Eso es lo que ella quería y ¿qué más logró?
Manolo: Doña Maritza gritaba como loca desde su puerta... no quisieron verla cuando su cuerpo entró al crematorio.
Estela: ¿Tú lo viste?
Manolo: Fue la despedida.
Estela: Está muerta y... ¿resolvió algo? Su mundo se le hizo grande y ella se creyó tan chiquita que la aplastó.
Manolo: Se necesita valor para hacer eso.
Estela: ¿Valor? En unos años no habrá quien se quiera acordar de ella.
Manolo: Para mí no va ser fácil olvidarla.
Estela: Para nadie, pero la vida sigue y seguirá sin ella.
Manolo: Tú no sabes nada... (*pausa*) Será mejor que te vayas.
Estela: ¡No! No me voy, tú te vas de mi vida...
Manolo: Tienes razón Estela, la vida sigue, sin Lulú y sin ti la vida sigue (*le abre la puerta*). Que te vaya bien (*Estela sale, Manolo toma la veladora, regresa a su caballete y pinta*). Aquí, en este lugar, debe ir una princesa triste... (*continúa pintando*) seguiré volando, pero con las alas rotas...

La iluminación desciende hasta quedar sólo la luz de la veladora, sobre este efecto se escucha.

Voz de Manolo adulto: Esa noche soñé que volaba un papalote blanco y vi como se iba hacia el cielo, en un momento el papalote se pintó de rojo y vi al cielo cuartearse y una voz que me decía adiós..., adiós..., se repetía en cada grieta. Soñé que hay tantas cosas por decir, pero las tumbas no contestan. La princesita triste acompaña mis colores en los lienzos de la noche o en la madrugada...

TELÓN

BASTA
COMEDIA FAMILIAR

BERENICE DE LA CRUZ,
JAIME COELLO
Y OVIDIO RÍOS

PERSONAJES

Malena, hermana mayor, 15 años
Pedro, papá, 44 años
Marta, mamá, 40 años
Octavito, hermano menor, ocho años
Santiago, hermano sándwich, 12 años
Pantalla

Espacio escénico: Interior de una casa. La estancia o sala-comedor.

PRIMER ESCENA

Pedro está contando un fajo de billetes con un baúl al lado. Marta tendrá un plumero y un trapo. Malena sentada en el sofá hablando por teléfono. Octavito estará cambiándole a los canales de la televisión.

Malena (*al teléfono y a su madre*): ¡Ja! ¡Tercera llamada! ¡Ni que estuviéramos en el teatro! ¡Nooo! ¡No te digo a ti! Es a mi madre que dice que ya va a empezar su película. ¿Cómo ves?
Pedro: Mal, muy mal, yo creo que vamos a cancelar las llamadas a celular. Ya no me alcanza el dinero y aún nos falta la mitad para la pantalla gigante.
Marta: Por mí mejor. Así sirve que Male se descuelga un rato del teléfono y aprovecho para limpiarlo.
Malena: ¡Ay mamá! Ni que fuera para tanto, ¡eres una exagerada!
Marta: ¡Pedro! ¡Dile algo!
Pedro: ¡No le hables así a tu madre!
Marta (*limpiando el televisor*): ¿Exagerada yo? ¡No sé cómo pueden ver la televisión con tanto polvo!
Malena: ¡Jajajajajajajajaja! ¡No me río de ti! Me estoy riendo de mi mamá que quiere limpiar una película vieja (*pausa*). ¡Te lo juro! ¡Piensa que la pantalla está sucia!
Marta: ¡Malena Espinosa! ¡Te he dicho un millón de veces que no son películas viejas!
Malena: ¡Tú dijiste que con esa película se habían enamorado mis abuelos! ¡No! ¡No te digo a ti! Le estoy diciendo a mi mamá.
Marta: ¡Pedro! ¡Dile algo!

Pedro: ¡Ya cuelga el teléfono que sale muy caro!
Malena: ¡Ya me estoy despidiendo!
Pedro: ¡O ves la televisión o hablas por teléfono!
Malena: ¡Ay Papá! Si tú no puedes hacer dos cosas al mismo tiempo no es mi culpa.
Pedro: ¡Marta! ¡Dile algo!
Marta (*a Pedro*): Creo que esta vez tiene razón. Pero no es tu culpa, mi vida; así trabaja el cerebro de los hombres (*pausa*). ¡Ya deja de estar contando el dinero! ¿No sabes los billones de microbios que se transmiten de mano en mano?
Malena (*a Octavito*): ¡Ahí déjale!
Pedro (*a Octavito*): ¡Dame el control!

Octavito no hace caso y distraído evita que le quiten el control.

Marta: ¡Qué puerco está ese control!
Pedro: Que me des el control.
Malena (*al teléfono*): ¡No te voy a dar nada!
Pedro: ¿Cómo que no me vas a dar nada?
Marta: No te habla a ti, Pedro, no te emociones.
Pedro: ¡Cálmate! ¡Que aquí la única que habla sola es Malena!
Malena (*al teléfono*): ¡Ay sí!, ya ves que a veces se siente solo. ¿Si?
Marta: No habla sola. Seguro un duende le llama por teléfono.
Pedro: ¡Qué duende ni qué duende! Mi hija está muy pequeña para que le hablen los duendes.

Malena: No. Es mi mamá y sus amigos imaginarios.
Pedro (*camina, dirigiéndose a Octavito*): Me molesta que te adueñas el control.
Marta (*también hacia Octavito*): Te he dicho dos millones de veces que se te va a quedar pegado a la mano por tanta mugre.

El timbre interrumpe el viaje de Pedro por el control y se dirige a la puerta. Octavito le quita el volumen a la televisión para no llamar la atención. Al abrir entra una corriente de aire que despeina a Pedro. Martha seguirá limpiando.

Pedro: ¡Estos niños! ¿Por qué siempre elegirán mi casa para hacer sus bromas? ¡Ah! ¡Seguro les gusta como suena el timbre! Me costó carísimo.

Todos se ríen discretamente de Pedro, éste no hace caso de las burlas y llama a Santiago.

Pedro: ¡Santiagooooooooooooo!
Marta: ¡Seguro va a regresar todo sucio del fútbol!
Malena (*al teléfono*): ¡Cómo crees!
Pedro: ¡Santiagooooooooooooo!
Marta: ¿Cómo que cómo crees?
Malena: ¡Seguro!
Pedro: ¡Santiagooooooooooooo!
Marta: ¡Por fin! ¿No cómo crees o seguro?
Malena: La verdad ya ni sé.
Marta: ¿Cómo que no sabes? ¿Me estás hablando a mí?
Malena: Sabes que te estoy hablando a ti.

Pedro: ¡Santiagooooooooo!
Marta: ¡Malenaaaa!
Malena: Espérame tantito, creo que me está hablando mi mamá.

Malena se separa el auricular.

Malena: ¿Me hablaste mami linda?
Marta: ¡Llevo quince años tratando de hablarte y siempre está ocupado! Te la pasas las veinticuatro horas del día pegada al teléfono.
Pedro: ¡Santiagooooooooooooo!
Marta y **Malena**: ¡Shhhhhhhhhhhhhhhhhhh!

Pedro deja la puerta y se dirige al sillón.

Pedro: Está bueno, entonces no te quejes de que llegue todo puerco.
Marta: ¡No me dejas limpiar con tanto grito!
Malena: ¡No me dejas hablar con tanto grito!

Pedro se sienta refunfuñando, abre su pequeño baúl y saca el dinero para volverlo a contar.

Marta: ¡Ya! ¡Vamos a ver la película!

Todos ponen atención en la tele. Entra Santiago con un balón de soccer en la mano, pasa entre su familia y el televisor. El cable de corriente está atravesado y Santiago, al pasar se tropieza y lo desconecta.

Pedro: ¿Cómo es posible?, siempre te tropiezas en el mismo lugar. Uno no puede ver la tele a gusto, me la paso trabajando toda la semana para que el domingo me la vengas a apagar.

Santiago se levanta y, como si nada, sigue su camino hacia la cocina; abre el refrigerador y se sirve un vaso de agua. Comienza a beber, cierra el refrigerador y voltea para recibir los reclamos familiares. Octavito, sonriente por lo sucedido, mantiene los ojos pegados a la televisión todo el tiempo.

Octavito (*chasquea la boca y mueve negativamente la cabeza*): Tch tch tch...
Malena: Pues también ustedes, qué esperaban de mi hermano, o sea, se la pasa dándole de cabezazos al balón y eso como que no le ayuda mucho, ¿no?

Pedro, se levanta del sillón y se afana por arreglar la señal de la televisión.

Pedro (*molesto*): ¡No te digo! Un día de éstos de veras vas a reventar el cable y entonces sí, vas a ver la que te espera, ve nomás, casi lo destripas todo. ¡Ay de ti si no se ve la tele, Santiago!
Marta: ¡Ándale ya, Pedro!, arregla la tele y deja de estar perdiendo el tiempo, no ves que ya va a empezar la película.
Pedro: ¡Ya ni me recuerdes!, que hoy no pasan el fútbol. ¿Eso no te molesta, verdad? Pero ya verás cuando las telenovelas también sean pago por evento. Entonces ya no te vas a reír tanto. Y ahora en vez de ver a mis chivitas me voy a chutar, otra vez, tu película ésa, la de "grabé en la penca de un maguey tu nombre...".
Marta (*indignada*): No seas naco, se llama *La*

ley del monte, ¡Ashh! Además, no son gratis... (*llenándosele la boca*) pagamos cable, ¿no?
Malena: Pero si no lo pagamos, mamichi.
Santiago: Sí, cómo no, como treinta pesos del cable que compraron en el mercado. ¡Hasta mi papá preguntó cuál era el mejor para volarse la señal!

Pedro reconecta la señal de la televisión, toda la familia se calla y se escucha la canción La ley del monte; regresa al sillón y le quita el control remoto a Octavito. Durante todo el rato, Santiago ha estado bebiendo agua sin prestar demasiada atención a su familia, sólo mirándolos. Cuando todos se ponen a ver la televisión nuevamente, él se sonríe para sí mismo. Deja sobre la mesa el vaso, toma su balón del piso y se encamina hacia la puerta, al pasar por enfrente de la televisión tiene mucho cuidado de no jalar el cable. En el momento de darle vuelta al picaporte le llaman la atención.

Pedro (*sin despegar los ojos de la televisión y con el control remoto bien agarrado*): ¿Qué? ¿A dónde crees que vas? Te la pasas todo el día en la calle, ya ni ves la tele con nosotros. No vas a ningún lado y te vienes a sentar aquí. Ya no es lo mismo que antes... ya no se puede convivir en familia.
Santiago (*sin soltar la perilla, no los voltea a ver*): Pero papá, si nomás vine a tomarme un vasito de agua, mis amigos me están esperando allá afuera. No voy a regresar tarde...
Marta (*tampoco despega los ojos de la pantalla de televisión y con un trapo estará limpiando la mesita de centro*): Hazle caso a tu papá, Santiago. ¿Por qué eres tan raro? Aprende a tus hermanos, que se están quietos aquí, viendo la tele con nosotros. ¡Ya! ¡Ven a sentarte!

Santiago: Oigan, no es para tanto, sólo fue un momentito que se apagó la tele. Miren, así ya no doy lata y los dejo ver su película, ¿sí?
Pedro (*subiendo el volumen de la tele y alzando la voz*): No vas a salir a ningún lado. No quiero escuchar ni una palabra más.

Santiago se interpone entre la familia y la pantalla de la televisión ante lo que los demás protestan.

Santiago: Pero yo quiero salir a jugar fútbol, además ni me gusta la tele.

Marta se levanta molesta, toma a Santiago de una oreja y lo sienta a un lado de la familia, solo. Ella regresa a su lugar con los demás. La familia ve hacia la pantalla de la tele. Santiago se nota incómodo, se mueve en su asiento, cambia de posición, hace ruidos varios, nadie le hace caso. Finalmente se levanta y camina de aquí para allá. Toma el balón de fútbol y lo empieza a dominar.

Santiago (*hablando para sí*): O me dejan salir o me dejan salir.
Martha: ¿A quién le hablas Santiago?
Santiago: Al duende mamá, ¿a quién quieres que le hable?, si ustedes no me escuchan.
Santiago (*hablando para sí*): O me dejan salir o me dejan salir.
Pedro: ¿Qué dijiste?
Santiago (*dominando el balón*): Nada, papá. Que si ya me dejas salir.

Pedro: ¿Qué? ¿No hablo español o qué? Dije que no.

Tocan el timbre. Pedro suelta el control remoto, se levanta haciendo aspavientos y se dirige a la puerta.

Pedro: ¡Esto es el colmo!
Santiago (*se dirige a la puerta casi corriendo*): ¡Son mis amigos, son mis amigos!

Pedro le gana la puerta y empuña el picaporte. Abre.

Pedro: ¡Santiago no va a salir! Váyanse a sus casas. ¡El domingo es un día para estar con sus familias!

Pedro azota la puerta, al volver se tropieza con el balón de Santiago y trastabilla. Intenta desquitarse con alguien sin encontrar a nadie a la mano. Santiago, se voltea para no reírse en su cara.

Malena: ¿Mmm? Pues ¿cuántas familias tienes, papi?
Marta (*impaciente, viendo hacia la tele*): Buena pregunta mi'ja. Esas formas de hablar de tu papá...
Pedro: ¡Maaarta!
Marta: Sí ya sé (*pausa*). Male, ya te he dicho que no te burles de tu papá enfrente de él.
Pedro: ¡Santiago! ¿Qué haces ahí parado? Tráeme el periódico.

Pedro se sienta en el sillón.

Marta (*inconscientemente limpiando lo que esta a su alcance*): Por ahí me pasas el teleguía, porque ya se va a acabar la película del Chente y no se qué sigue.

Santiago le entrega a su mamá el teleguía y a su papá el periódico. Ambos se enfrascan en sus lecturas. Pedro cabecea inmediatamente. Santiago toma el control remoto y cambia de canal.

Pedro, Marta y **Malena**: ¡No le cambies!

Santiago regresa al canal original, donde se escucha nuevamente La ley del monte.

SEGUNDA ESCENA

Octavito y Santiago están en la sala, solos. Octavito pareciera seguir viendo la tele aunque se encuentra dormido. Santiago se la pasa cambiando el canal de televisión con el control remoto.

Octavito (*ronca fuerte y continuo*): ¡Grrrzzz! ¡Ggrrrrrggszzz!
Santiago: Es el colmo, éste hasta cuando ronca parece seguir viendo la tele.

Santiago apaga el televisor y avienta el control remoto. Se despereza y se levanta del sillón. Deambula un poco y toma un yo-yo del librero, lo tira un par de veces y lo deja por ahí, se tira un pedo y entra al baño. De ahí salen sonidos de flatulencias. Del televisor sale Pantalla. Una vez fuera del aparato se

dedica a reconocer el lugar. Santiago se sorprende al encontrarse con Pantalla.

Pantalla: ¿Porqué me apagaste?
Santiago: ¿Quién eres?
Pantalla: Por favor... ¿me vas a salir con ésas? Sólo porque juegas un rato al fútbol ya no reconoces a los cuates.
Santiago: ¿Cuates? Mis... amigos que están esperándome allá afuera.
Pantalla: ¿Afuera? ¿Qué hay afuera?
Santiago: ¡Híjoles! A ti sí te engañó la gitana.
Pantalla: ¿Gitana? ¿Qué gitana? ¿Además, para qué quieres salir? Nomás vas a ensuciar tu ropa, recuerda que a mamá eso no le agrada.

Se escuchan los ronquidos de Octavito. Santiago guarda silencio.

Pantalla: Ahórrate problemas: hazle caso a tus papás, ve la tele... ¡y ya!

Santiago sigue callado, cada vez más incómodo.

Pantalla: La vida conmigo es fácil.
Santiago: ¿Será? Más bien me parece aburrida.
Pantalla: Eso parece, pero no es así. Entre mis habilidades más refinadas se encuentra la de "somnotizar".
Santiago: ¿Qué cosa? ¿Somnotizar? ¿Qué es eso?
Pantalla: ¡Ajá! Somnotizar, habilidad para hacer que la gente haga lo que yo diga, aun dormida (*voltea a ver a Octavito*), ¿quieres ver?

Santiago (*retador*): ¿Sí? A ver, haz que mueva este dedo.

Santiago estira la mano izquierda y dobla y extiende de varias veces el dedo índice y lo deja quieto.

Pantalla: Fácil.

Estira a su vez la mano derecha, truena los dedos tres veces y mueve el dedo índice, provocando que Octavito dormido la siga.

Pantalla (*imitando al Chavo del 8*): Eso, eso, eso.
Santiago (*recobrando la confianza en sí mismo*): ¡Éjele, éjele! No puedes hacer que muevan este dedo porque es mío.

Santiago mantiene estático su dedo.

Pantalla: Muy chistosito, ¿no?
Santiago: Pues nomás tantito.
Pantalla: ¡No te salgas del camino, niño! ¿Por quién te dejas mal influenciar? (*alza la voz)* ¡Prende la tele! No le busques mangas al chaleco.
Santiago: ¡Yo nada más quiero jugar! Además a mí ni me gusta la tele.
Pantalla: ¿Voy creerlo? ¡Cómo si fuera un libro!
Santiago (*un poco desesperado*): Los prefiero mingocientas veces a esa caja babosa.
Pantalla: Bueno, bueno, será el sereno pero la neta. ¿a quién le gusta leer? ¡A nadie!
Santiago: ¿Y los subtítulos de las películas?

Pantalla: Es pa' darles chance (*con aires de orador*). El número de televidentes o sea, mis fans, supera con mucho a quienes saben escribir, ya no se diga los lectores y son rarísimos los que entienden los libros. Pa' pronto, si no fuera por mí, ya ni existirían y si se ponen tercos, también le quito los subtítulos a las películas y a ver a qué árbol se arriman.

Santiago se desespera, camina hacia el refrigerador y lo abre, contempla su interior. Pantalla sonríe y se regodea al principio, conforme se desarrolla el diálogo, ella irá sacando cosas del refrigerador para comer y dejar la basura por donde va pasando y derramando cosas.

Santiago (*para sí mismo*): ¿Qué quiero?
Octavito (*dormido*): Tele... Zzzz...
Santiago: No, no quiero ver la tele.
Pantalla: Pues los que ven la tele se encuentra *in* y los aguafiestas como tu están *out,* por eso no entiendes nada.
Santiago: De cualquier modo no me dejan salir a tirar mis penales.
Pantalla: Quieres prender la tele...
Octavito: Tele... Zzzz...
Santiago: ¡Dejen de repetir lo mismo, parecen disco rayado!
Pantalla: ¿Disco rayado? De 33 o de 45 revoluciones por minuto. ¡Bah!, eres un mocoso... ni siquiera creo que hayas escuchado alguna vez de ellos.
Santiago: Seguramente es del siglo pasado y pues allí sí, no sé. Por qué no guardas silencio un rato, me estás aturdiendo.

Pantalla: Si yo no sé de qué te quejas, ¿acaso no fuiste tú quien le dio la idea a tu papá de poner el cable?
Santiago: Pues sí, pero fue la última vez que me peló.
Pantalla: Será el sereno pero gracias a ti tenemos tele (*cambia de táctica, trata de consolarlo*). A ver, ¿qué hacían antes?
Octavito: Tele... Zzzz...
Santiago: Antes, ¿jugábamos?, creo. Ya ni me acuerdo, eso era cuando estaba chiquito.
Pantalla: ¡Cálmate! ¡Ni a veintegenario llegas!
Santiago: No, estoy hablando en serio. Antes jugábamos a... ¿cómo se llama ese juego de las palabras...? ¡Claro! "Basta".
Octavito: Tele... Zzzz...
Pantalla: ¡Nada de eso! En estos tiempos apagar la tele está prohibido. ¡Y lo que esta prohibido no se cuestiona! (*dulcifica su tono*) Ándale, Santiaguito prende la tele.

Santiago piensa un poco, pareciera que se acerca a prender la tele y se regresa a encarar a Pantalla.

Santiago: ¡Estará prohibido para ti! ¡Pero yo no la voy a prender! ¿Me escuchaste? Ya no me molestes.
Octavito: Tele... Zzzz...
Santiago (*hablando para si y viendo a Octavito*): No, entre dos no se puede jugar bien.
Pantalla: Yo no te lo recomendaría eso. ¿Qué tal si no quieren jugar? Seguro van a querer prender la tele.

Entran Pedro, Marta y Malena.

Marta: ¿Se fue la luz?
Santiago: No mamá.
Pedro: ¿Y porqué está apagada la tele? Otra vez vas a decir que fue el duende.
Santiago: No, vamos a jugar "Basta".
Malena: Basta de payasadas.
Martha: Male, prende la tele.

Malena busca el control, pero no lo encuentra. Trata de encenderla manualmente pero no prende.

Malena: No prende mami, acuérdate que sólo se puede prender con el control.
Pedro: ¿Y dónde está el control?
Santiago: No sé.
Malena: ¿Cómo que no sabes?
Santiago: ¡Pues no sé!
Marta: ¡Santiago Espinosa, no estés jugando con cosas serias!
Pedro: ¿Dónde está el control? ¡Me lo entregas en este momento!
Santiago: ¿Y yo por qué?
Marta: Esta vez no te vas a librar. Tú no eres el presidente.
Pedro: ¡Buscas el control en este mismo momento y no sales en una semana!
Martha (*observa el tiradero*): No sabes que la basura tiene su lugar, ¿no me puedo ir tantito sin que conviertas la casa en un chiquero?
Santiago: Pero, mamá... yo no fui.
Martha: Ha de haber sido el duende, ¿no? ¡Ya escuchaste a tu papá! Busca el control y ayúdame a limpiar todo esto.
Santiago: ¿Entonces no vamos a jugar "Basta"?

Octavito: Tele... Zzzz...

Pantalla se acerca a Santiago, lo abraza y señala hacia el público.

Pantalla: Es una broma para la cámara escondida.
Santiago: ¿En serio?
Pantalla (*entre carcajadas*): Jajajaja... no es cierto... jajajaja.
Martha (*dirigiéndose a Santiago*): ¿Con quién hablas? Date prisa que ya mero empieza mi novela.
Pantalla: Uno a cero a mi favor, ríndete.
Pedro, Marta y **Malena**: ¡Es en serio! ¡Busca el control!

TERCERA ESCENA

Todos están en la sala.

Pedro (*a Santiago*): Más te vale que encontremos un control igual.
Marta (*con un trapo, limpia la puerta antes de salir*): ¡Ya vámonos!

Marta sale.

Malena: ¿Por qué les escondiste el control?
Santiago: Pero, yo no lo escondí. Ha de haber sido el duende...

Marta regresa para apresurarlos con su bolsa en la mano. Se escucha el claxon del carro del papá.

Santiago (*a Octavito*): ¿Quieres ir con ellos? O mejor nos quedamos a jugar "Basta".

Octavito no emite respuesta.

Marta (*entrando*): ¡Que bárbara Malena!
Malena: ¿Qué?
Marta: ¡Pues muévete mija!
Malena (*se dirige a la puerta*): ¡Ya voy mamá!
Santiago: Me voy a quedar solo.

Suena el teléfono. Malena corre a contestar.

Marta: ¡Malena! ¡Ni creas que te voy a traer nada! Sino te apuras te vamos a dejar. ¡Es en serio!
Malena: ¡Qué bueno que llamas! Justo ayer me acordé de ti. ¿Por qué no me habías llamado? Eres una ingrata... yo acordándome de ti y tú que ni te acuerdas.

Marta se desespera y jala a Octavito.

Marta: ¿Y tu suéter?

Octavito no contesta. Marta deja su bolsa en el sillón, entra a la recámara.
Sale con un suéter y jala a Santiago.

Santiago: ¡Pero este suéter no me queda!

Marta se da cuenta que se lleva al niño equivocado y lo regresa.

Marta: ¡Tú estás castigado! Te pones a limpiar o a ver qué haces no te quiero ver echadote.

Marta se va con el suéter, olvida la bolsa y a Octavito.

Santiago: Voy por unas hojas.
Malena (*pegada al teléfono le habla a Santiago*): ¿Para qué? ¡No te hablo a ti! Es que mi hermano dice que va por unas hojas y mi mamá me lo dejó encargado para que se ponga a limpiar y encuentre el control remoto.

Regresa Santiago con las hojas y unos lápices.

Santiago: Male, Male, ¿quieres jugar conmigo?
Malena: Espérame Santiago, termina de recoger y después hablamos. ¿Ok?

Santiago le cuelga el teléfono.

Malena: ¡O sea, ahora sí te pasaste, Santiago! ¡Has rebasado mi límite!
Santiago: ¿De qué?
Malena: De mi paciencia, ¿de qué va a ser? Yo si te voy a educar, no como mis papás. Además, tú escondiste el control a propósito.
Santiago: De veras que esta vez yo no fui.
Malena: Sí, como no. Pero hay de ti si mi papá no consigue un control.
Santiago: Pues ni modo. Me la pasaré castigado toda la vida y nunca tendré con qué pagarles porque no me dejan salir a jugar fútbol.
Malena: ¡Ja! ¡No te azotes! Gracias a ti tendremos control nuevo. Aunque pudieron llamar

para que lo traigan a casa... que se me hace que van a comprar una tele nueva... ojalá y sea una que le sirvan los botones.
Santiago: Anda, qué te cuesta, vamos a jugar y te enseño lo que tengo aquí.

Malena trata de arrebatarle a Santiago las hojas que tiene en la mano, en el forcejeo salen volando.

Malena: ¡Jaja! Nomás falta que ahorita llegue mi mamá y vea tu reguero. O sea, ni cómo ayudarte, es más ni al duende vas a poder echarle la culpa

Entra Marta acelerada.

Marta (*hacia Octavito*) : ¡Ay! Mira nomás, aquí estás chamaco. Nosotros con el Jesús en la boca y ustedes aquí perdiendo el tiempo.
Malena: ¿Tan rápido?
Marta: ¿Quién tiró éstas hojas? (*nadie contesta*) No, si aquí nadie nunca hace nada. Todo lo hace el duende. ¡Esto lo va a saber tu padre!
Malena: ¡Ay! Mamá lo del duende ya todo el mundo lo sabe, te la pasas llamándole todo el día.
Marta: No te quieras hacer la chistosita... (*viendo a Santiago*) Nomás te dejo un ratito con tu hermano y te pones en un plan...
Malena: ¡Pero si yo...!
Marta: ¡Claro que pero si tú!
Santiago: No mamá, más bien yo...
Marta: ¿Tú? ¿Tú qué, Santiago?
Santiago: A mí fue al que se le cayeron las hojas.

Marta: Ahora si Santiago te pasaste de la raya, no conforme con perder el control haces este reguero de hojas y ni siquiera lo estás recogiendo (*viendo alternadamente a sus hijos*). Pues los dos me las van a pagar. Nomás dejen que llegue su padre.

Entra Pedro.

Pedro (*gritando*): ¡Marta, por qué no me avisas que aquí está Octavito! Pude haber ido a otra tienda a preguntar por el control.
Marta: ¡Ay! Mi amor, regresemos mientras estos niños terminan de alzar este reguero.
Pedro (*a los niños*): No nos tardamos. Más les vale que tengan dinero ahorrado, porque parece que va a salir carita su gracia.

Octavito, como siempre, contempla la tele como si funcionara. Santiago y Malena buscan el control y escombran la casa.

Malena: ¿Tanta es tu necesidad por jugar? ¡Voy a creer! Mira que esconder el control no fue buena idea. Ahora tenemos que limpiar todo.
Santiago: ¿Cómo te explico que yo-no-lo-escondí?
Malena: ¡Ay sí! Ya vas a empezar con tus alucinaciones como mi mamá.
Santiago: Está bien Malena, no vamos a discutir, mejor apurémonos.
Malena: Pues ya qué (*voltea a ver a Octavito*). ¿Quién sabe qué pasará por su mente?
Santiago: ¿Te fijas que casi ni nos habla?
Malena: Pues lleva callado... oye, yo no lo he es-

cuchado en todo el día.
Santiago: Además como que no sabemos muchas cosas de él.

Pantalla sale de su escondite.

Pantalla: Vamos a jugar a hacernos preguntas sobre Octavito y el que sepa más gana.
Malena (*tiene de frente a Octavito*): ¿Quién habló?
Santiago: Yo no escucho nada.
Pantalla: Tengo muchos nombres, pero a mí me gusta que me digan Pantalla.
Octavito (*ríe de manera inesperada*): ¡Jajajajajajaja!
Malena: ¿Escuchaste? ¡Mira! ¡Se está riendo Octavito!
Pantalla: Como si alguien en esta casa conociera la risa de Octavito.
Santiago: ¡No! Espera. ¡Creo que sí se está riendo!

Octavito disminuye la intensidad de su risa y se queda haciéndolo quedo, sin tanto escándalo. Malena y Santiago se acercan a él para ver que sucede.

Santiago: Nomás se ríe.
Malena: Seguro ya se volvió loco.
Pantalla: ¿Crees?
Malena: ¿Y qué hacemos con este risueño? (*refiriéndose a Octavito*).
Santiago: No sé.
Pantalla: Búsquenle una tele.
Malena: ¿Para que siga callado?
Pantalla: No, no, no, para que se ponga a escombrar. ¡Claro tontos!, para que no les dé lata.
Octavito: ¡Te perdieron el control! ¡Jajajajajaja!
Pantalla: ¡Eso no tiene nada de gracioso!
Malena: ¡Ya! ¡Octavito! No seas igual que Santiago.
Santiago: ¡Oye! ¿Qué tendría de malo?
Pantalla: ¡Dinos quién se robó el control!
Octavito: ¿Creen en los duendes?

CUARTA ESCENA

Todos entorno a la tele nueva. Marta limpiando por doquier. Octavito nuevamente callado. Pedro lee el instructivo. Santiago y Malena haciendo la tarea en silencio.

Pedro: Parece que prefieren no tener tele.

Silencio de los niños.

Pedro: Si supieran que hay niños que no tienen tele.
Santiago: Si supieran cuantos niños no tienen padres.
Marta: ¿Qué dijiste?
Malena: Fue el duende mamá.
Marta: ¡Pedro! ¡Dile algo!
Pedro (*sarcástico*): ¡Quiubo duende!
Octavito (*dirigiéndose a Santiago*): Ni nos ve ni nos oye.

Pedro apunta con el control a la tele y no se encien-

de.

Pedro: ¡Otra vez!
Marta: ¿Y ahora qué?
Pedro y **Marta**: ¡Santiago!
Pantalla (*sólo su voz, grandilocuente*): ¿Tienes el valor o te vale?
Santiago: ¿De qué?... ¿Valor de qué?
Marta: ¡De prender la tele!
Santiago: Ya ven, sólo le hacen caso a la tele y ni en cuenta si estamos aquí o no.
Pedro: No empieces con sentimentalismos. Algo le hiciste a la tele nueva.
Santiago: Me temo que tendrán que leer completo el instructivo.
Marta: ¿Qué tal si apelamos a tu buena voluntad para que hagas funcionar la tele?
Santiago: Hoy no puedo. Estoy haciendo mi tarea. Qué les parece si otro día con más calmita.
Pedro: Hagamos un trato.
Santiago: ¿Cuál?
Pedro: Si tú haces que funcione la tele. Te doy chance de que no hagas tu tarea.
Marta: ¡Pedro! ¡Eso no se puede negociar!
Pedro: ¡Marta! ¡Tú no sabes nada de negocios!
Malena: ¿Por qué no mejor lees el manual y ya?
Pedro: No es tan fácil. Ahora hay que programarlas para todo... no, no, no. Mejor échame la mano.
Santiago: Te ayudo pero con una condición.
Marta (*intrigosa*): No Pedro, oblígalo a que prenda la tele. ¡Anda muy maleducado estos días!

Santiago: Si prendo la tele me levantan el castigo y me voy a jugar fut.
Pedro: No mi chavo, por tu culpa tuve que comprar una tele nueva, fue mucho dinero para mí, y muchos domingos para ti.
Santiago: ¡Pero papá! Ibas por un control y regresaste con un televisor.
Pedro: ¡Y conste que no les estoy cobrando intereses!
Malena: ¡Nunca podríamos pagarles!
Marta: ¿No querían estar en familia?

Sale Pantalla de la caja del televisor.

Pedro (*asombrado*): ¡Órale! ¿Usted venía incluida en el paquete?
Marta: ¡No seas tonto! Es un holograma que nos va a explicar cómo funciona la tele.
Santiago: Se llama Pantalla. Y ya venía con la otra tele.
Marta: ¡No seas payaso, Santiago!
Pantalla: ¡Efectivamente! Aunque tengo muchos nombres, aquí me conocen como Pantalla. Y no, no soy un holograma.
Marta: ¡Seguro es una de esas vendedoras que no te dejan en paz!
Pedro: ¡Pues a mí no me gusta la paz!
Marta: Yo creo que mejor la acompañamos a la puerta.
Malena: ¡Sí señorita! Le agradecemos su visita y dígale a su jefe que funciona muy bien la tele.
Pantalla: Eh, si me permiten un minuto. No soy una vendedora.
Malena: ¡Eso dicen todas!

Pedro: ¡Dejen que hable!
Pantalla: ¡Soy su amiga!
Marta: Sí, es una vendedora.
Santiago: Ya ven cómo sí había un duende.
Pantalla: No, me vas a perdonar pero eso sí que no. De ninguna manera podría ser un duende.
Santiago: Sí, cómo no.
Octavito: ¡Basta!
Santiago: Pensé que podíamos estar en familia de manera distinta, no sólo con la televisión. Y ahora hasta se invitó Pantalla y quieren estrenar la tele.
Marta: No es para tanto. Porque si tú estás aquí, y también estamos todos, y ya estamos juntos: Ya estamos "En Familia".
Malena (*con sarcasmo*): ¡Viva la familia!
Santiago (*se levanta enojado*): Qué familia ni qué ocho cuartos, nomás se están burlando, quédense con Pantalla, yo me voy a dormir.
Marta: ¡Ay, no! ¿Y la tele?
Pantalla: Eso es exactamente a lo que se le debe poner atención: basta prender la tele para tener una agradable convivencia familiar.
Pedro: Pues prendes la televisión y te vas.
Pantalla: Ve nomás, ora resulta que hasta él quiere decidir lo que se va a hacer... cuando ni rating tiene.
Octavito: Basta, basta, basta... ¿no era eso lo que jugábamos antes?
Marta: ¡Ay! Sí, pero era cuando no teníamos cable.

Pantalla se asusta al escuchar lo que dicen Malena y Octavito.

Octavito: No es cierto, dejaron de jugar porque les dio coraje que siempre les ganara.
Santiago (*aún de pie*): Así no vale, siempre jugabas con el diccionario abierto.
Marta: Ya dejen de estarse peleando y prendan la tele.
Pantalla: La señora tiene razón, esos juegos son aburridísimos.

Santiago y Octavito ignoran a Pantalla y Marta, se ven uno al otro, retadores.

Santiago y **Octavito**: No, ahora jugamos "Basta".
Marta (*burlona*): ¡Uy sí! Hermanito, hermanito, juntos todos en la mesa con papel y lápiz.
Pedro: Bueno, hagan lo que quieran pero prendan la tele.
Marta: Eso, eso, eso, prendan la tele.
Pantalla: Quien obedece no se equivoca.
Octavito: ¡Ah no! ¡Primero jugamos todos!
Pantalla: Me temo que necesitan un poco de violencia para que se eduquen.
Pedro: ¡Si me levanto no va a ser en balde!
Marta: No, Pedro, recuerda que debes contar hasta diez.
Pantalla: Sí pero después de que los noquees, como en el box.
Pedro: No quiero verme demasiado belicoso.
Santiago: ¿Sólo por que no prendemos la tele?
Pedro: El problema es que no obedecen. Se les dan oportunidades y las tiran a la basura.
Pantalla: No condesciendas, reprímelos desde

ahorita porque si no, el día de mañana ni con tanquetas les vas a quitar sus barricadas.
Santiago: ¡Yo mejor me voy!
Pedro: ¡Santiago! Enciende la televisión y no vas a ningún lado, te quedas aquí con nosotros, de castigo.
Santiago: No puedes obligarme, además no es mi problema si no quieres leer el instructivo.

Pedro, indignado, toma el instructivo y comienza a leerlo, al poco se desespera y lo arrumba. Toma el control y después de ponerle pilas intenta sin éxito encender el aparato, se desespera. Santiago ríe abiertamente, Pedro, enojado, intenta agarrar a Santiago pero en la persecución, el mismo Pedro tira la televisión nueva. Todos se quedan un momento estupefactos.

Pantalla (*gritando*): ¡Noooooo! ¡Mi casa! ¡Esto es un complot!
Santiago (*sarcástico*): Ahora sí. Vamos a ver la tele.
Marta: ¡No tortures así a tu padre! ¡Pobrecito ahora no sabe a quien echarle la culpa!
Malena: A esto si le llamo desintegración familiar.

QUINTA ESCENA

Los niños están sentados en la sala. Pedro está con su baúl a un lado contando su dinero. Marta barriendo donde estaba la televisión. Pedro y Marta van de luto. Pantalla está inconsolable. Santiago observa a los demás un poco aburrido.

Octavito: Ya Pantalla, cálmate. Llorando no conseguirás nada.
Pantalla (*llorando*): Es que sin televisor estoy condenada a la permanencia voluntaria.
Malena: Ya ves, nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido y tú que te quejabas de que la tele era vieja.
Pantalla (*sollozando*): Extraño el calor del cinescopio... si no estoy en la pantalla es como si no existiera.
Octavito: Podemos vender el refri y la lavadora para comprarte una casa nueva.
Malena: Ya papá... quita esa cara.
Pedro: Aún no supero la pérdida.
Marta: Debes ser fuerte cariño.
Santiago (*indiferente*): ¿A mi qué más me da? Pásenle el bote de basura.
Pantalla: ¡No me puedo quedar en la calle! ¡Ni modo que me vean con ustedes!
Octavito: ¡Podemos sacar la tele vieja!
Pantalla: ¿Qué? ¿La tele vieja? Pues, ¿quién crees que soy?
Pedro: Tiene razón. En cuanto tenga dinero te compraré una pantalla gigante.
Marta: No te preocupes cariño, aunque sea una chiquita.
Pedro: En realidad le decía a la señorita Pantalla.
Marta (*celosa*): Pues entonces yo no me refería a la televisión...
Octavito: ¡Podemos sacar la tele vieja!
Santiago: ¿No se dan cuenta que no hace falta? Podríamos jugar.
Pedro, Marta y **Pantalla**: Estamos de luto.

Octavito: ¡No! Yo digo que Pantalla puede vivir en la tele vieja.
Pantalla: ¡Ah! ¡Cómo chilla el niño!
Malena: Pero o sea, si no es tan malo. Si supieras cuantas pantallas no tienen televisor en el mundo.
Pantalla: ¡La verdad es que nunca me quisieron!
Santiago (*sarcástico*): Hasta que se entera de algo.
Pedro: Eso no es cierto, ¡tú sabes lo que significas para mí!
Octavito: ¡Podemos sacar la tele vieja!
Todos: ¡Ya sácala!
Octavito: ¿Qué?
Todos: ¡Pues la tele vieja!

Octavito se mete a su recámara y saca la tele vieja. Pedro la conecta y enciende.

Santiago: Nomás faltaría que se fuera la luz y entonces sí, ni quién soporte a Pantalla.

Se va la luz.

Pantalla: Nada más están jugando con mis sentimientos, mejor no me hagan tener ilusiones.
Pedro: ¿Y ahora qué?
Marta: Se fue la luz.
Malena: ¡Hay mamá! ¡Es sorprendente tu habilidad para darte cuenta de lo obvio!
Pedro: Empiezo a creer que alguien no quiere que veamos la tele.
Octavito: ¡Seguro es el duende!

Santiago: Pero si aquí está Pantalla, ¿cómo va a ser el duende?
Pantalla: Ya te he dicho que no soy un duende. Lo que sucede es que me tienes envidia por que me hacen más caso a mí.
Santiago: Sí, cómo no, sobre todo con la tele rota y sin luz
Octavito: Les digo que es el duende.
Marta: ¡Ni lo invoques!
Pedro: ¡No empieces Marta!
Malena: ¿Qué mamá?
Santiago: ¡No empiecen con sus historias de miedo! ¡Mejor vamos a jugar!
Malena: ¡Ay! ¡Pero yo quiero que me cuente!
Marta: Pero ésa es una historia muy larga.
Octavito: Cuéntanosla mamá.
Marta: Otro día, ahorita no estamos para historias.
Octavito: No podemos hacer otra cosa. Ándale, no te hagas del rogar.
Marta: Pues mira, cuando tenía tu edad, mi mamá decía que había un duende en la casa. El duende a veces hacía travesuras, cambiaba las cosas de lugar y hasta a veces hacía quehaceres que yo no había hecho.
Santiago: Entonces ¿ese duende es esta cosa que salió de la tele? No va a vivir con nosotros, ¿verdad?
Marta: No ése no, era otro.
Octavito: ¿Está en la casa de mi abuelita?
Marta: No, en una ocasión, mi mamá dice que se enojo tanto con él por una travesura que le pregunto a muchas personas cómo sacarlo de la casa. Y le dijeron que lo tenía que invitar a un lugar muy lejano y no avisarle al momento

de regresar. Y así fue, nos fuimos a Acapulco y antes de salir de la casa mi mamá dijo: "¡Nos vamos todos!". Fueron unas vacaciones muy divertidas y cuando nos veníamos mi mamá hizo las maletas mientras nosotros paseábamos. Incluso las encontramos ya en el carro, no hubo tiempo de nada. Después de ese viaje a Acapulco ya no volvió a pasar nada.

Octavito: Cuéntanos más, qué les hacía.

Marta: No, ya; ahora le va a uno de ustedes. Tú, Octavito cuéntanos algo, lo que tu quieras. Aprovechando que ya no estás viendo la tele.

Pantalla: Quiubo quiubo, no que somos del mismo equipo.

Marta: Es que ahora que estoy platicando con Octavito me acordé por qué es mi consentido. Hacía tanto tiempo que no platicaba nada con él.

Octavito: ¡Ya, mamá! Mejor tú cuenta algo, Santiago.

Santiago: Ah sí, yo me sé una. Una vez estaba un perro sabio espiando la plática de unos gatos que afirmaban que del cielo caían ratones.

Octavito: Que tontos, cómo van a caer ratones.

Santiago: Pues lo mismo dijo el perro. ¡Que tontos! Qué no saben que del cielo no caen ratones sino huesos.

Pantalla: ¿Y dices que yo soy aburrida?

Marta, Malena, Pedro y **Octavito**: Jajajajaja.

Malena: Entonces, mi papá diría que caen televisiones, ¿no?

Todos ríen excepto Pantalla. Santiago se levanta y va por una vela.

Santiago: Vamos a prender una vela para jugar "Basta"... en lo que llega la luz.

Pedro: ¡Yo no quiero jugar!

Octavito (*a Malena*): Lo que pasa es que saben que les voy a ganar.

Marta: ¿Oíste Pedro?, dice Octavito que te va a ganar.

Pedro inhala sonoramente y se mesa los cabellos.

Santiago (*como no queriendo*): Nomás basta que ganes uno para que te dejemos en paz.

Marta lleva a Pedro de la mano y lo sienta junto a él en la mesa. Al quedar libre la sala, Pantalla toma el balón de fútbol y se pone a dominarlo para llamar la atención Santiago regresa de la cocina con las velas.

Pantalla (*a Santiago*): Ponte la camiseta. ¿No que querías jugar fútbol? Órale. Ándale, vamos a echar unos penales.

El balón se le escapa. Octavito aprovecha el descuido de todos para agarrar el diccionario y esconderlo junto a él.

Santiago (*repartiendo hojas y lápices*): Tomen, mejor siéntense que ya vamos a empezar.

Pantalla (*fastidiada*): Y dale con los humanos queriendo organizar. Primero me dejan sin casa y luego me quieren poner a mí a jugar "Basta", así ni cuenten con que hable con ustedes

Santiago: Tranquila, no te hagas la importante, ni quién te extrañe.
Octavito: A ver a ver, ya, yo empiezo. Así que: A...
Marta: Basta basta basta.
Octavito: La che.

Todos se ponen a pensar y/o a escribir en sus hojas. Pantalla está inquieta

Malena: ¡Híjoles! ¿Y ahora? O sea, ni cómo ayudarnos. Ya ves mamichi. ¿Por qué lo paras tan rápido?
Marta: No, m'hija; si lo dejo avanzar se pone más complicada la letra.
Malena: Como si la che fuera fácil... a ver un país con che.
Octavito: Basta uno, basta dos, basta tres, basta cuatro...
Santiago (*sorprendido observa a Octavito*): ¡Ehh! Pero... no, no se vale... ¿qué tienes ahí?
Octavito: Nada, nada. A ver, ya, nombre o apellido con che.
Santiago: No. ¿A ver, qué tienes ahí? Me late que es el diccionario.
Pedro: Octavito, ¿tienes ahí el diccionario?
Octavito (*sacando el diccionario*): ¡Ay!, ya, ni que fuera para tanto, además siempre me dejaban jugar con el diccionario.
Santiago: Pero ya tiene tiempo de eso, como que ya estás crecidito, ¿no? No le saques.
Octavito: Si quieren, lo vuelvo a poner en el librero, total, no lo necesito.
Marta (*le quita el libro a Octavito*): Mejor déjalo, seguro al rato lo necesitamos. Es más yo lo guardo.
Malena: ¡Qué acomedida mamá! Si quieres mejor lo guardo yo.
Pedro: Las conozco par de tramposas. ¡Déjenlo aquí en la mesa!
Malena (*manoteando*): ¿Ciudad o país?
Marta: Ésa hasta yo me la sé: Checoslovaquia.
Pedro: Pero ése ya no existe.
Marta: ¿Ya no? ¿Cómo, los países dejan de existir?
Malena: A poco también lo bombardeó Bush.
Santiago: Es que el mundo se va a acabar.
Marta: Ya no me estén cotorreando, ¿qué le pasó a Checoslovaquia?
Santiago: Se extinguió, mamá. Como todo, como el chacmol, los chaperones, el changarro, la charanga... bueno hasta la che, todo se extingue como Checoslovaquia.
Pedro: No no no, ya cambiemos de letra.
Santiago: Ahora yo empiezo, A...

Pausa.

Marta: ¡Basta!
Santiago: Zeta.
Pantalla (*se levanta haciendo aspavientos*): No, eso sí que no, con la zeta no jueguen. Además, recuerden que es ilegal.

Pantalla trata de quitarle su hoja y lápiz a Santiago sin conseguirlo.

Santiago: ¿Por qué con la zeta no? ¿Qué tiene de malo? No es cierto que sea ilegal.
Pantalla: ¿Cómo que qué tiene de malo? Des-

de que se levantaron los zapatistas yo tengo prohibido hablar de cualquier cosa que tenga que ver con la zeta, sobre todo porque no ven televisión... son como de otro planeta. Hasta la che es permitida, pero la zeta... además por algo es la última, como que no debe ser muy importante.

Octavito: ¡Pobres zacatecanos! Con razón nunca los mencionan.

Marta: No seas burro, es que casi todos están del otro lado, como tu tío.

Malena: Pero mi tío no es zacatecano.

Marta: Pero está del otro lado y cuando llama me ha dicho que hay muchos zacatecanos.

Malena: ¿Entonces con la zeta?

Pedro: No, ésa ya no.

Santiago: No será por lo que dijo la chismosa ésta, ¿verdad? Si no le gusta, que se vaya... o la vamos a perder como al duende, aunque sea en una tienda de electrodomésticos.

Pedro: Bueno, empecemos otra vez. ¿A quién le toca?

Malena (*entusiasmada*): A mí, a mí.

Marta: Pues empiézale, que nomás no terminamos ni una.

Octavito: Es cierto, que se me hace que no quieren que les gane.

Santiago: Como si de veras supieras.

Malena: Ok, va: A...

Pausa.

Pedro: Basta.

Octavito (*ligeramente ansioso*): ¿Cuál fue, en cuál te quedaste?

Malena: La A.

Marta: ¿Pero cómo la A, qué no avanzaste?

Malena: Sí pero yo soy muy rápida y ya le di la vuelta. Salió la A.

Todos garabatean con velocidad en sus hojas por unos breves instantes.

Santiago: Basta uno, basta...

Antes de que Santiago diga dos, entra una corriente de aire y apaga las velas. Oscuro total en la casa.

Marta: ¡Pedro! ¡No veo! ¡Pedro! ¡No veo!

Malena: ¡Hay mamá! Fue el viento que apagó las velas...

Marta: ¿Será?

Octavito: ¿Quién dijo basta?

Santiago: Pues yo, ¿quién iba a ser?

Malena: El mismo que apagó las velas: el duende.

Marta: ¡Ni lo invoques!

Santiago: A propósito, ¿qué vamos a hacer con la escandalosa ésa?

Pantalla: Aún no me han dicho cuál va a ser mi recámara. Digo, ni modo que yo me quede en la sala.

Malena: ¡Ni lo sueñes!, en mi cuarto no te vas a quedar.

Octavito: Nosotros somos dos... yo creo que te vamos a llevar de viaje.

Pedro: ¿Para qué?

Santiago (*susurrando*): Para dejarla lejos.

Se dibuja en el rostro de Pantalla una gran sonrisa.

Pantalla: Te aviso que eso no funcionó ni cuando tu mamá estaba chica.

FIN
México, D.F., 18 de diciembre de 2006.

HAIKÚ O EL ARTE DE BAILAR EN UN CENTÍMETRO CUADRADO

ANA INÉS URRUTIA

Itzel, muchacha mexicana, veinte y pocos años, entre emo y nerd
Nayeli, hermana mayor de **Itzel**, veinte y muchos años (fresa), siempre arreglada, maquillada, uñas largas, cabello peinado con secadora
Julio, marido de **Nayeli**, estirado, un tanto prepotente, traje, repeinado con gel
Takeshi Rui, muchacho japonés, 25 años, mezclilla con saco, lentes, ceremonioso, soñador y muy cobarde
Akira, espíritu japonés, parece un niño, pero se comporta como adulto; es la conciencia de **Takeshi Rui**, su piel está pintada de azul
Silueta, humana, pero sin que quede del todo definido si es hombre o mujer, puede ser una silueta de mujer que hable como hombre o una de hombre que hable como mujer
Juez, madrileño, fumador, siempre con lentes oscuros
Policía, propio, elegante, con actitud de policía extranjero
Personajes sin diálogo:
Bebé, un bulto o muñeco llorón
Kenji sensei y sus samurái, serán sombras.

Espacio: La habitación de Takeshi Rui a la izquierda, la de Itzel a la derecha, el espacio virtual, entre los dos.

ESCENA 1

En la habitación de Takeshi Rui, hay una cama japonesa, una mesilla donde hay una computadora prendida, una silla y un armario. Takeshi Rui se revuelca en su futón japonés, la pesadilla lo atormenta, lo cansa. Del armario sale Akira, se estira como un gato, se asoma a la cama, ríe, toma aire y...

Akira (*gritando*): ¡Takeshi san!

Takeshi Rui se sobresalta y se levanta de un brinco muy asustado.

Akira (*cantaleta*): Takeshi san es un cobarde (*ríe*), es un cobarde.
Takeshi Rui (*tenso*): ¡Akira! (*suspira*).

Akira se inclina completamente como acostumbran los japoneses, Takeshi Rui se relaja, pero sólo hasta que...

Akira (*erguido y serio*): Tener miedo en los sueños es tener miedo a vivir... Takeshi san lleva mucho tiempo huyéndole a la vida.
Takeshi Rui (*tenso, nervioso*): No es verdad... sólo pienso antes de actuar. Kenji sensei me enseñó que...
Akira (*interrumpe*): Kenji sensei está esperando. Tu casamiento con Makino chan es importante para las dos familias. Debemos apresurar nuestros pasos.
Takeshi Rui (*tornándose preocupado*): ¿Es hoy? ¿Hoy es lunes?
Akira: Getsuyoubi, Takeshi san, día de la luna,

la fecha acordada para tu compromiso. Makino chan y su padre, Kenji sensei, estarán esperando. Es posible que los encontremos molestos si nos retrasamos.

Takeshi Rui (*angustiado*): ¡No! ¿Es normal que pase tan rápido el tiempo? Yo... (*se lleva las manos a la cabeza*) ¡Es que no puedo hacerlo! ¡No puedo hacerlo Akira! Makino chan me escribió que... ella dijo...

Akira: Pero si Takeshi san no acude a la cita, Makino se casará con Kazua san y...

Takeshi Rui (*interrumpiendo*): ¡Akira! (*piensa sus palabras*) Pide por mí que me disculpen. No iré, de esa manera ella tendrá oportunidad de casarse con quien realmente ama.

Akira (*alarmado*): ¡Takeshi san!

Takeshi Rui: Makino ama a Kazua, si aceptó casarse conmigo es porque Kenji sensei así lo quiso; pero no tengo derecho a romper su ilusión, ella...

Akira: Si Takeshi Rui así lo pide, la reunión quedará cancelada... pero sus razones sólo son trampas de una mente asustada, trampas a su honor...

Akira vuelve a inclinarse, ahora como muestra de despedida y sale.

Takeshi Rui (*nervioso*): ¡No! Es por ella, por Makino... por Makino chan.

Takeshi Rui se deja caer en la silla frente a la computadora y ve junto a ella un papel doblado con caracteres japoneses, lo levanta, lo huele con sentimiento, lo aprieta en su pecho. Inicia balada de j-pop, será la canción cuando Itzel esté en la escena siguiente.

ESCENA 2

Habitación de Itzel. Hay un librero lleno de comics y mangas; un escritorio con una laptop prendida. Itzel escucha j-pop y baila, la música se interrumpe de golpe cuando tocan la puerta. Se pone cabizbaja y muy nerviosa, se frota las manos. Tocan a la puerta de nuevo y aún más nerviosa, se pone de pie, camina de un lado. La puerta se abre. Entra Nayeli y la mira unos segundos.

Nayeli: Es lunes... ¿estás lista?

Itzel niega en silencio, angustiada y se lleva las manos a la cabeza casi llorando.

Nayeli: Tú sabes que es por tu bien Itzel, y lo haremos como dijo el doc, ¿te late?, con calma, paso a pasito, vas a ver que...

Itzel: ¡No! yo no necesito salir a ningún lado.

Nayeli: No puedes quedarte encerrada aquí todo el tiempo, nena. La gente de tu edad sale a divertirse: antros, cine, fiestas. El doctor...

Itzel: ¡¿Qué sabe el doctor sobre lo que es bueno para la gente?! ¡¿Por qué quieren que todos seamos iguales?! No te has puesto a pensar que quizá se pueda tener una vida sin tener que salir y lidiar con... (*muy nerviosa, ensimismada*) la gente, todos esos autos, vendedores, el sol, el aire... perros y animales por todos lados... (*estalla*) ¡Yo no necesito salir! Desde aquí puedo hacer todo, aquí tengo todo lo que

quiero...

Nayeli: ¡Eso es absurdo Itzel! ¡Tienes que superar la fobia! ¡Salir y hacer amigos, conseguir un hombre, casarte, tener hijos! ¡Es una locura que te quedes aquí encerrada leyendo comics!

Itzel: ¿Por qué? ¿En qué carajos te afecta?

Nayeli: O sea ¡Eso es lo que hace la gente normal! (*se señala a sí misma*) ¡La gente sana!

Itzel: Yo no quiero ser una persona normal... y no estoy enferma, es sólo que...

Nayeli: Tienes que hacer una vida...

Itzel: Tengo una que me gusta bastante.

Nayeli: ¿Cómo puedes llamar vida a tu encierro? Estás enferma Itzel, el doctor ya te explicó: agorafobia. Y se te puede quitar si sigues el tratamiento.

Itzel: Déjame en paz... es como si yo te dijera que debes curar tu agorafilia.

Entra Julio con Bebé en brazos, da un beso a Nayeli en la mejilla.

Julio: ¿Nos vamos ya?

Nayeli (*a Julio*): ¡Ay! ¡Ya no sé qué hacer! (*suspira*).

Julio se encoge de hombros y arrulla a Bebé, mientras ellas discuten camina de un lado a otro haciendo expresiones de asombro, risa y desacuerdo.

Itzel: Dejar de preocuparte por mí, sería una gran idea...

Nayeli: ¿Cómo? ¿Entonces tú crees que me gusta estarte correteando? ¡Yo no debería de perder mi tiempo contigo!

Itzel (*burlona*): Pues deja de hacerlo, vete con tus amigas de party y cómprense maquillaje y zapatitos, arrulla a tu bebé, cógete a tu marido y por Dios, déjame en paz a mí. No me interesa salir y codearme con otras personas como tú, créeme que no tienes un solo argumento para convencerme.

Nayeli: Papá y mamá quieren que te cures.

Itzel: ¡Papá y mamá se fueron! Se largaron como adolescentes porque ya no soportaban que hubieras invadido SU casa con TU familia, así que no me digas que ellos...

Nayeli: ¡O sea no! No puedes decir eso, Itzel, de verdad, ellos están preocupados, no seas tonta ¿vale? En el fondo sabes que es absurdo pasar el resto de tu vida encerrada... ¡no inventes! Con todo lo bonito que hay afuera...

Itzel: Es que tú no entiendes, yo no me estoy perdiendo de nada de lo que hay afuera, conozco más ciudades que tú, puedo conseguir un mejor trabajo, podría tener una familia mejor que la tuya... (*mira despectiva a Julio y Bebé*).

Nayeli: ¡No me digas! ¿Y cómo? ¿Otra vez me vas a salir con que tu computadora y no sé qué diablos de internet? ¡Por favor! Eso es de fenómenos Itzel, no es real.

Itzel: Sí lo es.

Nayeli: ¡Diosito dame paciencia!

Itzel: ¡Lo es! Tengo amigos, novios, club de lectura, foros de informática, puedo comprar cosas, lo que yo quiera, oír música de todo el mundo, estudiar sobre cualquier tema, ver películas que nunca pasan en la tele...

Nayeli: Sí, claro, y también vas acabar con artritis, várices y gorda, usando anteojos de fondo de botella por pasar tanto tiempo frente a esa estúpida pantalla.
Itzel: ¿Y eso a ti que te importa?
Nayeli: ¿Quieres que te diga? Nada. No me interesa. Pero eso es lo grave, hermana. Que va a haber un momento en que yo ya no voy a estar dispuesta a aguantar tus rarezas y te vas a quedar sola de verdad. Y entonces, cuando no tengas a alguien que salga a comprar la comida al súper, el jabón para lavar tu ropita, o simplemente aquí al portón a abrirle al que pone el gas para que te bañes con agua caliente ¡vas a tener que salir!
Itzel: No tienes idea de lo que dices... los tiempos están cambiando, la forma de relacionarse con el mundo...

Bebé llora. Julio lo arrulla un tanto incómodo.

Julio: Ahora vengo ¿eh?

Julio sale malhumorado con Bebé.

Nayeli: Voy a hablar con papá y mamá y te vas a ir de aquí. Ya sabrán tú y ellos qué hacer, yo... simplemente no puedo ¡me vuelves loca!

Nayeli se dispone a salir de la habitación.

Itzel: Puedo demostrártelo...

Nayeli se detiene, da la vuelta y mira a su hermana.

Nayeli: Nena...
Itzel: Dame dos meses, déjame mostrarte que existe otra posibilidad de vida...
Nayeli: No entiendo...
Itzel: Sí, mira... primero, olvidaremos lo que dijo el doctor sobre el tratamiento. Yo... voy a... (*toma aire*) te voy a enseñar lo que la tecnología trajo consigo, voy a construirme una vida tan buena o mejor que la tuya... y por supuesto, seré autosuficiente, no necesitarás ni siquiera abrirle al del gas por mí.
Nayeli: ¿En dos meses?
Itzel: Sí, sólo eso necesito... si no cumplo, no sólo me iré con papá y mamá, sino que... (*respira muy profundo*) haré el tratamiento.
Nayeli: Y exactamente... ¿qué es lo que vas a conseguir? O sea, en concreto... porque si no, luego me vas a salir con tus historias, y la verdad...
Itzel: Bien... un marido, un mejor trabajo y a alguien que me ayude con mi fobia.
Nayeli (*sonríe*): Ok, nena, es un trato...
Itzel: Pero si lo logro... me dejarás quedarme a vivir aquí.

Nayeli asiente insegura, se despide y sale de la habitación. Itzel se sienta frente a la computadora.

Itzel: Dos meses... (*teclea*) "Mi proyecto de vida". No, muy simplón... (*piensa*) "El arte de vivir sin salir de casa". ¡Ay no, eso qué! (*piensa un poco más y luego sonríe ampliamente*) "El arte de bailar en un centímetro cuadrado".

Itzel deja la computadora, busca un calendario de papel y se dispone a poner un clavo en la pared para colgarlo.

ESCENA 3

Habitación de Takeshi Rui con tablones en las ventanas y puerta. En su habitación, Takeshi Rui, clava tablones en la puerta, sellándola. Akira lo mira haciendo origami.

Akira: ¡Date prisa Takeshi san, más rápido! ¡Hay que tapar las ventanas, podrían entrar por ellas!
Takeshi Rui: ¡Sí, eso hago, eso intento!

Takeshi Rui deja la puerta, agarra otra tabla de las varias que hay amontonadas a un lado y corre a ponerla en una ventana.

Akira (*cabizbajo*): No debiste faltar a la cita con Makino chan... Kenji sensei parecía la reencarnación del gaki...

Takeshi Rui se recarga abatido en los tablones... Akira le da el origami.

Akira: ¿Has oído del gaki? Igual de hambriento se veía, dispuesto a consumirlo todo con sus llamas furiosas, pareció que su vientre se inflamaba amenazando con reventarse y le crecía la boca, así, hasta las orejas (*le muestra con mímica*). Cuando juró que te mataría estaba tan colorado que podría asegurar, Takeshi Rui, que ni aún después de hacerlo te perdonará... ya sabes cómo son los gaki...

Takeshi Rui se deja caer en flor de loto.

Akira: Seguro vendrá con sus alumnos... he oído que nadie les gana con la katana, que han obtenido el primer lugar en torneos de todo Japón... aunque sería poco honorable que te atacaran entre varios ¿no lo crees? Debería venir Kenji sensei en persona y retarte a un duelo de caballeros, porque...
Takeshi Rui: Akira... ¿esperarás conmigo a que vengan?
Akira: Me gustaría Takeshi san, pero tengo que irme... debes estar sólo para enfrentar las consecuencias de tus decisiones.
Takeshi Rui: Entonces sal de una vez.

Takeshi Rui se incorpora y señala la ventana. Akira se arrepiente de decir más, se inclina como despedida y va a meterse al armario cerrándolo tras de sí. Takeshi Rui corre a abrirlo, pero el armario está vacío. Transición.

Takeshi Rui (*al público*): Las clases en la Universidad Sophia de Tokio son un dolor de cabeza. Voy tan atrasado que ya di por perdida la posibilidad de encontrar trabajo cuando termine. En las empresas siempre quieren gente joven, de 22 o 23 años... ya estoy perdido, tengo 25... acabo de renunciar a Makino, está bien, no estoy en edad de casarme todavía, sería muy irresponsable de mi parte si antes no arreglo mi situación laboral. Sin embargo, no estoy

completamente a gusto con haberlo hecho, la extraño... pero no es que extrañe a Makino, ella es como todas las japonesas: se ríe bonito, camina pequeño, mira muy bajo; lo que extraño es cómo me miraban mis padres cuando les dije que me casaría con ella, estaban muy orgullosos, de acuerdo, siempre consideraron que la hija de Kenji sensei era perfecta para mí. Soy... un desastre; en Japón, del grupo con porcentaje más bajo en lo que se refiere al éxito. Mis calificaciones nunca fueron las mejores, jamás fui bueno en algún deporte; del arte, lo único que una vez me aplaudieron fue mi sencillez al escribir haikús, Kenji sensei me dio una palmada en el hombro y me dijo que no debería dejar de escribirlos. Al haikú, se le conoce como el arte de bailar en un centímetro cuadrado: bailar con la vida, con el sol, valiéndose de la tinta y del espíritu... (*pausa*) Tendré que hacer de este espacio un haikú, vivir aislado y huyendo siempre, como siempre, y para siempre... ¿ser valiente? ¡Ja! ¡Valientes los héroes de los manga! ¡Valientes los honorables samurái del Japón antiguo! Yo no, yo sólo soy Takeshi Rui, la valentía la dejé en otra vida que no me atrevo a recordar...

Takeshi Rui cae de rodillas atormentado. Crecen sombras de samurái sobre la pared del fondo.

Akira (*en off, cantaleta*): Takeshi san es un cobarde, es un cobarde... (*ríe*).

Takeshi Rui mira alrededor asustado, los samurái de Kenji sensei golpean la puerta y las ventanas dispuestos a derribarlas. Él corre de un lado a otro muy nervioso, pero no hay por donde escapar... pronto, caen las tablas y entran dos samurái flanqueando a Kenji sensei, rodean a Takeshi Rui y éste aterrorizado, se tira al piso y se encoge lo más que puede...

ESCENA 4

En el espacio virtual: una carretera rodeada de árboles que dan @ (arrobas) y signos de dinero, arbustos de números, flores que parecen secuencias de ceros y unos. Tríos de doble ve (w) aquí y allá. Itzel navega por la internet a paso pausado, canturrea, mira alrededor curiosa. Un arbusto se mueve y sale Silueta de entre las hojas. Casi no la mira, como si no pudiera...

Silueta: El secreto de los trabajos en línea está en ser muy perseverante, ¿usted cuántas horas navega al día? Menos de dos horas, entre dos y seis horas, más de seis horas.
Itzel: Jamás apago la computadora.
Silueta: ¿Cuáles son sus intereses? ¿Tiene experiencia en plataformas de video?
Itzel: Sí, tengo algunos canales en los sitios más populares como...
Silueta (*interrumpe*): ¿Es usted mayor de edad?
Itzel: Hace varios años...
Silueta: ¿Cuenta con web cam, servidor ftp y conexión de alta velocidad?
Itzel: Sí, disculpe... aún no me ha dicho de qué se trata el trabajo...
Silueta: ¿Con qué compañía tiene contratada

su internet?

Itzel: Perdón, le hice una pregunta...

Silueta: ¿Ha terminado de responder? Teclee a continuación la clave que aparece en el recuadro rosa, en breve nos comunicaremos con usted. Gracias por visitarnos y no olvide desactivar sus pup-ups antes de dar click en enviar.

Silueta se aleja. Itzel se encoge de hombros, camina un poco más, coge una arroba del árbol más cercano y la mira suspirando.

Itzel (*al público*): Tiene razón mi hermana en eso de que con la internet nunca se sabe quién está del otro lado, pero... ¡pues que sea lo que sea! Sólo se trata de conseguir un trabajo, un ingreso... y si puedo hacerlo sin tener que salir a la calle, ¡qué mejor!... cuando busque pareja... ¡ahí deberé ser más cautelosa! Aunque... al fin de cuentas, una relación virtual no es muy diferente a una en persona, cuando apenas conoces a alguien tampoco sabes, en realidad, quién es el que está del otro lado... y luego, cuando te decides a compartir casa, hijos y tiempo con ese otro, tu obstinado deseo de vivir con tu soñado amor se convierte en una pesadilla llena de pequeños detalles. Mi hermana no puede negarlo... la oí decir un millón de veces "quiero vivir con él", "hacer una familia", "construir un nidito de amor entre los dos" y ahora... estoy segura que no lo soporta, que no se soportan. Él tampoco parece muy contento de tener que llegar después del trabajo y oír sus historias de joven madre, de ama de casa, de mujer que perdió su vida por la ilusión de tener una. No, yo voy a evitar que eso me pase. Sí conseguiré un hombre, porque siempre es bonito saber que cuentas con alguien, aunque esté lejos, pero mi relación con él, se los digo a ustedes que visitan fielmente mi blog cada semana, nunca saldrá de la red y nunca, podría apostar por ello, se convertirá en un fastidio.

Silueta se acerca a Itzel.

Silueta: Señorita florecita rockera 69: hemos quedado interesados en su currículum, por favor, envíenos un video de muestra. Si corresponde con las políticas y visión de la empresa, le pagaremos por cada video que nos facilite 500 dólares americanos depositados en su cuenta de paypal. Bienvenida y será un gusto tenerla en nuestro equipo, en esta carpeta está toda la información y requerimientos técnicos que deben tener sus contribuciones.

Silueta estrecha la mano de Itzel y se aleja. Itzel abraza la carpeta fuerte y se sienta a revisarla.

Itzel: ¡Vaya! Este trabajito sí que está intenso (*ríe*). Aunque para mi... ¿tendría que ser un problema? Nadie sospecha... nadie me teme, el único sentimiento que despierto en toda mi familia, es una profunda lástima... (*ríe*) podría... ¡no! ¿Harás eso Itzel? ¿Eres tan diferente a lo que creen en tu casa? *(queda pensativa unos segundos y luego se levanta entusiasmada*) ¡Si tan sólo Nayeli se diera cuenta que no

es necesario salir a la calle para divertirse en grande! ¡Pero qué digo! ¡Mejor que nunca lo sepa!

Itzel se dispone a salir, pero se detiene antes de hacerlo, Silueta la espía.

Silueta: ¿Si será mayor de edad? (*se encoje de hombros y suspira*) ¡Benditas sean las argucias legales en letras chiquititas! ¡Y los nicknames! ¡Realmente adoro la anonimidad y las oficinas virtuales! Y no soy malo, todo mundo gana... ella se lleva un dinerito extra y yo... (*ríe*) un dinerote...

Itzel regresa con Silueta, parece confundida.

Itzel: Sólo una pregunta (*sin mirar*). ¿Requieren algún tipo de permisos por parte de los actores del video?
Silueta: No, en lo absoluto señorita, queda bajo su total responsabilidad...

ESCENA 5

Habitación de Takeshi Rui, él está recostado en su futón japonés con sólo una sábana blanca encima, duerme. Akira se asoma desde el armario con una vela en las manos y se acerca sigiloso.

Akira: "Una mala acción hecha en un día de buen auspicio infaliblemente traerá consigo malos presagios. Y una obra buena realizada en un día de malos agüeros acarreará resultados favorables"... ¿Sabes quién dijo eso, Takeshi san? El monje Kenko Yoshida... ¿te acuerdas cuando lo leíste en el instituto? Hinata sensei quería que no lo olvidaras nunca...

Takeshi Rui se mueve un poco en la cama dudando si ya ha despertado. La luz de la vela lo inquieta un poco.

Takeshi Rui: ¿Akira?
Akira: ¡Takeshi san! ¿Estás mejor?

Akira, acerca la vela al rostro de Takeshi Rui, entusiasmado de verlo por fin abrir los ojos.

Takeshi Rui: Soñé con una mujer... tenía unos tobillos hermosos.
Akira: ¡Eres un desastre, Takeshi Rui! ¿Cómo puedes pensar en mujeres ahora? Si Kenji sensei te oyera volvería a darte de patadas.

Takeshi Rui se quita la sábana de encima y se incorpora para quedar sentado, está todo vendado, con una pierna enyesada, se le notan los golpes que Kenji sensei y sus samurái le dieron la noche anterior.

Akira: Yo en tu lugar iría ahora mismo a tirarme a las vías del tren. ¿No te avergüenzas de todo lo que ha pasado?
Takeshi Rui: Me reivindicaré pronto, Akira chan; verás que no todo ha ido en detrimento...
Akira: No conoces el honor, Takeshi.
Takeshi Rui: Soy como el bambú, ¿sabes a qué me refiero? El bambú japonés... aquel que quiere bambú, va y consigue la semilla, luego

la siembra, la abona, se ocupa de regarla cada tres días. Y deberá ser paciente, porque durante los primeros siete años, no pasará nada; un campesino inexperto creería que compró semillas infértiles, semillas malas. Sin embargo, cumplido el séptimo año, en un periodo de únicamente seis semanas, el bambú crecerá más de treinta metros. Dime Akira chan, ¿el bambú tarda sólo seis semanas en crecer? No. Siete años y seis semanas, con todos sus días, es el tiempo que el bambú ocupa en generar su complejo sistema de raíces, y entonces, sólo entonces, se lanza en vertical hasta alcanzar los cielos.

Akira: No eres un bambú, eres un cobarde.

Takeshi Rui: Nadie debe desesperar, estoy a punto de asomar mi cabeza desde la tierra. ¡Ay! ¡ay! Ya lo verás...

Akira (*sarcástico*): ¡Sí! ¡Ya lo veo! (*ríe*) No hay cura para ti... ni siquiera te atreves a aceptar que tienes tanto miedo como problemas.

Takeshi Rui: Akira, el sueño que tuve me drenó el miedo...

Akira: O la razón, Takeshi san. De haberse ido el miedo de tu cuerpo y mente, ya habrías tomado la decisión de la que tanto huyes.

Takeshi Rui: Hay otras salidas Akira, caminos cubiertos con la flor del cerezo (*ensoñado*), con la dulce Sakura de pétalos de nieve...

Akira (*ensoñado*): Sakura es hermosa y hace a cualquiera perderse en los profundos suspiros que despierta (*tajante*), pero es efímera, inaprehensible, dueña sólo de sí y a ojos de los fanáticos, muy traicionera.

Takeshi Rui: Es sólo la flor del cerezo, Akira... no la puedes cargar de interpretaciones. Sakura es... ella...

Akira: ¿Te atreverás a desprenderla de la rama, Takeshi?

Takeshi Rui: Le pediré permiso...

Akira: ¿Te atreverás a atesorarla aunque eso le cueste la belleza?

Takeshi Rui: Yo...

Akira: ¿Te atreverás a desbaratarla con tu cobarde beso? ¿A avergonzarla de esa manera? Takeshi san, ¿te atreverás a apropiarte de ese puro espíritu ancestral cuando no eres capaz de manejar el tuyo?

Takeshi Rui (*casi llorando*): ¡Sí!¡Lo haré! ¡Todavía puedo rehacer mi vida! Tener una que valga la pena...

ESCENA 6

Habitación de Itzel, ella despierta exaltada después de una pesadilla y avienta las cobijas. Mira alrededor, ¿dónde está?, ¿quién es el que la mira tan fijo desde los pies de la cama? Itzel grita.

Julio: Buenos días...

Itzel: ¡Julio! ¿Qué haces aquí?

Julio se sienta en la silla del escritorio.

Julio: Es raro, ¿verdad? Bueno es que Nayeli salió con unas amigas y... quería aprovechar...

Itzel: ¿Aprovechar? No recuerdo haberte visto interesado en algo que tenga que ver conmigo antes.

Julio (*ríe*): Porque nunca ha sido así (*ríe de nuevo*), pero... el otro día que discutías con tu hermana, lograste llamar mi atención... chiquita.
Itzel: ¿Eso qué significa...?
Julio: Esa pasión con la que hablaste de lo que te crees capaz de lograr sin salir de este cuarto... en mi profesión, tú sabes, valoramos mucho ese tipo de actitud, es la del éxito. Así que te traje algunas cosas... las compró la empresa, pero nadie supo cómo usarlas, supongo que tú tendrás más idea que los niños tontos de informática que trabajan para mi jefe.
Itzel: ¿Por qué te interesa?
Julio: Es muy simple... si tú logras tu cometido y tenemos que mantenerte para siempre... bueno, ya lo hablé con tu hermana, yo me largo de aquí. Que te vayas, fue mi condición para seguir con ella, no es la razón real, pero resulta muy conveniente.
Itzel: ¿Qué? ¿La dejarás? ¿Y el bebé?
Julio: Velo de esta manera... a ti también te beneficia mi decisión. Si yo me quedo aun contigo aquí, Nayeli volverá a intentar mandarte con tus papás, ella... lo que quiere, es que te vayas y dejes tu habitación para cuando Bebé crezca. Ya sabes, tiene la idea de "la familia perfecta y rosa" en la cual, por supuesto, sobras... pero yo estoy en otra cosa ¿sabes? No me interesa seguir jugando a la casita...
Itzel: ¿Tienes otra familia? ¿Una amante?
Julio (*ríe*): Imagínate lo que quieras, siempre será más escandaloso lo que imagines que la realidad y eso me conviene; cuanto más pronto ella me pida el divorcio, más rápido puedo dedicarme a mis asuntos.

Itzel: Eres como los tipos de las telenovelas...
Julio: No, porque en las telenovelas nunca ganan los tipos como yo.
Itzel: ¿Y qué vas a hacer para ganar? ¿Por qué estás tan seguro de que no le diré todo a mi hermana en cuanto llegue?
Julio: Porque estamos hablando de tus intereses, de que si no ganas, papá, mamá y Nayeli, mandarán a Itzel, es decir tú, a una clínica para que le quiten su terrible agorafobia. Eso significa que vas a tener que salir a la calle, tener amigos, citas con los hijos de las amigas de tu madre, una boda como la que tuve yo con tu hermana... y peor, que cuando nazca tu propio bebé no te librarás, al menos por tres años, de las reuniones y las fiestas en honor a ello.

Itzel se escalofría como si Julio le narrara un cuento de terror.

Julio: Suena a una vida normal ¿no? Y las vidas normales no tienen tantas comodidades como las tienes tú, al contrario, son bastante complicadas. Sabes que no estoy exagerando...
Itzel: No sé que tienes en esa caja, pero no creo que me sirva, ya tengo todo para lograr mi objetivo.
Julio: ¿Me estás rechazando?
Itzel: No... pero lo que necesito de ti no tiene que ver con la informática. En otro tiempo jamás me hubiera atrevido a pedírtelo por miedo a lastimar a mi hermana, después de todo, a pesar de mucho, la quiero... pero tomando

en cuenta que las cosas no están bien entre ustedes, y que tú, por lo que parece, no tienes un gramo de vergüenza, podría...
Julio: ¿Qué es lo que quieres?
Itzel: Hay algo en mi lista de deseos que no voy a poder obtener por internet. Quizá consiga algo que se le parezca, pero la distancia física no dejará de ser un impedimento para, ciertas cosas...
Julio: ¿Tengo que adivinar?
Itzel: O podemos empezar y listo, sólo hay que ponerle seguro a la puerta y apagar la luz.
Julio: ¿La luz? O sea... (*ríe nervioso aunque presumido*) ¿quieres que yo...?

Itzel se transforma en una leona seductora, va danzando hasta la puerta, la cierra cuidadosamente, y luego se acerca a Julio, lo toma de la mano, lo jala hacia la cama. Él se deja llevar con ese su gesto ¡tan presumido!

Itzel: O si quieres nomás quédate quieto...
Julio: No te he dicho que sí, nena.
Itzel: Tampoco me has dicho que no, gatito.
Julio: Así me dice tu hermana...
Itzel: Lo sé, por eso lo hice.
Julio: ¿Y cómo lo sabes? Sólo lo dice en la cama.
Itzel: Tienes que adivinar (*ríe*). Te puedo dar una pista, si quieres...

Sin pena alguna hace a Julio recostarse y lo empieza a acariciar delicadamente.

Julio: Ella te lo contó...

Itzel: No, ella no habla conmigo de esas cosas.
Julio: ¿Entonces?
Itzel: Ves ese parpadeo rojo allá

Señala el librero.

Itzel: Es una cámara de video...

Y luego lo sigue acariciando, le desabotona la camisa...

Julio: ¿Qué? ¿Vas a grabarnos?
Itzel: ¿No has visto ese punto rojo en tu habitación? Los visitantes de mi blog lo aprecian mucho.

A Julio se le borra la sonrisa y se quita a Itzel de encima muy alterado, se levanta de la cama, se aleja y se cierra la camisa con la mano en un asalto de pudor.

Julio: ¡¿Los qué de tu qué?!
Itzel: Transmisión en vivo cuñado... y me pagan por eso (*ríe*). Yo tampoco soy lo que pensabas (*ríe de nuevo*). Ahora tú también tienes un secreto que guardarme.
Julio: ¡Estás loca! ¡Voy a demandarte!
Itzel: Como quieras, pero si me demandas... mira, sé que eres poco imaginativo, pero haz un intento, sólo piensa lo que tendrás que decirle a tu abogado (*agravando la voz y sobreactuando*): "Hola señor abogado, es que una escuincla transmitió en vivo por internet, a más de 30 países, mis relaciones sexuales con mi esposa" (*volviendo a su voz*), y enton-

ces él te dirá (*actuando otra vez la voz*): "Oh amigo, eso es terrible, debo ver las pruebas ahora mismo ¿tiene usted el video?" (*volviendo a su voz*), y así, tendrás que mostrarle a tu abogado, al juez, quizá hasta se metan los medios de comunicación... todos verán cómo lo hacen y probablemente los juzgarán, cada movimiento... en mi blog han puesto comentarios muy fuertes, una vez un amigo gay escribió que eras más malo que un tronco. Suena a un futuro posible ¿no? Creo que tampoco estoy exagerando.

Julio: ¡Quiero que quites esa cámara de mi habitación!

Itzel: Sí, pero antes... ¿qué dices?, ¿me harías ese favor?

Julio: ¡Voy a matarte!

Julio se dispone a cumplir su amenaza y se va directo sobre ella, pero en ese momento, tocan a la puerta. Desesperado trata de abotonarse la camisa pero no atina botón con ojal. Itzel corre a abrir sin darle tiempo de lograrlo... entra Nayeli y se queda viendo a Julio con los ojos muy abiertos.

Itzel: ¡Hermana! (*la abraza muy fuerte*) Que bueno que viniste, tu marido anda muy raro...

Nayeli: ¿Qué está pasando aquí?

Nayeli estupefacta ve la caja con los cables en el piso y luego a Julio y a Itzel.

Nayeli (*a Julio*): ¿Mi amor? ¿Y esa caja?

Itzel: Nada hermana, Julio me ayudó a bajar la del librero. Ven te quiero contar un chiste buenísimo.

La jala hacia fuera de la habitación y sale con ella. Julio no puede estar más enojado, se abotona la camisa maldiciendo y patea la caja haciendo saltar los cables.

Julio: ¡Putísima madre!

Sale.

ESCENA 7

Habitación de Takeshi Rui, él entra caminando apoyándose de un par de muletas. Akira le ayuda tomándolo del brazo.

Takeshi Rui: ¿Qué? ¿Relación virtual?

Akira: Sí Takeshi san, yo creo que eso será lo único que podrá ayudarte. Si quieres conocer una mujer, sólo puede ser de esa manera. Intenté convencer a Mariko y a Yoko, ah y también a Minami, y a Akane, pero ninguna quiso venir a verte o quedar contigo Takeshi Rui. Ellas dicen que eres terrible, que cualquier japonesa estaría loca de hacerte caso.

Takeshi Rui: Pero una relación virtual...

Akira: Sí, así podrías quedar con una extranjera, una que no sepa cómo eres y sobre todo, que no tenga un padre como Kenji sensei.

Takeshi Rui: ¿Una extranjera? No creo que sea para tanto Akira chan, hay muchas mujeres en Japón que no me conocen y que...

Akira (*sorprendido*): ¿Entonces no lo sabes?
Takeshi Rui: ¿Qué es lo que debo saber Akira?
Akira: Makino chan... ella le contó a una amiga sobre ti, le dijo lo muy agradecida que estaba, de que no hubieras insistido en casarte con ella, porque de seguro hubiera sido terrible, por lo que sabe de ti.
Takeshi Rui: ¿Makino?
Akira: Esa amiga le contó a otra, que a su vez lo contó en el club de los sábados, y de ahí pasó a los foros en internet de las universidades, y de las empresas, hasta dicen que llegó a oídos del gobierno...
Takeshi Rui: ¡¿Del gobierno?!
Akira: Tú única solución será en otros países Takeshi san, eso es lo que dice la de la tienda de dangos.
Takeshi Rui: ¡¡¿La de la tienda de dangos?!!
Akira: Hasta Hinata sensei lo comenta, dice que eres el cobarde más cobarde de Japón, que será mejor que ninguna venga a verte porque puede ser que las contagies.
Takeshi Rui: ¡¡¡¿Contagiarlas?!!!

A Akira se le escapa una risa que delata que no es cierto todo lo que ha dicho.

Takeshi Rui: ¡Akiraaaaaaa!

Takeshi Rui trata de alcanzarlo, pero Akira se escabulle detrás de la cama y cuando Takeshi Rui la mueve, con trabajos debido a las muletas, Akira no está ahí... Takeshi Rui rendido, camina hacia la computadora y se queda viendo de pie la pantalla.

Takeshi Rui: Relación virtual... quizá no sea tan mala idea después de todo...

Takeshi Rui Avienta las muletas, se sienta sobre la mesilla y teclea concentrado, después da algunos clicks queda pensativo.

Takeshi Rui: ¿Y extranjera? Eso podría ser interesante... ¿en qué país las mujeres se parecen a las japonesas?, ¿serán muy distintas las mujeres en un país y en otro?

Empieza a sonar una alarma sísmica que se continúa, tiembla, la luz se enciende y se apaga repetidas veces. Takeshi Rui se apura a recuperar las muletas y sale lo más rápido que puede. Mientras tanto en la habitación de Itzel, ella carga a Bebé arrullándolo cada vez más brusca.

Nayeli: ¡Aquí! ¿Quieres que te diga dónde? Aquí estabas paradote con la camisa abierta! ¿Crees que no te vi?
Julio: ¡¿Y eso qué tiene que ver con ese imbécil?!
Nayeli: ¡Ahí estabas con tu cara de estúpido!
Julio: ¡Mientras tú te revolcabas con ese pinche naco!
Nayeli: ¡Ves! ¡Lo aceptas! Eres un cabrón... o sea... ¿con mi hermana?
Julio: ¡Tu puta hermana fue la que me pidió que viniera!

Julio sale.

Nayeli: ¡Hijo de la chingada! Te voy a...

Nayeli sale tras Julio. Itzel desesperada deja a Bebé en la cama, lo arropa con prisa y luego corre al espacio virtual. Ahí se queda viendo las arrobas llena de tristes suspiros. Takeshi Rui, aún vendado, y Akira entran platicando por un extremo sin hacer caso alguno alrededor.

Akira: ¡¿6.8 grados Richter y 109 heridos?! No se sintió tan fuerte, al menos no mucho más que el de la semana pasada, o el de la anterior.
Takeshi Rui: México también es zona sísmica, ¿sabías eso Akira? No es tan frecuente, pero ha habido grandes terremotos.
Akira: ¿En México? ¡A quién le interesa!

Akira sigue de largo y sale...

Takeshi Rui (*al público*): Hoy me decidí a iniciar mi búsqueda e involucrarme con una mexicana. Los kanjis que utilizamos para escribir México podrían traducirse literalmente como "De occidente, el país de la tinta". Al descubrirlo, me sentí enamorado de aquella frase, como si tuviera un eco que abrazaba mis haikús. Pensé que si iba a elegir a una mujer de occidente, tenía que ser de ese país... así investigué dónde estaba exactamente, cómo era su bandera, qué idioma hablaban... debo pedirles una disculpa, pero no sabía esas cosas tan sencillas, he vivido tan inmerso en mi pequeño mundo... en Japón siempre ha habido un hermetismo profundo, estuvimos tanto tiempo aislados del resto que aún hoy resulta complicado imaginarse que hay algo más allá de nuestras islas. Sí, lo estudiamos en las escuelas, sí, es importante por los tratados económicos, pero yo... bueno, yo soy Takeshi Rui y a veces me parece que nací hace apenas unas horas. Encontré un sitio para buscar pareja y ahí el anuncio de Itzel...

Takeshi voltea a ver a Itzel. Itzel mira fijamente las arrobas de los árboles.

Takeshi Rui: Dice que le gusta Japón...

Itzel corta una arroba y la huele.

Takeshi Rui: La música moderna...

Itzel está triste, como hace mucho no lo estaba...

Takeshi Rui: El manga y el ánime...

Itzel deja cae la arroba y queda mirándola.

Takeshi Rui (*al público*): Tuve un presentimiento cuando leí el anuncio, un escalofrío eléctrico, como si estuviera frente a... una grulla... cantando amor... ¡en pleno vuelo!

Pero en contraste con ese vuelo que imagina Takeshi Rui, Itzel se desploma abatida junto a la arroba.

Takeshi Rui: Así, me decidí a escribirle una primera carta, espero que mi español no haya sido malo...

Itzel primero sorprendida y conforme Takeshi Rui le habla al oído, dejando la tristeza y cambiando a un ánimo muy alegre.

Takeshi Rui: Señorita Itzel, me gustaría ser amigos. Me llamó la atención que busque una relación virtual, yo busco lo mismo. Me gusta México. Quiero conocer. ¿Es bonito? Yo escribo un libro de haikús. ¿Le gusta? Quisiera mostrárselo a usted. ¿Tiene algún programa de mensajes instantáneos? Le dejo mi cuenta del que yo uso, platiquemos ahí, yo estaré conectado a las once noche de su país. Hasta pronto, Takeshi Rui (*hace una reverencia y sale*).

Itzel suspira profundamente, se levanta, grita emocionada y da saltos nerviosos por todo el espacio.

Itzel: ¡Es perfecto! ¿No lo es? ¡Un poeta japonés!... ¿y ahora? (*deja de saltar, se pone seria y pensativa, camina de un lado a otro*) ¡Ahora me toca contestar! Y debo ser inteligente... yo sé mucho de Japón, no tiene que ser difícil, sólo tengo que... sí, repasar mis notas ¡ser una geisha! (*ríe de nerviosa*), una chica reservada, elegante, maternal, inteligente...

ESCENA 8

Espacio virtual con corazones acompañando a las arrobas. Entra Mail me de Momoi (j-pop) y con ello, Itzel y Takeshi uno de cada lado del escenario. Se acercan uno al otro. Itzel corre a abrazarlo, pero tiene que detenerse porque Takeshi Rui se ha inclinado ante ella (al estilo japonés). Luego ambos sonríen, Takeshi Rui hace como si la abrazara abrazándose a sí mismo, ella se abraza también y luego se pone seductora, le manda un besito sexy, él pone cara de asombro, ella le enseña la lengua, él se muerde los labios sonrojado, ella se acerca a él y para la boca como si fuera a besarlo, pero guardando alguna distancia, él muy nervioso hace lo mismo, le sudan las manos. De pronto a Takeshi Rui se le ocurre una idea, corre a un arbusto corta una arroba y se la da a Itzel muy galante, ella la acepta sonriente, tierna. Takeshi Rui la acaricia a la distancia, ella le responde coqueta.

Nayeli (*desde afuera*): ¡Itzel! ¿Estás aquí?

Música y luz de los tres espacios bajan como cuando hay un apagón, sólo quedan alumbrados Takeshi e Itzel.

Takeshi Rui: ¿Volveré a verte?
Itzel: Mañana mismo, mi apuesto samurái...

Takeshi sale muy contento hacia su habitación, Itzel corre a la suya. Música baja y desaparece. Nayeli en la habitación de Itzel, la recibe hecha un mar de lágrimas, con Bebé en brazos.

Nayeli: Se fue... (*llora exageradamente*), no hice bien las cosas, tenías razón, nena...
Itzel: ¿Yo?
Nayeli: Sí, dijiste que existían otras formas de vivir, yo debí ser más, ¡ay! no sé, ¡me choca!... ¿qué voy a hacer? (*abraza fuerte a Bebé*), ¿qué

voy a hacer Bebé?, ¿qué vamos hacer con tu papá?
Itzel: Hermana, yo...

Itzel apenas se atreve a ponerle una mano en el hombro. Nayeli evita mirarla, de pronto, ve su reloj, le entra la prisa y como que "se le olvida" que lloraba. Deja a Bebé en algún lugar.

Nayeli: ¡Nada! (*deja de llorar, se seca las lágrimas*) No importa, es un imbécil, no sabe de lo que se pierde (*acuesta a Bebé en la cama y luego habla decidida*), va a ver el cabrón quiénes somos, que no necesitamos de él, ¿verdad hermana? Podemos hacer una buena vida, solas, tú y yo, cuidaremos de Bebé y ese... intento de hombre, no, qué digo ¡todos los malditos hombres!
Itzel: ¿Todos?
Nayeli: Sí, todos los hombres al infierno.
Itzel: Nayeli, pero...

Nayeli saca de su bolsa maquillaje y se retoca los labios, un poco de polvo por aquí, un poco por acá.

Nayeli: Ya no te preocupes por nuestro trato, nena. Sé que fui muy tonta, no necesitas conseguirte ningún novio, ni nada, ¡qué bobadas las mías! Yo me encargaré de ti, de estar contigo, y tú, me ayudarás a cuidar de Bebé. Quería que supieras que... bueno, ya lo sabes, pero voy a decírtelo igual... yo te quiero mucho eh, y te pido disculpas por gritarte, y así... vas a ver que todo va a cambiar ahora, vamos a ser muy felices los tres, sin hombres.

Itzel: Pero...
Nayeli: Nada, nena, nada, yo sé todo lo que dije, pero de verdad, estaba muy mal, ahora entiendo que no necesitamos de ellos, ¡que se vayan al diablo, todos!

Nayeli levanta una mano buscando chocarla con la de Itzel, Itzel le responde sin mucha emoción. Nayeli sonriente carga a Bebé, le hace fiestas y se lo da a Itzel para que lo cargue. Luego toma su bolsa y se dirige a la puerta de la habitación.

Nayeli: Va a ser perfecto, de verdad. Vuelvo en un ratito, ¿Ok? voy a tomar un café con Mariana y luego paso al súper.

Sale, Itzel mira al Bebé estupefacta, que empieza a llorar de nuevo. Regresa Nayeli.

Nayeli: Ah, se me olvidaba, el biberón a las diez, ¿vale? Checa la temperatura en tu mano. ¡Bye!

Sale. Itzel trata de calmar a Bebé que llora más fuerte.

Itzel: ¿Qué voy a hacer contigo monstruito triste? ¡Ay! ¡Deja de llorar! (*lo arrulla un tanto brusca*) No, yo no quiero, ya no quiero...

Itzel sale.

ESCENA 9

Takeshi Rui en su habitación, no puede estar más contento, frente a un espejo se arregla el cuello de la camisa. La puerta del armario se abre y sale Akira, trae papel en las manos para hacer origami, está preocupado, mira a Takeshi Rui con desconfianza, suspira, se sienta en la mesilla y empieza a doblar el papel.

Akira: Te estás apresurando demasiado Takeshi san, esa mexicana podría ser la misma Kuchisakeonna.

Takeshi voltea a verlo un tanto incrédulo.

Akira: He oído que también se aparece en los parques virtuales, ya sabes, con su máscara que le tapa la boca, ¿estás seguro que no era ella?

Takeshi Rui ríe.

Akira: No debiste hacerle caso, Takeshi san, a Kuchisakeonna hay que ignorarla para no condenarte a su fealdad. Tú conoces lo que se dice de ese tipo de fantasmas...
Takeshi Rui: Itzel no es Kuchisakeonna, Akira chan; te gustará cuando la conozcas... le propondré que se case conmigo. Iremos a México...
Akira: Para ir a México necesitas documentos, Takeshi Rui; documentos que el gobierno no te dará hasta que pagues lo que le debes...
Takeshi Rui: ¿Y cuánto es lo que debo, Akira?
Akira: Es mucho dinero, Takeshi san, no te permitirán salir del país. Será imposible que vayas a México con Itzel...
Takeshi Rui: Entonces le diré que venga. ¡La recibiremos aquí en casa!
Akira: ¡Eso es una locura! Si traes a otra mujer a vivir contigo, Kenji sensei no se volverá a detener para matarte...
Takeshi Rui: No le debo nada a Kenji sensei, mis deudas con él han quedado saldadas...
Akira: ¡Y tus padres Takeshi Rui! Ellos no aceptarán por ningún motivo que te cases con una extranjera.
Takeshi Rui: No sabes lo que dices, Akira; en cuanto conozcas a Itzel, cambiarás de opinión... y mis padres lo harán también, ella sabrá conquistarlos a todos.
Akira: Una mujer de occidente jamás podrá adaptarse... una cosa es que te líes por internet con alguien para intercambiar postales amorosas y otra que estés pensando en casarte con una completa desconocida occidental.
Takeshi Rui: Ella es diferente... la huella... de un ala angélica... ¡sobre una nube!
Akira (*rompe ensoñación*): ¡Ni siquiera sabes si existe en realidad!
Takeshi Rui (*molesto*): Sí existe, y no hablaremos más del asunto.

Takeshi Rui se sienta frente a la computadora y se pone a teclear. Akira vuelve al armario malhumorado.

ESCENA 10

Itzel arrulla a Bebé desesperada que no deja de llorar

y ve continuamente al centro del escenario, hacia el espacio virtual donde Takeshi Rui, se pasea enamorado entre los árboles de arrobas. Harta, recuesta a Bebé en algún lado y corre al espacio virtual donde se topa de frente con Takeshi Rui, se inclina un poco. De fono Atrapados en la red de Tam tam go.

Itzel: Kunichiwa (*ríe*).

Itzel y Takeshi Rui se miran tontamente, se hacen cariñitos a la distancia, acarician el aire como si tocaran al otro, hablan un poco sin que se escuche lo que dicen, la música baja.

Takeshi Rui: ¿Te gustaría?
Itzel (*aniñada*): Sí, sí me gustaría...
Takeshi Rui: Y... ¿vendrás a Japón?
Itzel: ¡¿A Japón?! (*suelta a Takeshi Rui aterrorizada*) ¿Ir, yo, a Japón?
Takeshi Rui: Sí, Itzel-a chan... yo debo dinero al gobierno y no puedo ir a México, pero tú, tú puedes venir...
Itzel: Es que... yo no sé japonés y además... (*camina nerviosa de un lado a otro*).
Takeshi Rui: ¿Qué pasa? ¿No quieres? Dijiste que te gustaba mucho Japón...
Nayeli (*desde afuera*): ¡Itzel! ¡Ya vine!

Se oye que Nayeli golpea una puerta.

Itzel (*hacia afuera del escenario*): ¡Ahora voy! Espérame tantito... (*a Takeshi Rui*) yo... debo hablarte de algo, importante. Es que yo... (*muy rápido, nerviosa*) yo tengo agorafobia, no puedo salir de mi casa, la gente... ¡me da miedo! (*más nerviosa*) y en Japón hay mucha gente: en los aeropuertos, en los aviones, la calle está llena de gente que te habla, te hace preguntas, es peligroso, no sabes quién te está hablando, aquí y en Japón, la gente...
Takeshi Rui (*interrumpiendo*): Itzel-a chan, tranquila, no debes preocuparte... yo entiendo (*triste*). Me apresuré demasiado a pedirte que nos casáramos.
Itzel: ¡No!
Takeshi Rui: Debo ser más paciente. Darte tiempo para que tu corazón sienta lo mismo que el mío.
Itzel: ¡No! Yo... ¡estoy haciendo un tratamiento!, ¡me curaré!
Takeshi Rui (*triste*): Te veo mañana Itzel-a chan... (*se inclina para despedirse*).
Itzel: ¡Rui! ¡Por favor! Sí quiero casarme contigo es sólo que...
Takeshi Rui: No debes presionarte, de verdad, fui muy apresurado.

Takeshi Rui empieza a caminar para irse, Itzel corre, lo sujeta de un brazo.

Itzel: ¡Nos podemos casar aquí! (*incluye el espacio virtual con un ademán*) Rui, así nos conocimos y nos enamoramos... de verdad, quiero estar contigo.
Takeshi Rui: ¿Casarnos aquí?
Itzel: ¡Sí! ¡Va a ser grandioso! Traeremos a tus padres y a los míos, conozco un juez español que sabe cómo hacerlo.
Takeshi Rui (*emocionado*): ¿Entre las arrobas?
Itzel: ¡Sí! ¡Habrá links para todos, wikis, gale-

rías fotográficas!
Takeshi Rui: ¡Podríamos invitar a gente de todo el mundo!
Itzel: Y después haré todo por curarme y me iré contigo, pero necesito tiempo para eso... ¿está bien?

Takeshi asiente emocionado. Se abrazan muy fuerte cada uno a sí mismo.

Takeshi Rui: ¡Será mejor que en los sueños!

Itzel le manda un beso, él se pone un tanto rígido. Sonríen mirándose, salen cada uno hacia su habitación caminando hacia atrás despacio, sin dejar de verse enamorados.

Nayeli (*en off, lejana*): ¡Itzel! ¿Qué haces? ¡Ya vine!

Entra Silueta por un lado del escenario y Julio por el otro; se saludan con leves inclinaciones de cabeza.

Julio: ¿Y cómo quiere que le llame? ¿Únicamente Silueta?
Silueta: Así es, caballero, en todo lo que se refiera a "florecita rockera 69", yo, soy solamente Silueta...
Julio: ¿Será confidencial?
Silueta: Si uno habla caemos los dos, amigo.
Julio: Es un trato...

Se estrechan la mano. Cada uno sale por dónde vino.

ESCENA 11

En la habitación de Itzel, Bebé llora desconsolado, Itzel entra corriendo y va a abrir la puerta que Nayeli golpea histérica. Abre. Nayeli entra cargada con bolsas y se pone a hablar sin hacer caso a Bebé.

Nayeli: Pero, ¿qué hacías, nena? Llevo un siglo llamándote... no importa, te compré unas cositas. Fui a la plaza con Mariana, ¿sabes? Me encontré a Julio, ¡qué horror! Le hubieras visto, yo creo que la mujer por la que me dejó también lo mandó a perderse al bosque ¡ja! Ni siquiera traía planchada la camisa, ¿tú crees? ¡No! O sea, un espanto...

Itzel suspira y se sienta en el piso.

Nayeli: ¿Qué te pasa? ¿No te parece increíble? Iba saliendo de un café internet. ¡Imagínate! Te juro que un asco, hasta me dio penita, la verdad...

Itzel ensimismada no le pone atención, Nayeli le busca la mirada, pero se desespera y sigue...

Nayeli: Y lo peor fue que trató de acercarse a mí, ¡No, no inventes! Con su cara de idiota...

Itzel se levanta y la mira fijamente.

Itzel: Voy a casarme...
Nayeli: ¡¿Vas a qué?!
Itzel (*ilusionada*): Tendré una boda por inter-

net, quería invitarte... ¿sí vendrás? La cita será aquí en mi habitación, un juez nos casará desde España. Rui invitará a sus padres y a sus amigos, tendremos la mejor sala de chat que hayas visto... bajaré una aplicación para brindar con champagne virtual.

Nayeli: ¿Estás bromeando?

Itzel: Takeshi Rui es japonés, un poeta, lo conocí en un sitio de anuncios personales y (*suspiro*) llevamos tiempo navegando juntos.

Nayeli: A veces no creo que seas mi hermana, o sea, ¡qué onda Itzel! Quedamos que nada de hombres... ¿quieres traerlo a vivir aquí o qué? No inventes, ¿a un desconocido?

Itzel: Después de la boda, haré el tratamiento, me iré a Japón con él.

Nayeli: ¡¿A Japón?!

Itzel: Así tú podrás tener mi recámara para Bebé...

Nayeli: ¿De qué estás hablando? ¿Y nuestro trato?

Itzel: Hermana... tú, podrías reconciliarte con Julio ¿no? Ahora que sus planes fracasaron.

Nayeli: No entiendo. ¡Me vuelves loca!

Itzel: Dices que lo encontraste hoy, seguro que te buscará esta semana... si quieres, él también puede venir a mi boda (*sonríe*).

Nayeli: ¡Itzel! ¡Te mato! O sea no, estás mal. No existen las bodas así, es imposible, además...

Itzel (*se acerca conciliadora*): Cuando Julio se fue... yo conocí a Rui. Acuérdate cómo te sentías cuando te casaste... él... esto... es importante para mí.

Nayeli: ¡Yo no conocí a Julio por internet!

Itzel: Sé que para ti es extraño, pero tienes que confiar en mí, te dije que podría hacerme de una vida... dejaré de ser la que nunca sale y se la pasa clavada en la pantalla de la computadora, ¿no era eso lo que querías? ¡Haré el tratamiento hermana!

Nayeli: ¡No! ¡O sea cómo!

Itzel (*ilusionada*): Rui tiene una casa muy linda en Japón, conseguiré un trabajo allá, en alguna empresa que...

Nayeli: ¡No! ¡Es absurdo! ¡Absurdo, de verdad!

Nayeli agarra a Bebé y sus bolsas, sale muy alterada.

ESCENA 12

Espacio virtual. Silueta está impaciente, Itzel se acerca sin mucho ánimo.

Silueta: Llega usted tarde.

Itzel: Lo siento... mi conexión estaba fallando. ¿Hubo algún problema con el material?

Silueta: El problema es otro, señorita, venderé el sitio.

Itzel (*escandalizada*): ¿Venderlo? ¡No puede hacer eso! Voy a casarme, no puedo perder ahora el trabajo. Necesito dinero, ¿usted sabe lo que cuesta una boda?

Silueta (*sugerente*): Estoy buscando un comprador que sepa del negocio...

Itzel: ¿Qué dice?

Silueta: Una persona inteligente, frecuente colaborador, ¡maestro internauta!

Itzel: Podría ser yo.

Silueta: Una persona con actitud que quiera tener esta pequeña minita de oro para sí.
Itzel: Pero no creo que me alcance...
Silueta: Si no fueran tan bien mis otros negocios, nunca dejaría éste... es tan fructífero...
Itzel: ¿De verdad? (*ambiciosa*) ¿Y cuánto cuesta?
Silueta: Es tan fácil de administrar... y lo mejor de todo, no se pagan impuestos...
Itzel: ¡Yo lo compro! ¿Cuánto? Dígame cuánto.
Silueta: Señorita, no importa cuánto, con lo que ganará podrá pagarlo enseguida, en menos de una semana, quedará saldada su deuda...
Itzel: ¿Y seré la única dueña?
Silueta: La única, la más beneficiada... ¿tiene usted firma electrónica?
Itzel: Sí, aquí mismo.

Silueta le ofrece un papel para firmar, Itzel lo hace emocionada.

Silueta: Créame que hizo muy bien señorita, con este negocio en sus manos tendrá dinero de más para su boda, gaste en grande, verá que será... ¡inolvidable!
Itzel: Se lo agradezco mucho, usted siempre ha estado cuando lo necesito...

Itzel abraza a Silueta, se despiden. Silueta sale hacia un lado, Itzel hacia el otro.

ESCENA 13

En la habitación de Takeshi Rui, él camina nervioso de un lado a otro. Akira lo mira.

Takeshi Rui: ¿Es hoy? ¿Hoy es domingo?
Akira: Nichiyôbi, Takeshi san, día del sol, la fecha acordada para tu matrimonio virtual.
Takeshi Rui: ¡El tiempo pasa muy rápido! (*ríe emocionado*) ¡Maravillosamente rápido!
Akira (*sorprendido*): ¿No tienes miedo?
Takeshi Rui: Esta vez no me hará nada el miedo, Akira chan. ¿Ves mi mano? En este puño tengo controlado el miedo.
Akira: ¿Y qué harás si ella no existe Takeshi san? Si es una vieja de cien años con mucho maquillaje o un hombre vestido de mujer, ¿qué harás si ella nunca viene a Japón?
Takeshi Rui (*apagado*): Eso sería una deshonra Akira... un golpe muy fuerte...
Akira: ¿Y qué harás con tu cobardía si eso pasa Takeshi Rui?
Takeshi Rui: No tengo miedo, esta vez no tengo miedo...
Akira: ¿Cómo salvarás tu honor si ella se vuelve el gaki o la Kuchisakeonna, Takeshi san?
Takeshi Rui: Yo la vi, Akira... la vi por la web cam.
Akira: ¿Qué es lo que harás si Itzel es una ilusión de la red, Takeshi? ¿Qué harás Rui si ella sólo es una animación por computadora?
Takeshi Rui: ¡Eso no es así! ¡Ya cállate! ¡No es así, no será así!
Akira: Takeshi san debe estar preparado para dejar de ser un cobarde. Takeshi Rui no puede seguir huyéndole a su destino.
Takeshi Rui: Ella existe, ella estará ahí, Itzel estará ahí, vendrá a Japón, seremos felices, la

boda, nuestra boda, será perfecta...
Akira: El miedo sigue ahí Takeshi san, debes apretar más el puño...

Marcha nupcial con efecto robótico. Itzel en su habitación, se acomoda su velo de novia, acompañada de Nayeli con Bebé y Julio. Takeshi Rui en la suya se viste de novio, se pone el moño, se repeina... Akira lo ayuda. En el espacio virtual, el Juez se acomoda, fuma puro, hojea una carpeta.

Juez (*al público*): Y bueno, yo he venido aquí para unir en matrimonio a un par de locos que aman los ordenadores; lo he hecho antes, entre otros locos, pero esta vez, me he quedado como un pavo, tíos. No me entero de qué ha hecho a estos dos, querer esta tarde unirse por la ley como marido y mujer. Y me lo he preguntado porque de verdad, una vez he hablado con ambos, me ha parecido que no tienen nada en común. ¡Qué digo! Que pensándomelo bien ya van otras veces que me ha pasado lo mismo... la gente, de todo el mundo, se casa sin pensarlo dos dedos y luego, claro, se vienen los divorcios, los pleitos por las custodias de los hijos, y en casos peores, los asesinatos. Aquí en Madrid, hay historias muy sonadas, ya sabéis, hombres que se han cansado de ellas y las han matado a golpes; mujeres que aguantaron hasta la coronilla para después optar por un narcótico letal, pero la gente, ¡lo sigue haciendo!, ¡joder! Y se visten de fiesta, gastan más pelas que las que tienen, obligan a toda la familia a reunirse, y algunos, como estos tíos, hasta contratan salas de chat privadas y transmiten sus burradas por yutub.

Nayeli (*arrullando a Bebé incómoda*): ¿De verdad lo transmitirán en vivo?
Julio (*incisivo*): Sí... tu hermana es experta en eso, ¿verdad Itzel?
Itzel: Sólo un poco... (*ríe*).
Akira: ¿A qué hora quedaron, Takeshi san? ¿Estás seguro que no invitarás a tus padres? ¿A Kenji sensei? ¿A Kazua y a Makino? Cuando se enteren estarás en problemas.
Takeshi Rui: Es que tuve un sueño, Akira chan. Un mal sueño.
Juez: Les contaré un poco, el primer matrimonio que se realizó vía internet fue entre unos tíos de Brasil, él estaba viviendo en China y su novia llevaba unos años en Francia; utilizaron esto de la videoconferencia para hacer el trámite, e invitaron a los padres de él que estaban de vacaciones en Barcelona. El matrimonio se hace por poderes según las leyes del país de alguno de los involucrados; he imaginado que pronto será una moda común, según he visto en las noticias en la red, que cada día es más frecuente. Y he pensado mucho en ello, porque me parece que se puede salir de madre.
Julio: Y... ¿cómo vas con tu trabajo, Itzel?
Itzel: Bien, Julio, gracias... aunque desde que te fuiste bajaron un poco mis ingresos, la verdad no mucho, porque mi hermana es muuuuy sociable y me consiguió cosas muy bonitas, ¿verdad Nayeli?
Nayeli: ¿Si te gustaron las blusas?
Akira: Takeshi Rui, si ese sueño se volviera rea-

lidad...
Takeshi Rui: Lo sé Akira chan...
Akira: Takeshi san debe tomar una decisión ahora...
Juez: También me he preguntado sobre la manera en que deberá legislarse, ¿opináis igual que yo? En algunos casos, como el de Itzel y Takeshi Rui, quizá nunca se vean en persona. ¡Joder! Se conformarán con tener sexo virtual, ya sabéis "enter escape, enter, escape"... y si quieren tener un hijo adoptarán uno de raza negra. Aunque bueno, con esto de la tecnología, quizá hasta puedan enviar sus óvulos y espermas por correo a una ciudad en Alemania... he oído que hay un sitio donde te ofrecen diseñarte el hijo como tú lo quieras. ¡Que Dios ha pasado a la historia, tíos!, y está siendo reemplazado por cadenas de números binarios.
Nayeli: ¿A qué hora se conectará el juez, hermana?
Itzel: Quedamos en reunirnos en dos minutos, ¿me veo bien?
Julio (*sarcástico*): Muy bonita, pareces una florecita rockera (*ríe*).

Itzel pone cara de susto, queda con la boca abierta mirando a Julio.

Akira: Tienes que tranquilizarte Takeshi san, pase lo que pase hoy cambiará tu vida.
Takeshi Rui: Sólo fue una pesadilla, Akira, la que tiene cualquier hombre antes de casarse. Itzel-a chan... yo confío en ella.
Juez: Yo nunca he pensado en casarme, siempre me ha parecido que es una pérdida de tiempo. Claro, que ahora, con esto de las bodas en línea, uno se ahorra un mogollón. En India, me voy enterando, se ha aceptado el divorcio por teléfono móvil, ¿imagináis eso? Así que si van para allá, no se olviden de tener suficiente crédito, por si se ofrece, claro... y bueno tíos, que ya basta con mandar un mensajillo para hacer lo que sea, y podéis ocuparlo en lo que queráis, desde para hacer política hasta para vuestra vida sentimental, ¡joder! Cada vez es más importante tener un móvil actualizado y un ordenador de último modelo que haber conseguido una mención honorífica al concluir la universidad.

Se oye un timbre.

Julio: Yo abro, seguro es el regalo que mandé pedir para ti, cuñadita.

Julio sale.

Akira: Ya casi es la hora Takeshi Rui, ¿estás listo?
Takeshi Rui (*inclinándose completamente ante Akira*): Gracias por acompañarme, Akira, sin ti me habría vuelto loco hace mucho.

Julio regresa a la habitación, viene con Policía.

Julio: Disculpe oficial, pero como le comenté, mi cuñada está a punto de casarse y...
Nayeli: ¿Qué pasa?
Julio: Este hombre está buscando a tu herma-

na.
Itzel: ¿A mí?
Policía: ¿Es usted Itzel Ramírez?
Itzel: Sí... ¿por?
Policía: Está usted arrestada.

Bebé se suelta a llorar. Julio sonríe. Itzel se paraliza.

Nayeli: ¿Qué? ¿Está loco? No puede arrestar a mi hermana.
Policía: Disculpe señora, pero Itzel Ramírez, su hermana, administra una red de pornografía por internet que hemos estado persiguiendo desde hace tiempo por requerimientos de la policía norteamericana.
Nayeli: ¡¡¡¿Qué?!!!

Policía agarra a Itzel.

Nayeli: ¡Usted debe estar equivocado! ¡Eso no puede ser! O sea, están mal, mi hermana no...
Policía: Rastreamos el número de identificación de la computadora, señora; después de recibir una alerta de un comunicador anónimo, y ubicamos a Itzel Ramírez como la principal colaboradora de esta red, y según entiendo, desde muy recientemente, la dueña de la misma. Otro de los participantes, que se identificó como "Silueta" nos explicó que ella compró hace unos días el sitio en cuestión.
Nayeli: ¿Itzel? ¿Es cierto eso?
Itzel: ¿Qué? ¿Silueta? ¿Comunicador anónimo? (*mira a Julio quien sonríe muy amplio burlón*) ¡No! ¡No puede ser! Yo puedo explicarle...
Policía Siento que tenga que ser así señora, le recomiendo que se consiga un abogado.

Policía jala brusco a Itzel hacia fuera. Nayeli con Bebé los sigue.

Julio (*ríe y escribe en la computadora*): Itzel... es-tá muy ner-vio-s-a, pe-ro, ya vie-ne, tú es-pé-ra-la...

Julio sonríe y sale. Empieza tic-tac. Takeshi Rui camina de su habitación al espacio virtual y de regreso varias veces, cada vez más nervioso. Akira da pasos atrás de él con la cabeza baja. El Juez se cansa, camina hacia el público, fuma.

Juez (*ríe incrédulo*): Había sabido de bodas canceladas por apagones o por tormentas eléctricas, pero esto me ha matado de risa. Mira que dejar plantado a alguien en un altar virtual, es de comediantes. Y ese Takeshi Rui, el japonés, ¡hasta parece gallego! (*ríe*) Que me ha dicho que seguiría esperando un rato más. Yo me voy ya porque muero de ganas de contarlo a los amiguetes en el bar de tapas.

El Juez sale. El tic-tac sube de volumen. Luz sobre Takeshi Rui, está hincado con la cabeza baja. Akira sostiene un cojín como en el que se entregan los anillos de boda, pero encima de éste hay una daga. El tica-tac se apaga.

Akira: No puedes seguir así, Takeshi san. Debiste hacerlo hace mucho tiempo... antes de ver tu vida deshonrada...

Entra música tradicional japonesa. Takeshi Rui se levanta, aún cabizbajo y toma la daga con firmeza. Akira se reverencia ante él y presencia sin sorpresa cómo se coloca el filo al cuello. Takeshi Rui se hace el corte mortal sin expresión alguna de queja y cae muerto, Akira, su conciencia, cae junto con él. Efecto de cuando se cierra windows.

FIN

EPÍLOGO.
¿POR QUÉ LOS TALLERES DE DRAMATURGIA?

Después de impartir varios talleres, conferencias y cursos de dramaturgia en el interior de la república y en la ciudad de México, considero que el taller es el medio idóneo donde se puede desarrollar la habilidad de la escritura dramática.

En los talleres de dramaturgia que imparto en el Foro Shakespeare, desde los que empiezan en la escritura hasta los ya experimentados en teatro, se analizan los ejercicios o las obras de teatro que escriben los talleristas y se complementa con la lectura de obras de teatro contemporáneas para aprender estructura, diálogo, progresión dramática, construcción de personajes, manejo del tiempo y todos los elementos necesarios para escribir. A partir de casos concretos, se transmiten los aspectos teóricos y metodologías en la dramaturgia.

Cada participante inicia con un proyecto de escritura para realizarse en un año o busca los temas que podrían ser de su interés a través de ejercicios particulares, según sus necesidades creativas. En el recorrido aprende a analizar las obras de sus compañeros, de dramaturgos contemporáneos mexicanos e internacionales, y a analizar su propia obra. Ejerciendo la crítica y la autocrítica incorpora

a su conocimiento teoría y práctica. Escribe obras, ejercicios teatrales y escenas de entrenamiento.

Por medio del diálogo se aprende a escribir teatro o se perfecciona el estilo. El aprendizaje contempla desde cómo analizar una obra, hasta cómo corregir la mía propia. En el taller se van descubriendo habilidades para desarrollar, carencias que subsanar y se forma el criterio. El objetivo es adquirir una técnica y una disciplina, buscando calidad en los trabajos.

En el Foro Shakespeare se organizan ciclos de lecturas dramatizadas para mostrar las obras trabajadas en el taller y, así, corregir el trabajo con base en el contacto con el espectador.

Así como el teatro se hace de manera colectiva, en el taller de dramaturgia se comparte el reto de hacerse y consolidarse como buen escritor. Se fomenta el compañerismo y nunca la competencia.

ESTELA LEÑERO

ESTELA LEÑERO es antropóloga de profesión con estudios de especialización en teatro en Madrid España. Ha llevado a escena y publicado más de veinte obras de teatro y obtenido diversos premios. Actualmente es columnista en la revista *Proceso*, conductora de un programa de radio en Código DF y próximamente estrenará *Soles en la sombra. Mujeres de la revolución*, con la Compañía Nacional de Teatro, es una obra sobre mujeres en la revolución.

estelateatro@gmail.com

www.estela.dramatgurgiamexicana.com

www.foroshakespeare.com

LUZ JAIMES se ha dedicado al periodismo y la comunicación colectiva, enfocando su trayectoria profesional al cine y la radio. Ahora incursiona en el teatro con *Estatuas y gestos*.

CLAUDIA ROMERO es directora de casting de Ocesa Teatro y directora de escena de obras como *El año próximo a la misma hora*. Escribe una columna semanal de teatro en el *Sol de México*, ahora participa en el taller de Estela Leñero.

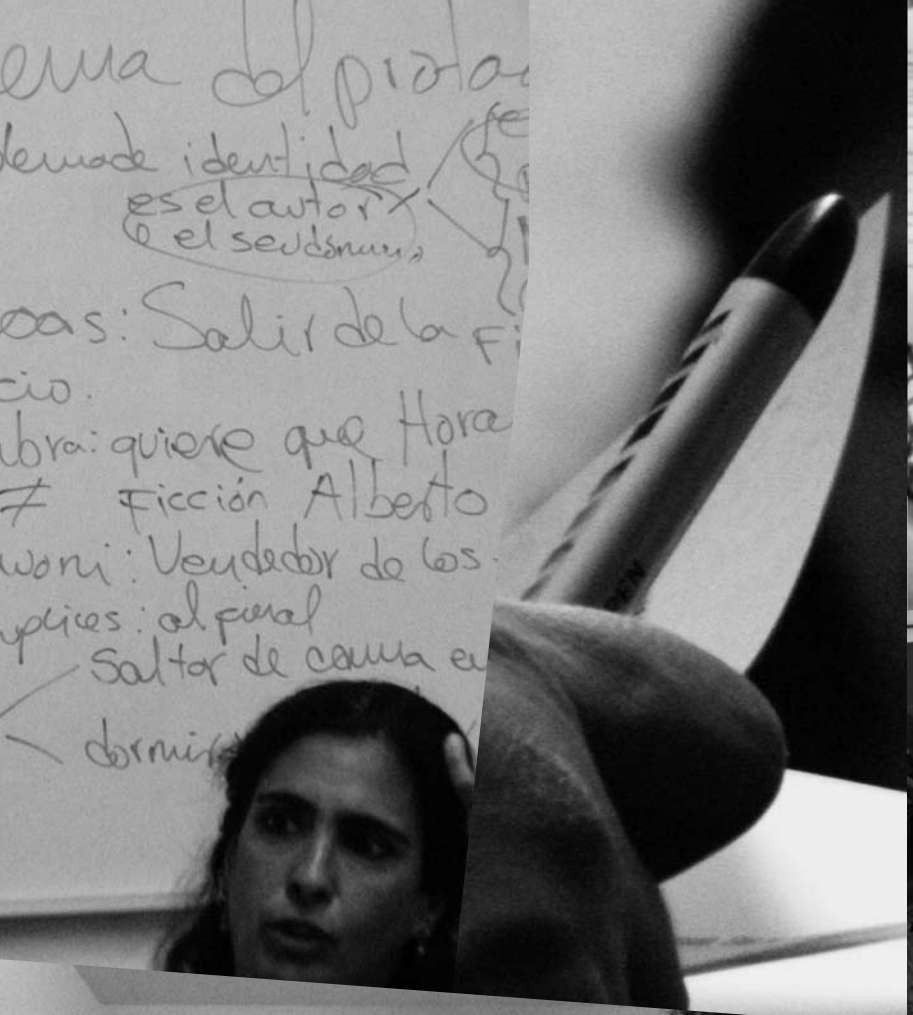
ANTONIO TOGA es egresado de periodismo y comunicación colectiva de la FES Aragón. Director de Toga y Compañía, autor de *El brillo de la vida*, *Polvo de estrellas*, *Volando con las alas rotas* y *El ring del sexo*, ya estrenadas en los escenarios.

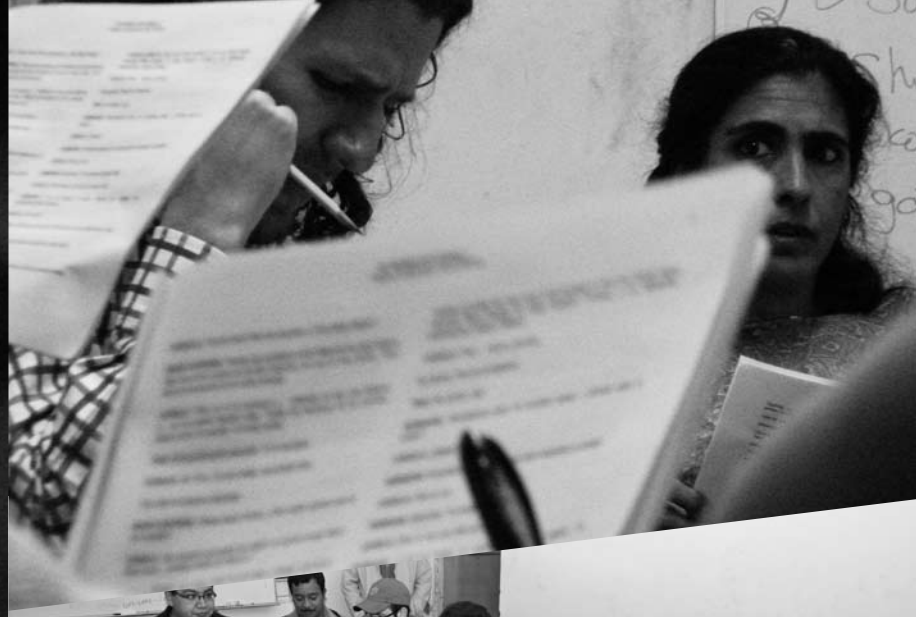
BERENICE DE LA CRUZ se desempeña como profesora de francés. Fue directora y colaboradora de las revistas *Ad Livitum* y *Sic Literatura y otros errores*.

JAIME COELLO, cual pulpo, se defiende con su tinta, al ritmo de tres coraSónes afina el pico & el sifón para chorrear de contentura la vida; sus letras, como a la baba del caracol, se les puede seguir su rastro por tablas, sílabas e historias...

OVIDIO RÍOS trabaja en la Coordinación Nacional de Literatura del INBA. En 2009 obtuvo la beca en la categoría "Jóvenes Creadores" que otorga el CECULTAH. Ha trabajado en las revistas *La Grieta*, *Ad Livitum* y *Sic Literatura y otros errores*.

ANA INÉS URRUTIA es narradora, guionista y dramaturga. Egresada de la escuela de escritores de Sogem. Escritora de la sección en español de la revista *Tabi Tabi TOYO*.


identidad
es el autor
el seudónimo
Salir de la
quiere que Hora
Ficción Alberto
Vendedor de los
al final
Saltar de cama



quiere
Ficción

Índice

Panorama desde la dramaturgia 1
Elena Guiochins
Introducción 2
Estela Leñero
Mexicano Flores 3
Claudia Romero Herrera
Bajo un mar de cristal 4
Arturo Quiroz
El niño hecho a mano 5
Luis Osorio
Por siempre jamás 6
Marcela Alvarado
Donde los dioses y las almas 7
Georgina Montelongo
Epílogo. ¿Por qué los talleres de dramaturgia? 8
Estela Leñero
Dossier 10
Juan José Meza y Bruno Bichir

SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA UNIVERSITARIA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN, EN EL MES DE ENERO DE 2010, EL TIRAJE FUE DE MIL EJEMPLARES.

PARA LA FORMACIÓN TIPOGRÁFICA SE UTILIZÓ:

THESIS (THE SERIF), DE LUCAS DE GROOT Y **DNNR,** DE PEDRO PAN.